

VIII-28889

Low plate

Fichado

N. Inglesa

Interior 4

D. G.  
A

# EL CAMPEON

DE LA VIRTUD ,

Ó EL

## BARON INGLÈS.

Novela escrita en inglés, por la  
Señorita

**CLARA REEVES,**

y traducida al castellano,

POR

D.<sup>a</sup> Micaela Nesbitt de Percebal.

*Adolfo Santarés*

Valladolid, — 1854.

IMPRESA DE D. JUAN DE LA CUESTA Y COMP.<sup>a</sup>



C. 1135772

E. 111006

R. 86142

## ADVERTENCIA.

---

La primera impresion que se hizo de esta Novela, vió la luz pública, bajo el título de *El Campeon de la Virtud*: en las que la han seguido, no se sabe por qué causa le varió la Autora (1): sustituyéndole con el de *El Baron Inglés*: como estos títulos se refieren á dos personajes de la Novela, hé creido oportuno reunirlos al publicarla traducida; haciendo de este modo justicia al mérito de entrambos, á quienes creo igualmente acreedores á esta distincion.

(1) Autora tambien de *los dos Mentores*; *los progresos del Romance*; *el Destierro*; *la Escuela de las Viudas*; *Planes de educacion*, con observaciones sobre los sistemas de otros Autores. — *Memorias de Sir Rogerio Clarendon*, y otras varias obras muy apreciadas del público.

## INTRODUCCION.

**Q**asi todas las personas devotas , y que hacen alarde de una virtud austera , y de una rígida moral , han lanzado su anatema contra las novelas , como perniciosas y nocivas á la juventud ; bien asi , como si dijéramos altamente subversivas é incitadoras á los pronunciamientos de las pasiones.

Yo que me precio de tener tan buena moral como la persona mas timorata , pero que procuro que no se mezcle en ella ninguna idea exagerada , y tengo gran cuidado de no creer las cosas solo porque son mu-

chos los que las dicen , no he hecho escrúpulo de leer muchas novelas para formar mi juicio acerca de ellas; porque no quisiera que me incluyesen en el número demasiado crecido , por desgracia , de aquellos que, despues de reprobar un libro con horror , acusándole de herético é impío (su contenido se entiende), preguntándoles si le han leído para formar tal idea, responden : que ni por el forro le han visto jamás, pero que se lo han oído decir á muchos. Digo, pues , que por no hacer este papel , á mi parecer , tan ridículo , he leído muchas novelas. He encontrado unas inmorales, otras insulsas y enteramente insignificantes, otras instructivas y amenas , otras satíricas y di-

vertidas; y otras por fin edificantes, y que con solo mudar los nombres á los personajes, podrían pasar por un curso completo de moral.

Resultado de esta lectura ha sido el convencimiento de que, siendo así que de todas las cosas puede hacerse abuso, y que aún de aquellas mas sagradas se hace, no es extraño que de este ramo de literatura, que tanto se presta al giro que quiera dársele, se haya hecho también. Esto mismo me hace creer que puede sacarse de él grande utilidad, publicando novelas cuya moral sea pura, sin ser áspera ni aterradora, cuyas escenas sean otros tantos ejemplos de virtud, y cuyos personajes puedan servir de modelo á los lectores, con

ventaja de la sociedad y de las buenas costumbres.

De esta clase es la que presento al público, traducida del inglés, y que á lo interesante de su argumento, reúne la pintura de costumbres que no hemos conocido, y los retratos de una clase de héroes que ya no existen sinó en las historias.

Aquellos guerreros, que amalgamaban siempre el temor de Dios con el amor de la gloria; que hacian alarde de venerar al Criador y sacrificar su existencia en defensa de sus criaturas; cuyo único norte era el pundonor mas acrisolado, y cuyo constante anhelo era hacer resonar la trompeta de la fama, ya con el éco de sus virtudes, ya con el de sus

hazañas; que miraban como suya la causa del desgraciado, y le sostenian contra el poderoso, sin que la ambicion ni la vil lisonja, les separase jamás de la senda que el honor y la virtud les trazaba; aquellos héroes... eran los de entónces! Ahora... son enteramente diferentes, y solo por la tradicion podemos conocerlos.

En esta novela se encuentra alguno de sus retratos; para ser exacto el parecido deben tambien tener los mismos lunares que los originales de que son copia; y asi es, que al través de su belleza, se deja ver una media tinta de supersticion y de ignorancia, de credulidad y de fanatismo, que lejos de afearlos, les dá un cierto colorido de sencillez, que unido al brillo de

sus virtudes , aumenta el interés que inspiran , demostrándonos al mismo tiempo cuánto han variado las costumbres desde entónces , y cuán grande es la revolucion que se ha hecho en el pensamiento.

No teman , pues , las madres de familia dar á leer esta novela á sus hijos ; ni una sola palabra hallarán en ella , ni una sola máxima que pueda perjudicarles : su lectura solo podrá inspirarles entusiasmo y amor á la virtud , horror y desprecio al vicio.

Príncipe, entró al servicio del Imperador de Grecia, y allí también adquirió honores, fama, por su denuedo en la guerra contra los Sarracenos.

---

**EL CAMPEON**  
**DE LA VIRTUD,**  
ó

**EL BARON INGLÉS.**

---

**E**N la menor edad de Enrique VI, rey de Inglaterra, cuando el famoso Juan, Duque de Bedford, era Regente de Francia, y Godofredo, Duque de Gloucester, Protector de la Inglaterra; Sir Felipe Harclay, respetable caballero Inglés, tan distinguido por su valor, como apreciable por sus virtudes cristianas, regresaba á su pátria, despues de sus largos y penosos viajes. Habia hecho grandes servicios en el reinado de

Enrique V; despues de la muerte de aquel Príncipe, entró al servicio del Emperador de Grecia, y allí tambien adquirió honrosa fama, por su denuedo en la guerra contra los Sarracenos.

Hizo prisionero en una accion, á un caballero llamado Zadisky, Griego de origen, pero educado por un oficial Sarraceno.

Convirtióle Sir Felipe al cristianismo, y unido aquel desde entónces á su bienhechor por los vínculos de la amistad y del reconocimiento, resolvió no separarse de él jamás.

Despues de treinta años de viajes y de servicios militares, determinó Sir Felipe volver á su pais y pasar tranquilo los dias que le restasen de vida, dedicado á obras de caridad, que le preparasen para otra mejor.

Habia tenido en sus primeros años intima amistad con el hijo único de Lord Lovel, jóven tan recomendable por sus virtudes como por su talento. Durante sus viajes le escribió Sir Felipe, con frecuencia, y por espacio de algun tiempo recibió contestacion con puntualidad á sus cartas.

En una de las que le escribía el jóven Lovel, hablaba del fallecimiento de su padre, y al mismo tiempo le daba parte de haber-

se casado; pero despues no volvió á saber de él.

No atribuyó Sir Felipe este silencio á descuido ni á olvido de su amigo, sinó á los grandes obstáculos que impedian en aquella época la correspondencia, cuyos resultados sufrían todos los viajeros y aventureros.

Al volver á Inglaterra, era su intencion, luego que se enterase del estado de sus propios negocios ir al castillo de Lovel, y averiguar la situacion de su amigo. Desembarcó en Kent, acompañado del caballero Griego, y dos fieles criados, inutilizado uno de ellos por heridas que habia recibido en defensa de su amo.

Fué Sir Felipe á su hacienda de York, allí supo que su madre y su hermana habian muerto, que sus bienes habian sido secuestrados, y se hallaban en poder de los comisionados puestos por el Protector.

Tuvo que probar la justicia de sus reclamaciones: y la identidad de su persona, con el testimonio de los criados antiguos de la familia, y hecho esto le entregaron sus bienes. Tomó posesion de su propia casa, estableció el método que habia de regir en ella, repuso á los criados antiguos en sus destinos, reservando los principales para

los dos que traia consigo. Dejó á su amigo encargado de dirigir todos los asuntos domésticos, y acompañado de un criado viejo, salió para el castillo de Lovel, situado al Oeste de la Inglaterra. A pesar de hacer jornadas muy cortas, en la tarde del segundo dia se sintió el criado tan malo y tan fatigado que no pudo continuar: fué preciso detenerse en una posada; el mal se agrabó por momentos, y al dia siguiente espiró. Sintió amargamente Sir Felipe la muerte de su criado, tanto mas que se hallaba solo en un pais que le era desconocido. Dispuso el funeral que presidió él mismo, y despues de derramar algunas lágrimas sobre su sepulcro, continuó su viaje.

Luego que estuvo cerca de las posesiones de su amigo, empezó á preguntar á cuántos encontraba, si Lord Lovel residia aún en el palacio de sus antepasados. Unos le contestaban que no sabian y otros que no le podian dar razon alguna, y otros que jamas habian oido nombrar á tal sugeto: confuso estaba Sir Felipe; de que un hombre de la categoriade su amigo fuese tan desconocido en su propio territorio, y en donde su familia habia residido casi siempre. Reflexionaba sobre la inestabilidad de la felicidad humana. Este mundo, decia, no presenta

cosa alguna en que un hombre de juicio deba confiar. He perdido todos mis parientes y la mayor parte de mis amigos; dudo ya si me queda alguno; agradeceré, sin embargo, los beneficios de que aún disfruto y procuraré reparar la falta de los que me han sido arrebatados. Si vive Arturo tendrá parte en mis bienes, sus hijos los heredarán después, y yo en recompensa disfrutaré de su felicidad. Pero, tal vez mi amigo haya sufrido pesadumbres que le hayan disgustado del mundo; quizás habrá visto perecer á su amada esposa ó á sus jóvenes hijos, y cansado de la vida pública, se haya retirado á algun monasterio. Averiguaré al menos qué quiere decir este silencio.

Á un cuarto de legua del castillo de Lovel, se detuvo delante de una pobre casa y pidió un vaso de agua; el amo de la casa se le trajo, y le dijo si gustaba de apearse y entrar á descansar un momento. Aceptó Sir Felipe la oferta porque deseaba hacer nuevas averiguaciones antes de llegar al castillo. Hizo al aldeano las mismas preguntas que habia hecho antes á otros. — ¿Por qué Lord Lovel pregunta Vuesamerced? dijo el buen hombre. — El que yo he conocido se llamaba Arturo. — Ah! Ese era el hijo único de Ricardo Lord Lovel. — Así es ver-

dad, amigo, por ese pregunto yo. — Ay Señor! Murió! — Sobrebibió muy poco tiempo á su Padre. — ¿Decís que murió? — Y, ¿hace mucho tiempo? — Hace unos quince años, si mal no me acuerdo. — Válgame Dios! dijo Sir Felipe dando un profundo suspiro. De qué nos sirve una larga vida, mas que de sobrevivir á todos nuestros amigos? — Decid, pues, cómo murió? — Diré á su merced cuanto sé acerca de ese triste acontecimiento. « Ha de saber su merced, que segun hé oido, acompañó al Rey cuando fué contra los revoltosos de Gales; la Señora quedaba embarazada; pues Señor, es el caso, que dieron una batalla y el Rey derrotó á los rebeldes. Dijeron primero, que no habia muerto en ella ningun Oficial, pero algunos dias despues, vino un propio con una relacion muy diferente. Aseguró que varios habian sido heridos, y que Lord Lovel habia muerto. Esta noticia nos afligió á todos mucho; porque era todo un caballero, y un amo bondadoso y querido de todo el mundo. — Lo era, ciertamente, dijo Sir Felipe; era un modelo de todo lo bueno; era mi mejor amigo, y nada podrá consolarme de tal pérdida. — Y ¿qué ha sido de su desgraciada esposa? — Lo único que sé, es que se dijo que habia muerto de

dolor, por la desgracia de su marido; pero su muerte se ocultó por algun tiempo y no la supimos de seguro hasta muchas semanas despues de suceder.

Respetemos la voluntad Divina! dijo Sir Felipe.—Y, ¿quién heredó el titulo y estados? — El heredero inmediato, un pariente del difunto, llamado Sir Walter Lovel.— Me acuerdo haberle visto en otro tiempo; dónde se hallaba cuando ocurrieron esas desgracias? — Estaba en el castillo, vino á visitar á la Señora, y se detuvo para recibir al amo á la vuelta de Gales. Cuando llegó la noticia de su muerte, hizo Sir Walter cuanto pudo para consolarla, y aún dicen que quiso casarse con ella; pero la pobre Señora rehusó todo consuelo y lo tomó tan á pechos, que al fin murió.— Y ¿vive el actual Lord Lovel en el castillo? No señor. Pues, ¿quién le ocupa.? — El Lord Baron Fitzowen.— Y ¿cómo fué que Sir Walter abandonase la morada de sus antepasados? — Casó su hermana con el dicho Lord, le vendió el castillo, y él se marchó al pais que llaman sinó me engaño, Northumberland, y allí edificó una casa. Es cosa muy rara, dijo Sir Felipe.— Si lo es, Señor; pero yo no sé nada mas que decir á su merced.— Muchas gracias, buen hombre, por

las noticias que me habeis dado; he hecho un viaje muy largo é inútil, que solo me ha proporcionado disgustos. A la verdad, esta vida no es mas que una penosa peregrinacion. Hacedme el favor de decirme cuál es el camino mas corto para el monasterio inmediato. — Señor, dijo el aldeano, la noche vá cerrando ya, los caminos son malos, y le faltan á Vuesamerced cerca de dos leguas para llegar allá. — Yo soy un infeliz que no podré tratar á su merced como sin duda estará acostumbrado; pero si quiere entrar en mi pobre casa, esta y cuánto en ella hay está á su disposicion. — Os lo agradezco, amigo, dijo Sir Felipe; vuestra bondadosa hospitalidad pudiera avergonzar á muchas personas de mas alto rango y de muy esmerada educacion. Acepto vuestro ofrecimiento; pero decidme ante todo el nombre de mi huésped. — Juan Wgat, Señor, hombre de bien, aunque muy pobre, y cristiano, aunque pecador. — ¿De quién es esta casa? — Del Lord Fith-ower. ¿Teneis mucha familia? — Mi mujer, dos hijos, y una hija, todos los cuales tendrán á mucho honor el servir á Vuesamerced.

Hizo entrar á su huésped en la casa, de cuya puerta no habia pasado aún, lla-

mó á su mujer para que le sirviese, y él mismo llevó su caballo bajo un miserable cobertizo que hacia veces de cuadra.

Sir Felipe, necesitaba reposar fuese donde quiera ; pues su espíritu y su cuerpo se hallaban igualmente fatigados. El buen modo de su huesped , llamaba su atencion y satisfacía sus deseos. Volvió éste á poco rato , seguido de un muchacho , de unos diez y ocho años de edad. Corre , Juan, le dijo su padre , y cuidado con no decir mas ni menos que lo que yo te he dicho. No tenga V. cuidado padre , dijo el muchacho ; y corriendo como un gamo al través de los campos , le perdieron de vista en un momento. Supongo , dijo Sir Felipe, que no le habreis enviado á buscar cosa alguna para mi comodidad. Yo soy un soldado , y como tal , acostumbrado á mala cama y peor comida , y dado caso que no fuera asi vuestro modo atento y cariñoso sazónaría los mas groseros manjares. — Desearía, con toda mi alma , poder obsequiar á Vuesamercéd como se merece ; pero ya que esto no puedo hacerlo , cuando mi hijo vuelva , sabra á lo que le he enviado. Hablaron despues de cosas indiferentes , tomando todos parte en la conversacion , como séres de una

misma especie , de igual forma y talentos naturales , aunque la diferente educacion diera al uno cierta idea de superioridad , y un convencimiento de su inferioridad á los otros , tributando éstos el debido respeto á aquel , sin que él por su parte lo exigiese.

Al cabo de media hora volvió Juan; mucho has corrido , le dijo su padre.— Una cosa regular , contestó el muchacho.— ¿Di , qué hay? Dime todo lo que ha pasado? Si , todo , no quiero que ocultes nada.— Juan permaneció en pie , con la gorra en la mano , y dijo así : Fui en derecha y á todo correr al castillo ; tuve la suerte que el primero que encontré fué el Señorito Edmundo; le dije á lo que me habieis mandado , que un Señor habia venido de tierras muy lejanas á visitar á su amigo Lord Lovel; y como ¡habia vivido en otras naciones muchos años , no sabia que habia muerto , y que el castillo tenia ya otro dueño; que estas noticias le habian afligido mucho , y que como necesitaba descansar esta noche para volver mañana á desandar lo andado , estaba decidido á pasarla en nuestra casa; que mi padre temia que el amo se enfadase sinó le avisaba de la llegada y las

intenciones del desconocido, y dejaba á un señor como él pasar la noche donde no podia estar alojado ni servido como corresponde. Aquí se detuvo Juan, y su padre exclamó, ¡buen muchacho! has hecho tu mandado muy bien; ahora, dinos la respuesta. El señorito, prosiguió Juan, mandó que me dieran un trago, y se fué á ver al amo; á muy poco, volvió á donde yo estaba, y me dijo: vé y dí al caballero desconocido, de parte del Baron Fithowen; que aunque el Lord Lovel ha muerto, y el castillo pertenece á otro dueño, los amigos de aquel serán siempre bien recibidos por éste, y que suplico á ese caballero acepte una habitacion en el castillo por todo el tiempo que guste de permanecer en este pais. En seguida eché á correr para traer cuanto antes este recado.

Sir Felipe se mostró disgustado de esta nueva prueba de respeto del viejo Wgat. Quisiera, le dijo, que me lo hubierais dicho antes de enviar á dar parte al Baron de mi venida. Prefiero estar en vuestra casa, y mi intencion era recompensaros de la incomodidad que pudiera causaros.— No es por eso, Señor, por Dios, dijo el anciano Wgat; no es por eso; solo me

faltaba que Vuesamerced se ofendiera; lo he hecho solamente porque sé que no me es posible tratarle como es debido.— Siento mucho, dijo Sir Felipe, que me hayais creído tan delicado; soy soldado y cristiano, y aquel á quien venero como mi Principe y Señor, aceptó las invitaciones de los pobres, y lavó los pies á sus discípulos. Pero, dejemos esto; pienso pasar aquí la noche; mañana veré al Baron, y le daré las gracias por sus finos ofrecimientos. — Haga Vuesamerced lo que guste; y puesto que quiere honrarnos tanto, corre Juan, y lleva la contestacion al castillo.— No es menester, dijo Sir Felipe; la noche está muy obscura.— No importa, podría yo ir con los ojos vendados. — Le encargó Sir Felipe dijese en su nombre al Baron, que al otro dia tendria el honor de hacerle una visita, y marchó Juan por segunda vez; a poco volvió con nuevos ofrecimientos de parte del Baron, que le convidaba para la mañana siguiente. Sir Felipe dió al muchacho una moneda de oro, y elogió su agilidad y despejo. Cenó con el mayor gusto unos huevos frescos y unas tajadas de carnero, en compañía de Wgat y su familia. Dieron despues gracias á Dios por

sus beneficios de que se creian indignos. Cedieron á Sir Felipe el mejor de sus dos desvanes, y toda la familia durmió en el otro; la vieja y su hija, en la cama; y el viejo y sus dos hijos, sobre un monton de paja; la cama de Sir Felipe, era algo mejor aunque muy inferior á la que estaba acostumbrado; sin embargo, durmió el buen caballero en la pobre casa de Wgat, tambien como pudiera haber dormido en un palacio.

Durante su sueño, mil ideas raras é incoherentes alternaron en su imaginacion. Soñó que habia recibido una invitacion de su amigo Lord Lovel, para que fuese al castillo. Que salió á la puerta á recibirle, que él se esforzaba para abrazarle y no podia conseguirlo; y que le habló en estos términos: « Aunque hace quince años que he muerto, todabia mando aquí, y nadie puede entrar por estas puertas sin mi permiso, sabe pues, que soy yo quien te convida y dá la bienvenida; tú eres toda la esperanza de mi casa. Entonces le mandó que le siguiese; y despues de atravesar muchas habitaciones le vió, á su parecer, hundirse en las entrañas de la tierra; allí le siguió tambien Sir Felipe, y se halló en una obscura y

horrorosa cueva, donde desapareció su guía, y en su lugar solo vió una armadura completa, manchada de sangre, que pertenecía á su amigo; entónces creyó oír unos lánguidos gemidos debajo de la tierra. Poco despues le pareció que una mano invisible le sacaba de allí y le impulsaba hácia una llanura donde una multitud de gente estaba cercando el terreno, y haciendo todos los preparativos necesarios para un combate. Sonó la trompeta, y sonó aún mas fuerte una voz que dijo: « Deteneos, nâda debe descubrirse hasta que sea llegado su tiempo; esperad con paciencia que se cumplan los decretos del cielo.» — Se halló entónces trasportado de repente á su propia casa; y al entrar en un cuarto que no estaba habitado, volvió á ver á su amigo vivo y en toda la lozania de su juventud, como estaba en otro tiempo cuando él le conoció. Semejante aparicion le hizo estremecer y despertó sobresaltado.

Ya los rayos del sol penetraban en su dormitorio, y no sin alguna dificultad recordó donde se hallaba. Las ideas que durante su sueño le habian agitado, vagaban aún por su acalorada imaginacion despues de despierto; á pesar de que su ra-

zon las combatia y se esforzaba á desvanecerlas. Nada extraño era que la relacion que le habian hecho la noche antes, fuera su origen , que le hubieran dominado dormido , y que todos sus sueños tuvieran relacion con su difunto amigo. El Sol le deslumbraba ya con su resplandor matutino, le obsequiaban los pajarillos con sus suaves y dulces gorjeos , y la madre selva que entraba por la ventana, le regalaba con su fragancia. Se levantó, pues, hizo sus oraciones acostumbradas , bajó silenciosamente la escalera, y se dirigió hácia la puerta de la casa. Vió á la mujer y á la hija de Wgat entregadas á sus ocupaciones diarias ; la una estaba ordeñando una vaca , y la otra echando de comer á las gallinas. Pidió un poco de leche, que con un pedazo de pan de centeno , le sirvió de desayuno. Salió despues á pasear solo por el campo , pues Wgat y su hijo se habian ido á trabajar. A poco rato, le llamó la vieja para decirle que un criado del Baron , encargado de conducirle al castillo le estaba esperando. Se despidió de ella afectuosamente ; asegurándola que antes de mucho volverian á verse. La jóven le trajo el caballo , montó Sir Felipe , y marchó acompañado del criado , á quien

hizo muchas preguntas en el camino acerca de la familia de su amo. — ¿cuánto tiempo hace que estais sirviendo al Baron? Fué la primera. — Diez años, Señor. — Es buen amo? — Si Señor, y tambien buen esposo, y buen padre. — Tiene mucha familia? — Tres hijos, y una hija. — Qué edad tienen? — El hijo mayor tiene diez y siete años, el segundo diez y seis; los otros tienen algunos años menos. Además tiene en casa varios jóvenes que se han criado con sus propios hijos; dos de ellos son sobrinos suyos; tienen un maestro muy instruido que les enseña muchas lenguas, y en cuanto á todos los ejercicios de agilidad y fuerza, nadie les gana. Tienen un ballestero para enseñarles á tirar la ballesta, maestro para enseñarles á montar á caballo, otro para manejar la espada, otro que les enseña á bailar, con una ligereza en sus movimientos que dá gusto el verlos; y á mi amo todo le parece poco para gastarlo en su educacion. — Por cierto dijo Sir Felipe, que desempeña perfectamente los deberes de un buen padre, y eso le hace digno de todo respeto. Y, ¿los jóvenes manifiestan buena disposicion? — Si Señor, contestó el criado; los hijos de mi amo dan muy buenas esperanzas; pero

hay uno, que segun dicen, les gana á todos, á pesar de que es hijo de un pobre jornalero. —Y ¿y quién es ese? — Es un tal Edmundo Twifort, hijo de un pobre labrador de nuestro pueblo; muchacho mas guapo no le hay debajo de las estrellas, y de un génio tan amable que nadie le tiene envidia á pesar de su buena suerte. — ¿Pues qué buena suerte es la suya? — Ah! Señor! Hace cosá de dos años, que mi amo por dar gusto á sus hijos le hizo venir á casa, y le dá la misma educacion que á los Señoritos; éstos le adoran particularmente el Señorito Guillermo que es de su misma edad. Se cree que los acompañará cuando vayan á la guerra, que mi amo quiere que vayan muy pronto. — Cada cosa que me decis, dijo Sir Felipe, aumenta el respeto que ese caballero me inspira; él es excelente padre, buen amo; busca el mérito en la obscuridad, le distingue, y lo premia; es digno, pues, de toda veneracion.

De este modo siguieron hablando hasta llegar á la vista del Castillo. En un prado inmediato, vió Sir Felipe una cuadrilla de jóvenes con ballestas en las manos tirando al blanco. Allí estan los Señoritos, dijo el criado, ejercitándose como acostum-

bran todos los dias en estos juegos. Detuvo Sir Felipe su caballo para contemplarlos, y á poco tiempo oyó dos ó tres veces que gritaban: «Edmundo ha ganado! Suyo es el premio!» Yo quisiera ver á ese Edmundo, dijo Sir Felipe, y diciendo y haciendo saltó de su caballo, dió las riendas al eriado, y se dirigió hácia donde los jóvenes se hallaban. Salieron éstos á su encuentro y le saludaron respetuosamente; el caballero se disculpó de haber interrumpido sus juegos, y preguntó quien era el vencedor; el joven á quien dirigió su pregunta, señaló á otro, el cual se acercó haciéndole una profunda cortesía. Fijó en él los ojos Sir Felipe con tanta atencion que parecía no haber advertido su saludo. Al fin, recobrándose de su distraccion le dijo. — ¿Cómo os llamais interesante joven? — Edmundo Twiford, contestó éste; y tengo el honor de servir á los hijos del Lord Fith-wen. — Tened la bondad de decirme, caballero, dijo el joven que primeramente habia hablado á Sir Felipe, ¿no sois vos el sugeto desconocido á quien mi Padre esperaba? — Yo soy, que voy á ponerme á sus órdenes. — No hemos concluido aún nuestros ejercicios, nos dispensareis de acompañaros? — Amigo mio, dijo

Sir Felipe, no necesitáis disculparos; pero hacedme el favor de decidme vuestro nombre para que yo sepa á quien debo tantas atenciones.—Mi nombre es Guillermo Fithowen; aquel, es Roberto, mi hermano mayor, y aquel otro mi primo Ricardo Wenlock.—Muy bien, os doy las gracias, amable jóven, y os suplico no os molesteis mas; vuestro criado tiene allí mi caballo, y me guiará al castillo.—A Dios; caballero, contestó Guillermo; espero que tendremos el placer de volver á veros, á la hora de comer. Continuaron los jóvenes sus juegos y Sir Felipe montó á caballo y se dirigió al castillo. Entró en él acompañado de los mas tristes recuerdos. El Baron le recibió con la mayor finura; le hizo una reseña de los acontecimientos mas notables que habian ocurrido en la familia de Lovel, durante su ausencia; habló del difunto Lord Lovel, con respeto, y del actual con el amor de un hermano. Sir Felipe, le hizo una breve relacion de sus aventuras en los paises que habia recorrido, y de los disgustos que habia experimentado desde que regresó á su pátria.—Se lamentó amargamente de la falta de todos sus amigos, sin olvidarse de la de su fiel criado, que habia muerto en el camino. Dijo, que de

buena gana abandonaría el mundo y se retiraría á un monasterio, sinó le detuviera la consideracion de que su presencia y su apoyo harian falta á aquellos que dependian enteramente de él, y á otros muchos á quienes aún podría ser útil. Convino el Baron en la misma idea, diciendo que un hombre que permanece en el mundo puede ser mucho más útil á sus semejantes, que el que le abandona consagrando todos sus bienes á la Iglesia, porque muchos ministros no siempre hacen el mejor uso de ellos. Sir Felipe hizo entónces tomar otro giro á la conversacion; felicitó al Baron por las felices esperanzas que podia formar sobre sus hijos; alabó mucho su mérito personal y sus modales, y elogió con entusiasmo el cuidado que tenia de su educacion. Escuchó el Baron con placer las sinceras alabanzas que le tributaba hombre tan respetable, y gozó en aquel momento de la verdadera felicidad de un padre. Hizo entónces Sir Felipe algunas preguntas acerca de Edmundo cuya fisonomia le habia hecho una impresion favorable. — Ese muchacho, dijo el Baron, es hijo de un aldeano, que vive cerca de aquí; su mérito poco comun, y su aspecto fino, le hicieron sobresalir entre los de su clase; desde su niñez, llamó la atencion é inspi-

ró cariño, á cuantos le conocian ; era que rido en todas partes , menos en su casa ; parecia que en ella todas sus gracias eran otros tantos delitos ; su padre le aborrecia, le trataba con dureza ; y últimamente le amenazó con echarle de ella. Solia mi familia enviarle á algunos mandados ; al fin, mis hijos me hicieron fijar la atencion en él , y me suplicaron con las mayores instancias , que le hiciera venir á su lado. Condescendi , hace dos años poco mas ó menos , con intencion de que los sirviera de criado ; pero su extraordinario talento y su rara capacidad, me obligaron á mirarle bajo otro punto de vista ; tal vez incurriré en la censura de muchos, tratándole como el compañero de mis hijos ; su mérito solamente puede justificar el cariño que le tengo ; creo haber asegurado á mis hijos un fiel criado , y á toda mi familia un amigo útil. Aplaudió Sir Felipe á su huesped con el mayor entusiasmo , y se manifestó dispuesto á contribuir á la buena suerte de aquel digno jóven , cuyo aspecto indicaba todas las cualidades que le habian hecho tan querido de sus compañeros.

A la hora de comer se les reunieron los jóvenes ; Sir Felipe hizo varias pregun-

tas á E. , que á todas contestó con modestia y despejo ; cada palabra que hablaba se le hacia mas interesante. Despues de comer se retiraron aquellos con su preceptor á proseguir sus estudios. Sir Felipe quedó sumamente pensativo y silencioso, hasta que el Baron interrumpió sus meditaciones , diciéndole : ¿ tendréis la bondad de revelarme , qué es lo que tan completamente ocupa vuestra imaginacion en este momento ? — Si , os lo diré , dijo Sir Felipe , porque teneis un derecho á exigirlo. Estaba pensando , que cuando hemos sufrido grandes pérdidas , debemos cuidar mucho de conservar lo que aún poseemos, y procurar tambien reponer lo que hemos perdido. Amigo mio , ese jóven Edmundo Twiford , me inspira el mas vivo afecto. Yo no tengo hijos ni parientes que reclamen mis bienes , ni participan de mi cariño ; vos teneis muchos que dependen de vuestra generosidad , y yo puedo hacer la suerte de este jóven , sin ser injusto con ningun otro ; ¿ me quereis ceder este cuidado ? — Puede llamarse feliz , dijo el Baron , pues tan pronto ha ganado vuestro aprecio. — Voy á hablaros francamente ; lo que primero ha dispuesto mi corazon en su favor, ha sido su mucha semejanza con un ami-

go muy querido que tuve en algun tiempo, y en sus modales se le parece tanto como en su figura. Sus buenas prendas le hacen acreedor á un rango distinguido; yo le adoptaré, pues, y le presentaré en la sociedad como un pariente mio, siempre que vos no opongais obstáculo á mi plan; ¿qué os parece? — Caballero, dijo el Baron, le honra tanto vuestra propuesta, que seria yo muy mal amigo de Edmundo, si opusiera el menor obstáculo á su cumplimiento. Es verdad que yo pensaba colocarle en mi propia casa, pero nunca podria hacerlo tan ventajosamente como vos, cuyo generoso afecto no se vé limitado por otros lazos, y puede á su tiempo elevarle al rango á que se haya hecho acreedor. Solo pondré una condicion que se le deje en plena libertad para elegir su suerte; no quisiera obligarle á salir de mi casa contra su gusto.

Decis bien, dijo Sir Felipe, yo tampoco quisiera semejante violencia. — Estamos acordados; haré venir á Edmundo. Enviaron un criado á buscarle, y luego que vino, le habló su bienhechor en estos términos: « Edmundo debes gratitud eterna á este caballero, que observando en ti alguna semejanza con un amigo suyo, y prendado además de tu carácter, te ha cobrado tanto afecto

que desea llevarte consigo. Yo no puedo asegurar tu suerte de ningun modo mejor que accediendo á sus deseos ; y si tú no tienes inconveniente , partirás en su compañía cuando este caballero se marche.»

— Muchos cambios sufrió el semblante de Edmundo durante el discurso de su amo ; expresó á su vez ternura , agradecimiento , y dolor ; pero ésta expresion dominaba á las otras ; hizo una cortesia respetuosa á los dos caballeros , y despues de un momento de silencio , habló asi : « Estoy penetrado de agradecimiento por tan generosa oferta ; no puedo casi hacerme superior á la sensacion que me causa el ver tanta bondad hácia un pobre muchacho á quien solo conoce este caballero por los no merecidos elógios que debo á mi buen amo , y esta generosidad sin igual merece mi eterno reconocimiento. A vos , mi respetable amo ; os lo debo todo , hasta el aprecio de este caballero ; vos me distinguisteis cuando nadie me hacia caso , y despues de vos , vuestros hijos , son mis mejores , mis mas queridos bienhechores. Ellos fueron los que os hicieron fijar la atencion en mí. Mi corazon pertenece á esta familia , á esta casa ; y mi ambicion solo se estiende á pasar mi vida sirviéndoos.

Però, si hé cometido alguna falta que os haga desear separararme de vuestro lado; si me habeis recomendado á este caballero solo para alejarme de aqui, en ese caso me resignaré á obedeceros, del mismo modo que me someteria á vuestra voluntad, aunque me sentenciáseis á morir». Mientras decia esto corrian abundantes lágrimas por las mejillas de Edmundo, y los dos caballeros, participando de sus tiernos sentimientos, enjugaban tambien las suyas, cuando aquel acabó de hablar. — Hijo mio, le dijo el Baron, me enternece tu cariño y gratitud; no has cometido falta alguna que pueda hacerme desear separarte de mi; creí hacerte el mayor beneficio cediendo tus servicios á Sir Felipe Harclay, que puede hacerte feliz y lo desea; pero si prefieres permanecer en mi casa, jamás saldrás de ella. — Mi querido amo, exclamó Edmundo, echándose á los pies del Baron y abrazando sus rodillas: solo os pido permiso para vivir y morir sirviéndoos; prefiero esta suerte á las mas brillantes que pudiera proporcionárseme en otra parte. — Ya veis, Sir Felipe, dijo el Baron, como sabe ganarme el corazon este muchacho; ¡ cómo le he de separar de mi! — No se hable mas de eso, dijo Sir Felipe: veo que no

seria posible, y mi estimacion hácia entrambos se ha aumentado mucho con esta escena: hácia el jóven por su heróica gratitud, y hácia vos por la nobleza de vuestros sentimientos. El cielo os colme de felicidades. — Ah Señor! dijo Edmundo, estrechando entre las suyas la mano de Sir Felipe; no creais que desconozco vuestras bondades, jamás las olvidaré; y pediré siempre al cielo que os recompense tanta generosidad. El nombre de Sir Felipe Arclay, estará grabado en mi coraal par del de mi querido amo, y los de sus hijos. — Si en algun tiempo necesitais de un amigo, le dijo Sir Felipe abrazándole, acordaos de mi; y estad seguro de mi proteccion mientras continueis mereciéndola. — Edmundo, le hizo una cortesía, y se retiró con los ojos llenos de lágrimas de ternura y gratitud. — Me ocurre una idea que voy á comunicaros, dijo Sir Felipe al Baron, luego que quedaron solos. Es cierto, que el jóven Edmundo, no necesita en el dia de mi proteccion; sin embargo, pudiera llegar el momento de serle útil mi amistad. No seria extraño que prendas tan raras como las que él posee, escitasen la envidia y le creasen enemigos, en cuyo caso podría llegar á per-

der vuestro favor, sin que vos ni él tuvieseis la culpa. — Agradezco vuestra advertencia, dijo el Baron, aunque la creo inútil pero os prometo, que si alguna vez me separo de Edmundo, le recordaré vuestros ofrecimientos. — Os doy las gracias, dijo Sir Felipe, por las atenciones que me habeis prodigado, y me despido de vos, deseando de todo corazon la felicidad de vuestra interesante familia. — ¿No quereis pasar siquiera una noche en el castilló? Sereis tan bien recibido en él, como lo habeis sido en otro tiempo. — Conozco vuestra generosa hospitalidad, dijo Sir Felipe; pero esta casa despierta en mí recuerdos muy tristes; vine aqui con mi corazon traspasado de dolor, y no se disipará mientras permanezca en este recinto. Siempre me acordaré de vos con el mayor respeto y veneracion, y pediré al cielo os conserve la vida muchos años, y que la disfruteis colmado de felicidades.

Despues de los cumplidos de costumbre, partió Sir Felipe, dirigiéndose á casa de Wgat, reflexionando sobre cuánto habia visto en su visita al castillo. Cuando llegó á la casa encontró á toda la familia reunida; la noticia de que pensaba pasar allí otra noche, les lenó de alegría; por-

que les habia tratado con tanta familiaridad la noche ante ior, que su compañía les era ya agradable. Habló á Wgat de la desgracia que habia tenido en el camino de perder á su fiel criado, y le encargó le proporcionase otro , que le sirviera hasta llegar á su casa. Al oír esto Juan , miró á su padre con viveza , y éste le dirigió una mirada de inteligencia. Presente se halla uno , dijo , que tendria mucho honor en servir á Vuesamerced , pero temo que no sepa bastante para darle gusto. Juan se puso muy encarnado , y sin poder moderar su impaciencia , dijo : « Señor , yo respondo de un corazon honrado , de un gran deseo de complacer , y de mucha ligereza para hacer lo que me mandan ; y aunque soy un ignorante pondre gran cuidado en aprender á servir á mi amo , y sinó que haga la prueba. — Decís bien , dijo Sir Felipe , he observado vuestras buenas cualidades , y si deseais servirme para mí tambien será muy agradable , siempre que vuestro padre no tenga algun inconveniente. — ¡ Qué inconveniente he de tener yó ! exclamó el viejo ; tendré el mayor orgullo en que sirva á tan noble Señor ; es cosa hecha , Vuesamerced le pagará segun lo merezca. — Muy bien , contestó Sir Felipe ; no ver de-

reis nada en eso, yo cuidaré del muchacho. Concluido esto, compró al viejo un caballo para Juan, y á la mañana siguiente se pusieron en camino. Dejó el caballero recuerdos de su generosidad á aquellas buenas gentes, y se separó de ellos colmado de bendiciones. Al pasar por el sitio donde habia sido enterrado su criado, se detuvo á mandar decirle misas, y despues de algunos dias de camino, llegó con felicidad á su casa. Fué recibido por toda su familia con el mayor regocijo; destinó á su nuevo criado á su servicio inmediato, y se dedicó á buscar objetos en que emplear su caridad; era su delicia socorrer y premiar el mérito abatido, e pasaba su vida sirviendo á su Criador, y haciendo bien á sus criaturas. Recordaba con frecuencia su viaje al Oeste, y cuanto en él le habia sucedido; y en los ratos desocupados se entretenía en escribir algunos apuntes acerca de esto.

«Aqui signe un intévalo de cuatro años, segun el manuscrito, y esta omision parece ser á propósito.»

«Lo que signe es de diferente letra y su forma mas moderna.»

Los pronósticos de Sir Felipe Harclay, de que las buenas culidades de Edmun-

lo pudieran excitar contra él la envidia y crearle enemigos, empezaban ya á realizarse. El hijo mayor de su bienhechor y sus primos, buscaban pretextos para acusarle, y hacerle aparecer culpable. Roberto, el primogénito y heredero del Baron, tuvo sérias contestaciones acerca de esto con su hermano Guillermo, que amaba tiernamente á Edmundo y le defendia de las malignas insinuaciones de su hermano y sus primos, siempre que éstos trataban de humillarle. Ricardo Wenlock y Juan Markham, eran hijos de dos hermanas del Baron Fith-owen; éstos y algunos otros parientes suyos, alimentaban la mas baja envidia al ver brillar el relevante mérito de Edmundo, y procuraban, aún por los medios mas rateros, hacerle perder la estimacion del Baron, y de su familia. Consiguieron inspirar á Roberto una especie de aversion, la que con el tiempo se fué arraigando, y llegó á ser aborrecimiento. Otra circunstancia concurría á aumentar el odio de Wenlock; ardia en su pecho una passion naciente hácia Ema, la hija única del Baron; y como el amor tiene ojos de lince, descubrió, ó mas bien se figuró haber descubierto, que ésta miraba con

predileccion á Edmundo. Un servicio, que la casualidad le proporcionó hacerla, fijó en él la atencion de Ema, y excitó su agradecimiento. Tal vez el tener siempre á la vista su hermosa figura, y sus excelentes cualidades, habia hecho cambiar su estimacion en otro afecto mas dulce; pero si era así, ella lo ignoraba, y creia que su afecto era solamente un tributo debido á la gratitud y la amistad.

Una Pascua, que el Baron y toda su familia, iban á pasar una temporada en Gales, al cruzar un rio, el caballo de Ema, que iba detrás del de Wenlock, tropezó y cayó, arrojándola dentro del río; saltó Edmundo de su caballo y acudió al momento á socorrerla; la sacó del agua con tal prontitud, que algunos de los que iban con ellos ni aún advirtieron lo que habia ocurrido.

Desde aquel momento procuró Wenlock, hacer perder á Edmundo la estimacion de Ema; pero ella se creia obligada en justicia y por gratitud, á defenderle de las maliciosas acusaciones de sus enemigos. Un dia preguntó á Wenlok, por qué razon se esforzaba él mas que otro alguno, á ganar su aprecio, hablando mal de Edmundo; á quien ella no po-

dia dejar de estar muy reconocida. No contestó casi ; pero esta pregunta fué una saeta que se clavó en su corazón rencoroso, cada palabra en favor de Edmundo era una flecha emponzoñada , que introduciéndose en la herida la inflamaba por momentos. Aparentaba en algunas ocasiones querer disculpar las supuestas faltas de Edmundo , para poder en otras acusarle de ingratitud. El ódio se hace , tanto mas violento , cuanto mayor cuidado se pone en disfrazarlo , y en este caso suele cubrirse con la máscara de la sencillez. Por medio de estas arterias , llegaron Wenlock y Markam , á alucinar á Roberto y algunos otros de sus parientes. Solo Guillermo se mantenía firme contra todas sus intrigas.

El verano mismo que Edmundo cumplió diez y ocho años , anunció el Baron su intencion de enviar á Francia , en la próxima primavera , á los jóvenes de su casa , para que allí aprendiesen el arte de la guerra , y mostrasen su valor y sus conocimientos.

De tal manera habian sabido ocultar su encono y mala voluntad contra Edmundo , que el Baron no habia sospechado cosa alguna ; pero sí se susurraba entre

los criados, que son los espías mas vigilantes de las acciones de sus amos. El amor que todos ellos profesaban á Edmundo, era la prueba mas convincente de que lo merecia; pues las personas de esta clase, pocas veces miran con aprecio á otros dependientes ó criados superiores á ellos, los cuales generalmente solo excitan su envidia y aborrecimiento. Edmundo, sin familiarizarse demasiado con ellos, los trataba con tanta dulzura que, sin intentarlo al parecer, ganó su cariño.

Entre los criados de la casa se hallaba un viejo llamado José Howell, que habia servido al difunto Lord Lovel y á su hijo. Cuando éste murió, y Sir Walter vendió el castillo á su cuñado, el Lord Fithowen, éste fué el único de todos los criados antiguos que quedó para cuidar de la casa y hacer su entrega al nuevo poseedor, el cual le mandó continuar en su destino. Era hombre que hablaba poco, pero reflexionaba mucho; y sin ocuparse de los negocios ajenos, cuidaba de los que estaban á su cargo con esmero y puntualidad. Mas solícito en cumplir con su obligacion, que en ganarse el favor, no parecia aspirar á otra suerte superior á aquella en que se hallaba. Siempre que

podia sin llamar la atencion, fijaba sus ojos en Edmundo, con el mayor interés: muchas veces suspiraba, y aún se le escapaban algunas lágrimas que procuraba ocultar.

Un dia le sorprendió Edmundo en uno de estos momentos de enternecimiento. ¿Por qué razon, amigo mio, le dijo éste fijais en mí unas miradas de tan particular afecto y ternura?— Porque os tengo mucho cariño, Señorito, y deseo vivamente veros feliz. — Os lo agradezco de todas veras: siento que la única recompensa que puedo dar á vuestro afecto, es una fina correspondencia; pero con esta podeis contar. — Gracias, Señorito: eso es cuanto anhelo, y mucho mas de lo que merezco. — No digais eso, buen José: si me fuera posible daros pruebas mas positivas de mi gratitud, no hablaria tanto de ella; pero la única propiedad que me pertenece en este mundò, son las palabras, y éstos son los bienes de que puedo disponer. Estrechó la mano de José amistosamente entre las suyas, y éste se retiró presuroso como para ocultar su agitacion, diciendo al mismo tiempo ¡Dios os bendiga Señorito, y os dé tan buena suerte como mereceis! No puedo dejar

de creer que habeis nacido para una situacion mas elevada que la que ahora ocupais. — Bien sabeis lo contrario, dijo Edmundo; pero José ya estaba lejos para oírle.

Los elógios y atenciones de cuantos le conocían, y el afecto de cuantos le trataban, junto con aquel noble orgullo que siempre acompaña á las almas elevadas encendian algunas veces el fuego de la ambicion en el pecho de Edmundo; pero pronto le sofocaba el recuerdo de su humilde nacimiento, y de la situacion dependiente en que se hallaba. Era intrépido á la par que modesto, atento y cortés con todos: franco y sencillo con los que de véras le amaban; discreto y complaciente con los que le aborrecian; generoso y compasivo con los desgraciados; humilde, pero no servil con su bienhechor, y con todos sus superiores.

En una ocasion, que con firmeza y dignidad rebatia una maligna acusacion, le tachó el jóven Roberto de orgulloso y petulante en el modo de tratar á sus primos. Edmundo rechazó este cargo con ingual carácter y moderacion. — Cómo os atreveis á contradecir á mis primos? — le dijo Roberto con arrogancia: *tratais de*

desmentirlos? —No con las palabras, dijo Edmundo, sinó con mi conducta, que os convencerá de que no debeis darles crédito. — Callad, exclamó Roberto con altivez: aprended á conoceros, y no tengais la osadía de contradecir á hombres tan superiores á vos, en todos conceptos.

Estos choques, que se repetian con frecuencia, cedieron algun tanto con los preparativos para el viage á Francia.

Debia presentarse Roberto en la Côte, antes de emprender su viage, y se creia que le conferirian la órden de caballeria.

Quería el Baron que Edmundo fuese su escudero, pero sus enemigos frustraron este plan, persuadiendo á Roberto que prefiriese uno de sus propios criados llamado Tomás Hewson. De este modo le colocaban como rival de Edmundo, y él cuidaria de aprovechar todas las ocasiones de humillarle. Solo ganó Roberto con esta determinacion, el desprecio de cuantos conocian el mérito de Edmundo, y atribuian á falta de discernimiento el no distinguirle y premiarlo. Edmundo suplicó al Baron que le permitiése acompañar á Guillermo, diciéndo: cuando le concedan igual distincion que á su hermano, que no dudo llegará ese caso seré su

escudero, pues así me lo ha prometido. El Barón accedió á su súplica, y libre ya de servir á los demás, se dedicó esclusivamente á complacer á su querido amo el cual le trataba en público como un criado de distincion, y en particular como su hermano, y su mas íntimo amigo.

Concertaron entre todos sus enemigos de qué modo podrían satisfacer el ódio que le tenían, y convinieron en tratarle con indiferencia y aún con desprecio, hasta estar en Francia; suscitar luego que estuvieran allí sospechas de su valor, y librarse de él para siempre, encargándole de la empresa mas peligrosa que se presentase.

Por aquel tiempo murió el gran Duque de Bedford, cuya muerte fué una pérdida irreparable para la Inglaterra. Le sucedió como Regente de Francia, Ricardo Platagenet, Duque York. Gran parte del país se habia sublevado contra el Delfin Carlos; se daban frecuentes acciones, se sujetaban unas ciudades, y se sublevaban otras; y á cada instante se les presentaban á los jóvenes de ambas naciones, las ocasiones de lucir su valor y sus conocimientos militares. Los de la casa de Fithwen fueron recomendados en particular al Regente. Armó caballero á Ro-

berto, y á otros que por su valor é intrepidez se habian distinguido en varias acciones.

Continuamente estaban ocupados, bien fuera ejercitándose en el manejo de las armas, ó batiéndose con el enemigo; de modo que no era posible dejase de llamar la atencion, todo aquel que lo mereciese.

Muchos esfuerzos hicieron los enemigos de Edmundo, para exponerle á los mayores peligros; pero todas sus raterias, solo redundaban en perjuicio de ellos mismos, pues servian solo para ganarle nuevos aplausos y aumentar su fama.

Llegó á distinguirse tanto, y en tantos y tan repetidos lances, que Roberto empezó á mirarle con mas consideracion, á despecho de sus primos y demás parientes. Fraguaron éstos mil planes para perderle, pero ninguno tuvo el resultado que deseaban.

« En esta parte del manuscrito están borradas las letras por el tiempo y la humedad. Se pueden leer sin embargo algunos periodos pero esto no es suficiente para seguir el hilo de la historia. »

« Se habla en ellos de varias acciones, en las que nuestros jóvenes tomaron parte: que Edmundo se distinguió por su intre-

pidez durante los combates , y su humanidad y modestia despues de la victoria, tanto que llamó la atencion á todas las personas de juicio , y que el mismo Regente le tributó elógios muy particulares. Lo que sigue está bastante claro para poderlo copiar , pues aunque las primeras páginas no están inteligibles , sin embargo, por lo que se lee despues puede formarse idea de su contenido. »

Luego que los conjurados se reunieron en la tienda de Sir Roberto, Wenlock habló en estos términos : « Ya habeis visto , amigos míos , que cuanto hemos hecho para humillar á este advenedizo, solo ha servido para aumentar su orgullo ganándole nuevos lauros. Es menester tomar una determinacion , ó sinó su fama llegará á nuestro pais antes que nosotros, con perjuicio de la nuestra , y serviremos solo de sombra para hacer resaltar mas el brillo de su gloria. Daria cuanto tengo al hombre que ejecutáre en él nuestra venganza. — Detente Wenlok, exclamó Sir Roberto. Yo creo á Edmundo orgulloso y presumido: tomaré parte en cualquiera plan que se forme para humillarle y hacerle conocer quien es ; pero jamás consentiré en que se pongan en uso medios tan vi-

les para conseguirlo. Edmundo es un valiente, y sería indigno de un Inglés el valerse de tales raterías, para vengarse. Si se trata de poner en juego semejantes resortes, yo, el primero, acusaré al delincuente; y si vuelvo á oír una sola palabra que indique esa intención, daré parte á mi hermano Guillermo, para que haga saber á Edmundo vuestras pérfidas maquinaciones.

Callaron todos, menos Wenlock, que hizo repetidas protestas de que su deseo no era otro, que el abatir su orgullo y hacerle conocer su situación. A poco rato se retiró Roberto, y volvieron ellos á sus deliberaciones.

Mañana á la noche, dijo Tomás Hewson, debe salir una partida á interceptar un convoy de provisiones que vá á Ruan: yo induciré á Edmundo á salir con ella, y cuando esté en lo mas acalorado de la acción, mis gentes y yo nos retiraremos, dejándole solo con el enemigo, que no dudo que dará tan buena cuenta de él, que no volverá á incomadaros.— Bien pensado, dijo Wenlock; pero es menester ser reservados, y que no lleguen á entender nada mis dos primos; yo cuidaré de disuadirles si tratan de tomar parte

en la empresa. Y vos, Tomás, contad con mi eterna gratitud, si conseguís llevar á cabo vuestro plan. Con la mia podeis contar tambien, dijo Markham; y todos los demás le hicieron igual promesa.

Al dia siguiente se habló ya de la salida que se preparaba para aquella noche: Hewson sujirió á Edmundo la idea de salir á esta expedicion, diciéndole que él tambien iba. Varios jóvenes distinguidos se ofrecieron á hacer este servicio, y entre ellos, Sir Roberto y su hermano; pero Wenlock les hizo desistir, pintándoles con los colores mas vivos el peligro á que se esponian.

Por fin, Roberto se quejó de un violento dolor de muelas, que no le permitia salir de su tienda. Edmundo estaba acompañándole, y juzgando del entusiasmo y valor del caballero, por el suyo propio, le dijo: Mucho siento que no podais acompañarnos esta noche; y como sé cuanto os hará padecer este incidente, me atrevo á suplicaros me permitais usar de vuestras armas y divisa, que os prometo no empañar su brillo. —No, Edmundo, dijo Roberto, no puedo consentir en eso: agradezco tan generosa oferta; y tal vez su recuerdo os será útil en lo sucesivo. ¿Cómo

podria yo atribuirme la gloria que otro hubiera adquirido? — Habeis despertado mi pundonor: me habeis hecho conocer cuál es mi deber; iremos juntos y nos disputaremos los laureles. Guillermo nos acompañará tambien.

Poco tiempo despues ya estaban prontos para marchar. Wenlock, Markham y los suyos, se vieron comprometidos á seguirlos, en una empresa en la que jamás pensaron tomar parte, y salieron consternados á reunirse con los demás. Marchaban silenciosos por unos caminos que mas bien pudieran llamarse lodazales, y en medio de los horrores de una noche obscurisima. Salieron al encuentro al convoy, y se traxó una acalorada accion. La victoria se mantuvo indecisa por algun tiempo; pero la salida de la Luna, á la espalda de los Ingleses, dió á estos una gran ventaja. Pudieron observar la posicion de sus enemigos, y aprovecharse de esta observacion. Edmundo fué el primero á cargarle: y se batió cuerpo á cuerpo con el Gefe Francés hasta hacerle sucumbir. Corrió Guillermo á socorrer á su amigo creyéndole en peligro. Sir Roberto á defender á su hermano, y Wenlock y Markham tuvieron que seguirle por no parecer cobar

des. Ya Tomás Hewson y sus compañeros habian huido, y al verlo los Franceses cargaron sobre ellos, persiguiéndoles encarnizadamente. Edmundo, seguido de todos los caballeros, dió otra carga al enemigo, y consiguió arrollarlos y detener los carros. El oficial que mandaba la partida, les animaba con su ejemplo; y por fin, despues de derrotarlos completamente, volvieron triunfantes al campo Inglés, trayéndose todas las provisiones.

Fué presentado Edmundo, al Regente, como héroe á quien se debia la victoria. Nadie se atrevió á negar esta verdad; por mas que la envidia y la maledicencia tuvieran que enmudecer poraquel momento.

Acercáos jóven, dijo el Regente, para que os honre con la órden de caballería, de que tan digno os habeis hecho. Ya no pudo Wenlock callar mas tiempo. La órden de caballería dijo, pertenece esclusivamente á los nobles, y no puede dársele á un plebeyo. — Qué es lo que decís! exclamó el Regente, este jóven ¿ se plebeyo? — Sí Señor, dijo Wenlock, y sinó que se atreva á negarlo. — Es cierto, Señor, contestó Edmundo, con modestia soy plebeyo, y no puedo aspirar á tanta

honor , además lo que he hecho ha sido solo cumplir con mi deber.

El Duque de York , cuyo fanático orgullo por la nobleza del nacimiento , no ha tenido igual , envainó su espada inmediatamente. Ya que no puedo premiaros , dijo , como habia pensado , cuidaré al menos de que tengais gran parte en el botin de esta noche , y declaro públicamente que debes ocupar el primer lugar entre los valientes que se han distinguido en esta jornada.

Tomás Hewson y su gente , hicieron muy triste figura cuando volvieron al campo ; y fueron públicamente reconvenidos por su cobardía. Hewson estaba herido , y su imaginacion lo estaba aún mas profundamente , al ver el éxito de su mal fraguado plan. No podia levantar los ojos delante de Edmundo ; y éste , ageno de toda sospecha , procuraba su alivio por cuantos medios le sugería su buen corazon.

Habló al General en favor de estos miserables , atribuyendo su conducta á circunstancias que no habian podido evitar. Les visitó , les llevó parte del botin que le habia tocado ; procuró por los medios mas generosos ganarse aquellos corazones que le aborrecian , y solo deseaban su ruina ;

pero cuando el ódio tiene su origen en la envidia causada por tan relevantes prendas todo lo que pueda dar á estas nuevo brillo, solo sirve para aumentar la causa de donde aquel nace.

« Aquí hay otra interrupcion en el manuscrito ; y despues sigue asi. »

Cuidaban Wenlock y sus amigos de recordar continuamente á los jovenes distinguidos y demas caballeros , que reconocian el mérito de Edmundo , su baja esfera , su orgullo y presuncion en atreverse á alternar con ellos ; y de este modo conseguian entorpecer su carrera.

« Aquí siguen algunas hojas inteligibles ; se habla en ellas de la muerte de Lady Fith-owen , y continúa : » . . . . .

Mucho se alegró Wenlock al ver el resultado de sus intrigas , y que á la entrada del invierno deberian volver á su pais.

El Baron deseaba tambien un pretexto para hacerles venir , porque despues de la muerte de su esposa , se le hacia insoportable la ausencia de sus hijos.

« Se encuentran aún varias hojas borradas ; despues hay algunas palabras que no se pueden entender ; y por fin , lo que sigue se lee con facilidad » . . . . .

Luego que volvieron de Francia , se va-

lieron los enemigos de Edmundo de toda su astucia, para arrebatarle la estimacion del Baron; y obligar á este á echarle de su casa. Suponian mil cosas que decian haber sucedido durante su residencia en Francia, y que por consiguiente no podia saberlas el Baron. Pero cuando preguntaba acerca de ellas á sus propios hijos, veía que no habia sinceridad en las relaciones de los demás. Sir Roberto aunque no le queria, miraba con horror la idea de calumniarle; y Guillermo hablaba de él, con toda la vehemencia de un cariño fraternal.

Conocia el Baron que sus sobrinos detestaban á Edmundo; pero la bondad de su propio corazon, no le dejaba ver la bajeza de los de aquellos. Siempre se ha dicho que una gota de agua que continuamente caiga sobre una roca, llegará por fin á desgastarla. Asi, pues, insensiblemente produjeron sus acusaciones continuas una especie de frialdad en el Baron, con respecto á Edmundo.

Si éste manifestaba un carácter firme y decidido, lo llamaban orgullo y arrogancia; su generosidad era imprudencia, y su humildad, hipocresia para encubrir mejor su ambicion.

Sobrellevaba Edmundo con paciencia todas las humillaciones que le hacian sufrir, y aunque herian gravemente su corazon, no creia honroso al justificarse á costa de sus enemigos. Quizás hubiera sucumbido á tantos disgustos, si la divina Providencia no le hubiera conducido poco á poco, y por un encadenamiento de circunstancias, al parecer casuales, á la crisis de su suerte.

Oswald, el preceptor que habia sidó de los jóvenes, conocía á fondo el corazon de Edmundo, y le amaba tiernamente. Penetraba las tramas de que se valían para hacerle perder el aprecio de su bienhechor; espiaba las maquinaciones, y procuraba por cuantos medios estaban á su alcance, frustrar los intentos de sus enemigos.

Este excelente sacerdote paseaba con frecuencia acompañado de Edmundo, unas veces hablando de objetos indiferentes, y otras lamentándose este digno jóven de su situacion desgraciada, y de las circunstancias particulares en que se hallaba colocado. El sacerdote le consolaba lo mejor que podia, y con sus prudentes consejos, le afirmaba en la resolucion que habia formado de sufrir con paciencia y dignidad, unos males que no podia evitar, atrincherado

en el convencimiento de su inocencia, y en la esperanza de una recompensa eterna.

Un dia que se paseaban en el bosque inmediato al castillo, le preguntó Edmundo, ¿qué preparativos eran los que veia hacer para edificar, y qué queria decir aquella corta de árboles y quema de ladrillos? Qué, dijo Oswald, ¿no habeis oido decir que van á hacer una nueva habitacion en el lado del Oeste del castillo? — Y ¿cómo hacen ahora ese gasto, habiendo una que nunca se habita en el lado del Este? — Habreis observado sin duda, que esa habitacion, está siempre cerrada? — Es verdad, muchas veces lo he notado; pero nunca me he atrevido á preguntar la causa. — Teneis, pues, mas prudencia y menos curiosidad de la que suele tenerse á vuestra edad.

Vuestras palabras han despertado mi curiosidad; y si no teneis inconveniente desearia que la satisfacieseis. — Estamos solos, y confio tanto en vuestra prudencia, que en cuanto es posible os explicaré este enigma.

Ya sabeis sin duda, que aquella habitacion la ocupaba el difunto Lord Lovel, cuando estaba soltero. Quiso su padre cederle su habitacion luego que se casó, y retirarse á la otra; pero su hijo no lo permitió,

y quiso mas bien permanecer en la misma. Haría tres meses que se habia casado cuando murió su padre, y al año fué llamado para acompañar al Rey Enrique IV, en su expedicion á Gales, á donde marchó seguido de muchos dependientes de su casa. Quedó su esposa embarazada, y esperando su vuelta con el mayor cuidado y ansiedad.

Luego que el Rey hubo castigado á los revoltosos, y conseguido una completa victoria, se esperaba que llegase Lord Lovel al castillo de un momento para otro. Llegaron si diferentes noticias, pero él no llegó. Vino un propio diciendo que se hallaba en completa salud, y fuera ya de todo riesgo; pero poco despues vino otro con la noticia de que habia muerto en una accion. Sir Walter Lovel, habia venido á visitar y acompañar á la Señora, y permanecia aqui esperando la vuelta de su primo, y él fué el que la dió la fatal noticia. Cayó desmayada al oirla, pero luego que volvió en si, manifestó una fortaleza de alma sin igual. Decia que su deber era resignarse como cristiana, y hacerse superior á este terrible golpe; aunque no fuese mas que por amor á la criatura que llevaba en sus entrañas, único resto de un esposo amado y heredero de su nombre. Fué modelo de

paciencia y conformidad por algunos dias, pero de repente mudó de aspecto, y prorumpió llena de furor en frenéticas exclamaciones. Decia, que su adorado esposo habia sido traidoramente asesinado. que se la habia aparecido y se lo habia revelado; pedia al cielo y á la tierra venganza de tan horrendo crimen, y juraba que, hasta conseguirla, no cesaría de clamar á Dios, y al Rey, para que la hiciesen justicia.

Lord Lovel, hizo correr la voz entre los criados, de que la pobre Señora, víctima del dolor por la muerte de su esposo, habia perdido el juicio: que él la miraba siempre con el mismo interés; y que si algun dia recobraba la razon, procuraria por todos los medios imaginables consolarla, y aún se casaría con ella. Cayó enferma, y antes de un mes, la infeliz habia fallecido en esa misma habitacion. La enterraron en el panteon de la familia, en la Iglesia de San Agustin; y Sir Walter, ya con el nombre de Lord Lovel, tomó posesion del castillo y de los demás estados.

A poco tiempo empezaron á decir, que el castillo estaba encantado, y que muchos de los criados habian visto la sombra de Lord y de Lady Lovel. Todo el que en-

traba en la habitación, salia aterrado por ruidos espantosos, y raras apariciones. Por último la cerraron, y se prohibió á los criados, hasta el hablar de ella, ni de cosa alguna que con ella tuviese relacion.

No paró aquí, sin embargo: se decia que el nuevo Lord Lovel, estaba tan agitado por las noches, que no podia dormir con tranquilidad; y disgustado al fin de estos lugares, vendió el castillo y haciendas que le correspondian, á su cuñado el Lord Fith-owen, y abandonó este pais.

Todo eso es nuevo para mí, dijo Edmundo; pero decidme: ¿qué origen podian tener las sospechas de esa pobre Señora, de que su esposo habia sido asesinado?

Solo Dios lo sabe. Entónces se formaron muchas conjeturas acerca de eso: yo tambien las formé, pero á nadie he querido descubrirlas, ni aún á vos mismo os las revelaré. Temo ofender á los que tal vez sean inocentes, y dejo al Cielo el cuidado de castigar al delincuente, lo que sin duda sucederá á su debido tiempo. Sed reservado y haced cuenta que no sabeis nada de cuanto os hé dicho.

Agradezco sobremanera las pruebas de estimacion y de confianza que me dais, dijo Edmundo; estad seguro de que no

abusaré de ellas; no creais que deseo averiguar secretos que no deban publicarse: apruebo vuestra reserva y convengo en que la Providencia á su tiempo tomará la defensa del inocente. Sinó fuera por esta confianza misma, mi situacion seria insoportable.

Hago cuánto me es posible para ganar la estimacion de los hombres de bien; procuro conducirme en términos que no ofenda á persona alguna; pero veo con dolor, que no llevo á conseguir mi objeto. — Yo tambien lo veo con harto sentimiento, y advierto que se dá una interpretacion maligna á cuanto hago ó digo en vuestro favor. Procurando seros útil, solo consigo perder mi influencia en esta familia; pero no importa: yo no puedo sancionar tales injusticias, ni prestar mi apoyo para oprimir al desvalido. Hijo mio, poned vuestra confianza en Dios, aquel que hizo salir la luz de las tinieblas, puede tambien hacer que de un mal resulte un bien. — Esa es mi única esperanza, padre mio; pero, decidme: si triunfan mis enemigos, si el Baron dá crédito á sus calumnias; y me arroja ignominiosamente de su casa, ¿qué será de mí? Nada poseo sinó una reputacion sin tacha: si esta la pierdo, nada me queda en este mundo; y

conozco que lo que desean es mi ruina.

Confiad en la justificacion y hombría de bien del Baron; él conoce vuestras virtudes, y no ignora la mala fé de vuestros adversarios.—Tengo demasiadas pruebas de la rectitud é imparcialidad de mi bienhechor para que yo pueda ponerlo en duda. Pero, acaso ¿no sería mas prudente librarle de estos disgustos, y á su familia de un manantial perenne de disensiones? Quisiera tomar una determinacion, mas sin el consentimiento del Baron, no debo hacerlo. Y tal es mi estado, que temo que mi despedida se mire como una prueba de ingratitud. Además, cuando pienso en abandonar para siempre esta casa.... mi corazon se despedaza, y me dice que no puedo ser feliz fuera de ella. Me parece que podria volver gustoso á la vida de un pobre aldeano, mas bien que vivir en un palacio, vilipendiado y sufriendo continuas humillaciones.—Sufrid aún un poco de tiempo, le dijo Oswald, entre tanto que yo busco algún medio de aliviar vuestra suerte. Haré conocer al Baron vuestros padecimientos, sin que á nadie resulte perjuicio alguno, tal vez pueda ponerse remedio para lo sucesivo. Observad siempre la misma conducta irrepreensible, y es-

tad seguro de que el Cielo protegerá vuestra inocencia, y trastornará las pérfidas maquinaciones de vuestros enemigos. Ahora, volvámonos á casa, que es tarde ya.

Paseábase Edmundo un dia por el campo, algunos despues de esta conversacion, cavilando siempre en su triste suerte. Insensible al tiempo que pasaba, hacia ya algunas horas que estaba entregado á sus meditaciones, sin observar que la luz del dia iba decayendo, cuando se oyó llamar repetidas veces. Volvió la cabeza, y vió á su amigo Guillermo que corria hácia él; saltó un vallado, y se detuvo casi sin aliento. — ¿Qué sucede? preguntó Edmundo. La espresion de vuestro semblante me anuncia algun acontecimiento extraordinario. — Mi querido Edmundo, dijo su amigo, cojiéndole cariñosamente la mano y dirigiéndole una mirada llena de ternura. Vamos á casa inmediatamente: vuestros antiguos perseguidores se han unido para perderos: mi hermano Roberto ha dicho terminantemente que no puede haber paz en nuestra familia mientras no seais expulsado de ella; y espera que mi padre no preferirá romper con todos sus parientes, antes que con vos. — ¿De qué me acusan ahora? — Yo no he podido

comprenderlo. Hablan con gran misterio: dicen que es cosa de suma trascendencia, pero se ocultan de mí. Mi padre les ha dicho que es menester que os acusen cara á cara, y que les contestareis públicamente. Salí á buscaros para deciros lo que pasaba, y que pudiérais prepararos á hacer vuestra defensa. — Dios os premie tanta bondad, dijo Edmundo. Ya veo que están decididos á perderme si les es posible; me veré precisado á alejarme de esta casa: pero cualesquiera que sea mi suerte, estad persuadido de que no tendreis que avergonzaros de vuestra amistad y cariño para con el pobre Edmundo. — No tengo la menor duda de eso, contestó Guillermo; y aquí mismo te juro, (como Jonathas juró en otro tiempo á David), que mi amistad será firme é invariable; y caiga la maldicion del Cielo sobre mi cabeza, si faltare á este solemne juramento. — Mientras yo sea acreedor á tanta dicha, interrumpió Edmundo... — Te conozco muy bien, continuó Guillermo, y tal es la opinion que tengo de tú mérito, que mi corazon me predice que el Cielo te tiene destinado para grandes cosas; y espero que algun acontecimiento extraordinario te ha de elevar al rango y situa-

cion que sin duda te corresponde. Prométeme, pues, que sea la que fuere tu suerte, tu amistad será siempre igual á la mia.

Estaba Edmundo tan conmovido, que no pudo contestar sinó por frases interrumpidas. — ¡Ah, mi querido amigo!... mi querido amo!... Si, lo juro... os lo prometo... mi corazon os lo asegura.

Cayó de rodillas, cruzadas las manos y levantando los ojos al cielo. Siguió Guillermo este movimiento, y ambos invocaron al Sér Supremo por testigo de sus protestas de eterna amistad, pidiéndole la bendijese. Se levantaron y se abrazaron estrechamente, corriendo al mismo tiempo por sus mejillas lágrimas del mas tierno afecto.

Luego que calmó algun tanto esta agitación y pudieron hablar, suplicó Edmundo á su amigo que no incurriera por él en el ódio de su familia. Me resigno, le dijo, á la voluntad del Cielo: y esperaré con paciencia la suerte que me tenga preparada; si llego á salir del castillo, procuraré siempre hallar algun medio de que sepais de mí. — Aún espero encontrar remedio á tantos disgustos. No tomeis ninguna determinacion; dejémonos guiar por los acontecimientos. De este modo, continua-

ron estos dignos jóvenes su conversacion hasta llegar al castillo.

En el gran salon, en un asiento muy elevado estaba el Baron, con todo el aparato y dignidad de un juez: delante de él se hallaba el padre Oswald, como defensor de su propia causa, y de Edmundo.

Al rededor del Baron, se habian colocado, su hijo mayor, sus sobrinos y los principales criados de su casa. A alguna distancia se veia al viejo José, que alargaba la cabeza, escuchando con la mayor atencion cuanto se decia.

Guillermo fué el que primero se adelantó: Señor, dijo á su padre; ya he encontrado á Edmundo, y se halla aquí pronto á dar sus descargos. Has hecho bien en buscarle, dijo el Baron. Acércate Edmundo y escúchame: te hallas acusado de algunas imprudencias; pues yo no puedo en razon llamarlas delitos. Seré tan justo contigo, como con tus acusadores; lo mismo te escucharé á tí que á ellos; porque á nadie debe condenarse sin oírle. — Señor, dijo Edmundo, con igual moderacion que firmeza: Pido que se forme causa: si de ella resulta que he cometido alguna falta contra mi bienhechor, caiga sobre mi el mas riguroso

castigo ; pero , si ( como yo creo ) semejante crimen no puede probarse , no dudo que me hareis justicia ; asi como en otro caso se la hariais á mis acusadores. Y si sucediera que mis enemigos ( que en secreto traman mi ruina hace mucho tiempo , y ya por fin se presentan á cara descubierta ) por medio de sus insidiosas maquinaciones , consiguieran hacerme aparecer culpado á vuestros ojos , sufriria en silencio vuestro fallo , y solo á un tribunal apelaria.— Ya veis su insolencia , exclamó Wenlock , interrumpiéndole. Desde luego supone , que si su juez le condena , comete un desacierto ; y despues se atreve este miserable á decir que apelará á otro tribunal. ¿ A quién pensará apelar ? Desearia que se la obligára á explicarse. — Lo haré inmediatamente sin que nadie me obligue á ello , dijo Edmundo. He querido decir , que apelaria solamente al Todopoderoso , que es el que mejor conoce mi corazon.— Dice bien , exclamó el Baron , y á nadie puede ofender en eso. El hombre solo juzga por las apariencias ; pero Dios vé los corazones. No olvidéis esto , hijos míos ; tened esta idea siempre presente , y de este modo , ni echareis mano de una falsedad para acusar á otro , ni ocultareis la

verdad para justificaros vosotros mismos.

Edmundo : he sabido que vos y Oswald , en vuestras conversaciones , os habéis propasado hablando de mi , y de mi familia ; que os han oido censurar como un capricho mio , el edificar una habitacion en el Oeste del castillo , habiendo otra desocupada en el Este del mismo. Oswald , segun parece , contestó , que ésta no se podia habitar porque estaba encantada , y que allí se habia cometido un horrible asesinato ; añadiendo muchos pormenores acerca de la familia de Lord Lovel , de cuya certeza no puede estar seguro , y en el caso de estarlo , sería muy imprudente en hablar de ellos.

Despues de esto , os quejásteis del mal tratamiento que aqui se os daba , y hablasteis de abandonar el castillo , é ir á buscar fortuna á otra parte. Sobre todos estos cargos os preguntaré sucesivamente.

En primer lugar , quisiera me dijeseis cuanto pudierais recordar de la conversacion que tuvisteis en el bosque con Oswald el lunes pasado. — Buen Dios! exclamó Edmundo , ¡ es posible que haya quien dé tal interpretacion á una conversacion tan sencilla ! — Decidme , pues , cuanto recordeis. — Asi lo haré , repi-

tiendo todo lo pueda traer á la memoria.

Refirió entónces la mayor parte de la conversacion que tuvieron en el bosque, procurando abreviar cuanto fué posible lo que tenia relacion con la familia de Lovel.

Oswald se tranquilizó al oírle, pues esto era lo mismo que él habia hecho, antes de que viniera Edmundo.

Ya véis, dijo el Baron á su hijo mayor, lo que ambos acusados dicen: los he tomado declaracion separadamente: ninguno de ellos sabia lo que el otro habia de responder, y sin embargo, están acordes en sus contestaciones. — Confieso que es as, dijo Sir Roberto; pero, Señor, es mucho atrevimiento de su parte, el hablar en estos términos de los asuntos de nuestra familia. Si mi tio Lord Lovel, llegara á saberlo les castigaria como merecen; y si su honor se vé ultrajado, á nosotros nos toca castigar al detractor.

Wenlock, en este momento, ciego ya de cólera, se ofreció á jurar la verdad de cuanto habia dicho. — Silencio! dijo el Baron, yo juzgaré por mi mismo. Puedo asegurar, añadió, dirigiéndose á Roberto, que jamás habia llegado á mi noticia cosa alguna de las que Oswald acaba de referir, acerca de la muerte de Lord y

Lady Lovel; y creo que semejantes rumores deben desatenderse, y dar lugar á que el tiempo los vaya condenando al olvido.

Es cierto, que cuando vine al castillo llegó á mis oídos un cuento acerca de la habitacion del Este y de que estaba encantada. Mi hermano me aconsejó que la tuviese cerrada hasta que se olvidasen de ese absurdo; pero lo que acabo de oír me ha sujerido la idea de hacerla útil para lo sucesivo.

Preparo un castigo para Edmundo, que hará callar á sus acusadores, por ahora, y afirmará su reputacion.

Edmundo, ¿os atreveréis á tomar á vuestro cargo esta aventura, en obsequio mio? — Por arriesgada que sea, Señor, estad seguro de que no hay cosa alguna que yo no me atreva á emprender para probaros mi gratitud y fidelidad.

En cuanto á mi valor lo manifestaría á costa de mis acusadores, si el respeto á la sangre de mi bienhechor no me atase las manos; y en la situacion en que me encuentro, solo deseo que se ponga á prueba de cualquier modo que pueda ser útil á mi protector. — Bien dicho, dijo el Baron: en cuanto á tus ene-

migos , yo buscaré el modo de separarte de ellos. Hablaremos de eso despues , por ahora solo se trata de poner á prueba el valor de Edmundo. Dormirá tres noches en la habitacion del Este, para que pueda dar testimonio de si está encantada ó no. Despues la haré componer y adornar, y mi hijo mayor la ocupará : esto me ahorrará algunos gastos y se conseguirá mejor mi objeto. ¿Qué os parece Edmundo?

Muy bien , Señor, contestó éste. No me acusa mi conciencia de haber ofendido á nadie , por consiguiente nada tengo que temer. — Buen muchacho ! exclamó el Baron. No me he equivocado yo en la opinion que tengo formada de ti , ni tú te equivocas tampoco en la confianza que tienes en mí. Esta noche , dormirás en la consabida habitacion , y mañana hablaremos despacio. Venid Oswald conmigo , tengo que hablaros á solas : los demás pueden retirarse cada uno á sus respectivas ocupaciones y estudios , y á la hora de comer volveremos á reunirnos.

Edmundo se dirigió á su habitacion , y Oswald , solo ya con el Baron , defendió la conducta de aquel con energia , haciendo al mismo tiempo su propia defensa , y patentizando cuanto sabia de la ma-

la fé y las intrigas de sus enemigos. Manifestó el Baron el mayor dolor por la muerte prematura de Lord y Lády Lovel, y encargó á Oswald que no divulgase las circunstancias que habian acompañado á este acontecimiento, en las cuales no tenia él parte alguna; pues se hallaba tan inocente como ignorante de cualquier perfidia que pudiera haberse usado con ellos.—Oswald, se disculpó cuanto pudo de haber hablado de esto á Edmundo, protestando que habia sido puramente efecto de casualidad el recaer la conversacion sobre tal asunto, y que solo con él habia hablado de este suceso.

Mandó el Baron llamar á los jóvenes á la hora de comer, pero se negaron á encontrarse con Edmundo en la mesa, y asi se dispuso que éste comiera en la habitacion del mayordomo.

Intentó el Baron, despues de comer, reconciliar á su familia con su protejido; pero se convenció de que todos sus esfuerzos para conseguirlo, serian en vano. Veian descubiertas todas sus intrigas, y juzgando de Edmundo, por sí mismos, les parecia imposible que los perdonase, ni perdonarle.

Determinó el Baron, que cada uno de ellos se retirase á su cuarto acompañado

de un criado, que expiase sus acciones; y á su hijo mayor, como el mas racional de los descontentos, le hizo quedar en su compañía. Guillermo, se retiró con Oswald, y al viejo José le mandaron servir la cena á Edmundo, y conducirle á las nueve, á la habitacion encantada.

Lo único que pidió Edmundo, fué que le dejasen su espada, y una luz por si acaso sus enemigos trataban de sorprenderle; y el Baron accedió á una súplica tan razonable.

Mucho trabajo le costó hallar la llave de la habitacion; pero al fin la encontró el mismo Edmundo, en un manojito de llaves mohosas, en un desvan.

Sirvieron la cena á cada uno de los jóvenes en su cuarto. Edmundo, no quiso tomar nada, y pidió á José que le llevase á la habitacion donde debia pasar la noche. Casi todos los criados le acompañaron hasta la puerta, pidiendo á Dios que le amparase, despidiéndose de él, del mismo modo que si le acompañasen al lugar del suplicio.

Con gran dificultad lograron, por fin, abrir la puerta: entregó José á Edmundo una luz, y se despidió de él; correspondió éste á las bendiciones de todos,

y dándoles las buenas noches con la mayor alegría, puso la llave por dentro y cerró la puerta. Hizo en seguida un reconocimiento minucioso de la habitación. Los muebles estaban estropeados y destruidos por el tiempo, y la falta de cuidado. Los colchones devorados por la polilla, y ocupados por las ratas, que impunemente habían hecho en ellos sus nidos, por espacio de muchos años. La ropa de la cama estaba muy húmeda, porque la lluvia se había abierto paso al través de las tejas, y así determinó acostarse en el suelo, sin mas abrigo que su propia ropa.

Habia dos puertas en el otro extremo del aposento, y estaban las llaves puestas. Como no se hallaba muy dispuesto á dormir, determinó registrar las habitaciones á que daban entrada. Abrió con facilidad una de las dos puertas, y se halló en un gran comedor, cuyo mueblage estaba tan deteriorado como el de la primera pieza; habia además un gran estante lleno de libros, y todo alrededor estaban colgadas varias armaduras y escudos con las armas de la casa de Lovel, y de las que se le habían enlazado. Se detuvo algunos minutos viendo todo esto, y se volvió despues á su dormitorio. Quiso entónces ver á

dónde daba la otra puerta, probó á abrirla, pero la llave cubierta de orin resistió á sus esfuerzos. Para poder hacerlos mayores, puso la luz en el suelo, y empleando toda su fuerza consiguió abrirla, pero el aire le apagó la luz, y le dejó en una completa oscuridad. Oyó al mismo tiempo un ruido lejano como de una persona que viniera hácia él, por algun estrecho pasadizo. Hasta este momento ninguna idea de temor habia asaltado á Edmundo; pero de repente se agolparon á su imaginacion todas las circunstancias que concurrían a hacer peligroso su estado actual, haciéndole experimentar una sensacion penosa y nueva para él. Reflexionó, no obstante, un momento, y volviendo en sí, ¡qué tengo yo que temer! exclamó ¡No tengo nada de que reconvenirme, ¿por qué, pues, he de dudar de la proteccion del Cielo?

Pero acaso ¿hé implorado yo el amparo divino? pues cómo me atreveré á esperarle? Se arrodilló, hizo una fervorosa oracion, poniéndose en manos de la Providencia: con esto cobró fuerzas y volvió á su natural serenidad. Se acercó hácia la puerta por donde le parecia haber oido el ruido, y se figuró que veia delante de sí una escalera, y al fin de ella

un débil resplandor. Si ésta habitacion, está verdaderamente encantada, decia, procuraré descubrir el encanto; y si se me presenta el espectro le hablaré.

Se preparaba á bajar la escalera, cuando oyó llamar á la puerta por donde habia entrado, se detuvo y volvieron á golpear fuertemente. De nuevo le atacó el temor, pero haciéndose superior á él, ¿quien llama? gritó con voz firme. — Soy yo, vuestro amigo José, contestó éste desde afuera. — Y qué quereis? — Os traigo un poco de leña para encender lumbre. — Mucho os lo agradezco; pero estoy á oscuras: probaré sin embargo á encontrar la puerta. Con algun trabajo la halló por fin, y pudo abrirla; y á la verdad la vista de José con una luz en la mano, un jarro de cerveza en la otra, y un haz de leña en la espalda, no le fué desagradable.

Vengo, dijo el buen viejo, á traeros algo que os haga entrar en calor: la noche está muy fria, este cuarto está húmedo, y además, mi querido amo, yo sé que en esta aventura necesitais de algun auxilio. — Mi buen amigo, dijo Edmundo, nunca podré corresponder como debiera á vuestras bondades. — ¡Ay, Señorito! Vos merecis mucho mas de lo que yo puedo

hacer. Lo que yo deseo es vivir bastante para veros desvanecer las esperanzas de vuestros enemigos, y reconocer los servicios de vuestros amigos. — No es muy probable que llegue ese caso, buen José. — Se me figura, por lo que veo, que estais destinado á obrar maravillas, y que todo vá caminando á un gran fin. Tened valor, amo mio; mi corazon me predice cosas muy buenas. — Me haceis reir. — Mucho me alegro, Señor: quiera Dios, que en todo lo que os resta de vida, solo tengais motivos para estar risueño. — Gracias por vuestros buenos deseos, aunque temo que no los vereis jamás realizados. Mejor será que os vayais á acostar; si llegáran á saber que habiais venido á verme, podria esto perjudicarnos á ambos. — Ya me marchó; pero mañana, si Dios quiere, vendré, cuando todos estén acostados, y os contaré cosas que jamás habeis oido. — ¿A dónde dá aquella puerta? — A un pasillo donde hay una escalera para bajar á la habitacion baja, y hay tambien en ese pasillo una puerta que dá al comedor. — ¿Qué piezas hay abajo? Las mismas que en este piso. — Muy bien: retiraos ya, y mañana hablaremos. — Si mi querido amo: mañana á la noche, y

en este mismo sitio. — ¿Por qué me llamais siempre vuestro amo? Ni lo soy, ni puedo serlo jamás. — Eso, Dios lo sabe, y lo calla, dijo el viejo. Buenas noches y hasta mañana. — A Dios, amigo mio.

Marchóse José, y Edmundo se dirigió á la otra puerta, intentó abrirla de nuevo, pero fué en vano. Tenia las manos entumecidas y cansadas, y al fin tuvo que desistir. Encendió fuego en la chimenea, puso la luz sobre la mesa, y abrió una ventana para que entrase la claridad luego que fuese de dia; y despues de implorar la proteccion del Cielo, se recostó en la cama. Muy pronto se quedó dormido, y no despertó hasta que los rayos del sol le saludaron al través de la ventana que habia dejado abierta. Entónces recordó sus sueños, y apenas pudo coordinarlos. Le parecia haber oido subir gente por aquella escalera, que habia descubierto, que se abria la puerta y vió entrar un guerrero, que llevaba de la mano á una jóven hermosa, pero pálida y abatida. El guerrero venia armado de punta en blanco, y calada la visera: se acercaron á la cama y descorrieron las cortinas. — ¿Es éste nuestro hijo? preguntó el caballero. — Él es; contestó la Se-

ñora, y se acerca la hora de que como tal sea reconocido.— Colocáronse entonces uno á cada lado de la cama, pusieron las manos sobre su cabeza, y le bendijeron. Procuró levantarse para tributarles sus respetos, pero la Señora le detuvo, diciéndole al mismo tiempo; «duerme en paz, Edmundo mio! porque los verdaderos dueños de esta casa velan por tu seguridad. Duerme, pues, dulce esperanza de una estispe que la creen extinguida ya!» Al concluir estas palabras, se retiraron por la misma puerta que habian entrado, y les oyó Edmundo bajar la escalera.

Despues, le pareció que se hallaba presidiendo un funeral, como principal interesado en él: vió todo el cortejo, y presenció las exequias. Se halló de repente transportado de esta lúgubre escena, á otra muy diferente. Veía un magnifico banquete, en el que presidia tambien; recibia de todos felicitaciones repetidas, como esposo y como padre: sentado á su lado estaba su fiel amigo Guillermo, y se hallaba en aquel instante en el colmo de la dicha.

Todas las ideas que despues le fué presentando su fantasia, fueron de alegría y felicidad, y su imaginacion no habia estado ociosa un momento, hasta por la

mañana que le despertaron los rayos del Sol. Recordó sus sueños, y meditó sobre ellos profundamente. Será posible, decía, que no sea yo Edmundo Twiford, sino algún personaje de importancia, en cuya suerte estén tantas personas interesadas? ¡Vanos pensamientos! Nacidos únicamente de las locas predicciones de mis dos buenos amigos, Guillermo y el viejo José.

Un criado que llamó á la puerta interrumpió sus reflexiones, diciéndole que eran las seis, y que el Baron le esperaba para almorzar dentro de una hora. Se levantó inmediatamente, dió gracias al Cielo por sus beneficios, y salió de su cuarto lleno de satisfaccion y alegría.

Fué á dar un paseo por el jardin hasta la hora del desayuno, que se reunió con el Baron. — Buenos dias, Edmundo, le dijo éste; cómo lo has pasado en tu nueva habitacion?—Muy bien, Señor.--- Mucho me alegro; pero yo no sabia que estabas tan mal acomodado como José me ha dicho despues. — Nada importa; aunque estuviera mucho peor, bien podria sufrirlo por espacio de tres noches. Asi me gusta; eres un buen muchacho; estoy muy satisfecho, y te dispenso de las otras dos noches. — Os suplico, Se-

ñor, que no altereis vuestra primera determinacion; seria dar lugar á que dudasen de mi valor, y estoy decidido á pasar las otras dos noches en mi nuevo dormitorio. — Sea en buena hora, dijo el Baron: yo tengo de ti la opinion que mereces; tanto que te tomaré parecer, antes de mucho, en cosas de suma importancia. — Mi vida y mi voluntad, os pertenecen: disponed de mí como gustéis.

Haz que llamen á Oswald, dijo el Baron, y formará parte de nuestro consejo. Luego que este vino, mandaron salir á los criados, y el Baron habló de esta suerte. — «Edmundo, á instancias de mis hijos y de mis sobrinos, te traje á mi casa: yo soy testigo de tu conducta irrepreensible, de que no has dado motivo alguno para perder su estimacion; pero sin embargo, observo hace algunos años que todos, menos Guillermo, te han vuelto la espalda. Veo su bajeza, y conozco cual es la causa; pero ellos son, y no pueden dejar de ser mis parientes mas inmediatos, y mas bien quiero gobernarlos por amor que por temor. Te amo, y aprecio tus virtudes, y no es posible que yo te abandone por satisfacer sus caprichos. Mi hijo Guillermo ha perdido el cariño de sus parientes, por el

que te tiene á ti, pero con esto ha ganado mucho en mi estimacion. Me creo comprometido con él y contigo á cuidar de tu bienestar. Sin embargo, no puedo hacerlo como quisiera bajo mi propio techo. Si permaneces aquí, solo preveo continuas desavenencias entre mi familia: al mismo tiempo no quiero separarte de ella de un modo degradante. Deseo encontrar un medio de colocarte, y que puedas salir de esta casa con honor; y quisiera que sobre esto me aconsejaseis ambos. Si Edmundo me indica algun modo honroso [de ocuparle para él y para mí, pronto estoy á adoptarle en el momento que lo proponga, y Oswald hará el papel de juez árbitro entre nosotros.»

Aquí se detuvo, y Edmundo, cuyos suspiros le embargaban casi la voz, echándose á los pies del Baron, y bañándole las manos con sus lágrimas: ¡Ah! mi noble, mi generoso bienhechor! exclamó: llega vuestra bondad hasta el punto de consultarme á mí sobre asuntos de tal naturaleza! Vuestro amado hijo incurre por mí en la enemistad de sus parientes; y ¿quién soy yo para introducir la discordia en tan respetable familia? ¡Ah Señor! arrojadme de



vuestra casa; no sería yo digno de la existencia, sinó estuviera pronto á sacrificarla si necesario fuese, á vuestra felicidad. Me habeis dado buena educacion, y espero no desmentirla. Solo con que vos me recomendéis, é informeis de mí, no dudo de hacer mi suerte. — Todo eso lo haré, dijo el Baron, enjugándose las lágrimas; pero dime de qué modo lo hé de hacer.

Os hablaré con franqueza, dijo Edmundo, — He servido con honor en el ejército, y preferiré las armas á cualquiera otra ocupacion. — En todo provienes mis deseos, Edmundo, dijo el Baron: te enviaré á Francia, te recomendaré al Regente; ya te conoce, y te ascenderá por respetos míos y por tú propio mérito. — No sé como corresponder á tanta bondad: todo cuanto soy os debo; y dedicaré mi vida entera á complaceros. — Pero ¿cómo tomar determinacion alguna hasta la primavera? — Eso, dijo Oswald, lo pensaremos mas despacio; por ahora, me alegro mucho de que os hayais decidido, y os felicito á entrambos de la resolucion que habeis tomado.

Puso fin el Baron á esta conferencia, diciendo á Edmundo que le acompañase á la caballeriza, á ver unos caballos que habia comprado últimamente, y encargó á Os-



wald que diese parte á Guillermo de su conversacion, y que procurase convencer á los demás jóvenes se quedasen á comer en compañía de Edmundo. Bajó este con el Baron á las cuadras á ver los caballos: se entretuvieron un rato admirando las bellezas y observando los defectos de estos nobles y útiles animales, y Edmundo dijo por fin, que entre todos ellos, *Carodoc*, un caballo que él mismo habia domado, era en (su opinion el mejor. — Desde este momento es tuyo, dijo el Baron: sobre él irás á buscar tu suerte. Agradeció vivamente esta fineza el joven Edmundo, y protestó que la tendria siempre en el mayor aprecio, en memoria del ser generoso á quien la debia. No nos despedimos aún, dijo el Baron; antes de que te marches hé de hacer venir á la razon á estos jóvenes insolentes, y les he de obligar á hacerte justicia.

Vos me la haceis, dijo Edmundo, y esto me basta. No permitiré jamás que ninguno de vuestra familia, sufra la menor humillacion por mi. Me atrevo á decir (sujetando siempre mi opinion á la vuestra) que cuanto antes salga yo aquí, será mejor.

En este momento llegó Oswald, diciendo, que los jóvenes se negaban terminan-

temente á comer á la mesa, si habian de encontrarse con Edmundo. — Bien, dijo el Baron, yo hallaré medio mas adelante de castigar su obstinacion; yo les haré conocer que soy amo de mi casa. Vos Oswald, y Edmundo, pasareis juntos el dia en la habitacion del Este. Guillermo comerá solo conmigo: y le haré saber nuestra determinacion: mi hijo Roberto, y sus cómplices, estarán en calidad de presos en la sala baja: y puesto que Edmundo así lo desea, pasará esta noche y la siguiente en la habitacion encantada: esto solamente por poner á salvo su honor y el mio, porque si ahora revocase mi orden anterior, ambos quedariamos sujetos á sus imprudentes y mordaces sátiras. Habló aparte á Oswald, y le encargó que no perdiese de vista á Edmundo, pues si por casualidad se encontraba con alguno de sus implacables enemigos, podian ser terribles las consecuencias. Volvió entónces á las cuadras, y los dos amigos entraron en la casa. Hablaron largamente sobre diferentes objetos, y en el curso de su conversacion, contó Edmundo á Oswald, todo lo que le habia pasado la noche antes con José; la curiosidad que habia despertado en él con sus palabras misteriosas, y su

promesa de satisfacerte aquella misma noche. — Quisiera, dijo Oswald, que me permitiéseis presenciar esa conversacion:— Y ¿cómo pudiera hacerse? dijo Edmundo; quizás nos están espiando, y si nos descubrieran, ¿qué disculpa podrías dar á semejante paso? Además, si lo supiesen recaería sobre mí la horrible mancha de la cobardia; y á pesar de haber sufrido tanto, no me comprometo á soportar con paciencia semejante acusacion.

Nada temáis, contestó Oswald: yo lo arreglaré todo con José, y concluidas las oraciones de la noche, cuando toda la familia esté durmiendo, saldré en silencio de mi cuarto é iré al vuestro. Me tomo el mayor interés por vos, y no estaré satisfecho sinó haceis esta confianza de mí, además si lo creéis necesario me comprometeré del modo mas solemne á guardar el secreto. — Vuestra palabra es suficiente. Tengo bastante motivo para depositar en vos mi confianza y sería en mí una ingratitud el rehusaros cosa alguna en que pueda complaceros. Pero, figuráos que la habitacion realmente estuviese encantada, ¿os creéis con bastante serenidad para seguir adelante la aventura hasta llegar á su desenlace? — Sí, dijo Oswald; pero, decidme ¿teneis algun

motivo para creer que lo esté? — Sí, le tengo; pero hasta ahora á nadie se lo hé revelado. Esta noche pienso reconocer todos los cuartos; y confieso que, aunque este plan le tenia ya formado, vuestra compañía me dará nuevo esfuerzo para llevarlo á cabo: no quiero reservar nada; mas exijo que pongais un sello á vuestros labios. — Oswald, le juró guardar silencio, mientras él no le autorizase para publicar los secretos de aquella habitacion; y ambos esperaron tranquilos los acontecimientos de la noche. Por la tarde consiguió permiso Guillermo para visitar á su amigo: hubo entre los dos escenas las mas afectuosas; se lamentó aquel de la precision de separarse de éste, y se despidieron uno de otro como si su corazon les predijese que habia de pasar mucho tiempo antes de volver á verse.

A la misma hora que la noche antes, acompañó José á Edmundo á su habitacion. Estareis, le dijo, con mas comodidad que anoche, pues así lo ha dispuesto el Señor Baron. — Á cada momento recibo alguna nueva prueba de su bondad, dijo Edmundo. — Encontró buena lumbre en la chimenea, una mesa cubierta de fiambres, y un gran frasco de cerveza de

la mas fuerte.—Sentaos á cenar, mi querido amo, dijo José: tengo que ir á servir al Señor Baron, pero volveré á veros luego que todos se hayan acostado.—Antes de venir, ved al padre Oswald, tiene que hablaros, podeis contestarle con franqueza, pues no le reservo cosa alguna.

Bien está, Señor: haré lo que me mandais, y volveré cuanto antes pueda.—Diciendo esto cerró la puerta y Edmundo se puso á cenar. Concluida una cena frugal, se arrodilló é hizo oracion encomendandose á Dios con piadosa confianza. Nada soy, ¡oh Señor! decia, y nada deseo ser sinó lo que vos tengais dispuesto de mí. Si quereis que yo vuelva á mi primitiva oscuridad, me someteré gustoso á mi destino; y si es vuestra voluntad elevarme dirijiré siempre mis miradas hácia vos, como la única fuente de la verdadera felicidad y grandeza. Mientras hacia esta oracion, le pareció cobrar nuevo esfuerzo sobrenatural: todos los temores que asaltaban alguna vez su imaginacion se disiparon, y su corazon se halló henchido de divino amor y confianza. Le parecia ser superior al mundo, y á todas sus asechanzas.

Permaneció en este estado, hasta que un golpecito que dieron á la puerta, le

obligó á levantarse para abrirla, y dar entrada á sus dos amigos, que sin zapatos y de puntillas venian á visitarle.

Dios os guarde, hijo mio, dijo el fraile: parece que estais tranquilo y contento. — Así es, padre mio, dijo Edmundo: me he entregado enteramente á la Providencia, y me hallo con mas ánimo de lo que puedo esplicaros. — Gracias á Dios, creo que estais destinado para grandes empresas. — ¿Qué, vos tambien estimulais mi ambicion? ¡Estraña combinacion de circunstancias! Sentaos, amigos míos, y vos, mi buen José, contadme los pormenores que anoche me prometisteis. Acercaron sus sillas al fuego, y José dió principio á su narracion en estos terminos.

Ya habeis oido hablar de la muerte prematura de Lord y Lady Lovel, mi excelente amo; habeis oido decir tambien que desde entónces esta habitacion esta encantada. Lo que sucedió el otro dia, cuando el Señor Baron os preguntó á entrambos sobre esto, reprodujo en mi mente el recuerdo de todas las circunstancias que acompañaron á aquella catástrofe. Dijisteis que hubo vehementes sospechas de que no habia sido un acontecimiento natural; os hablo con la mayor sinceridad; y voy

á deciros cuanto sé acerca de esto. En aquella época, se atribuyó este asesinato á un cierto sugeto; y ¿quién pensareis que era? — Decidnoslo claramente, dijo Oswald.— Pues era nada menos que el actual Lord Lovel.— Eso mismo he sospechado yo siempre, pero veámos qué pruebas hay de que sean acertadas estas sospechas.— Yo me explicaré dijo José.

Luego que se extendió la noticia de la muerte de mi amo, se le veia al nuevo Lord y algunos de sus dependientes, en continuas y misteriosas conferencias. Se conocia que en esta habitacion se trabajaba en algun asunto muy reservado. Dijeron poco despues, que mi pobre ama se habia vuelto loca; pero prorrumpia algunas veces en exclamaciones, que á nada se parecian menos que á locuras. Decia, que su esposo se la habia aparecido, y la habia revelado todas las circunstancias de su asesinato; y luego que empezó á hablar así, tan solo á un criado permitian verla.

Por entónces, tuvo Sir Walter la inhumanidad de querer enamorarla; la instó á que se casase con él, y una de sus criadas la oyó decir, que preferiria la muerte á dar la mano al asesino de su esposo.

Poco tiempo despues se nos, dijo

que la Señora habia muerto, y Lord Lovel dispuso que se la hiciera un suntuoso funeral.

Es cierto, dijo Oswald era yo novicio entónces, y asisti á él. — Pues bien, ahora llega lo principal de la historia. Cuando yo volvia del entierro, encuentre á Rogerio, el mozo de labor, y me dijo: ¿qué te parece este entierro? — Qué me ha de parecer le contesté: que no volveremos á tener unos amos como los que se nos han muerto. — Dios lo sabe si se han muerto, ó no: dijo Rogerio, lo que sé yo decir es, que, ó yo no he conocido jamás á nuestra ama, ó la vi viva la noche que dijeron que habia muerto. Quise convencerle de que se equivocaba, pero él juraba que la habia visto salir aquella misma noche por la puerta del jardín, y dirigirse á los campos: que se paraba continuamente como una persona que está padeciendo, y que despues seguia su camino, hasta que la perdió de vista. Es seguro que ya estaba fuera de cuenta en su embarazo, y que esperaba su término de un momento á otro; pero nadie ha dicho que muriera de parto.

No dejé yo de cavilar sobre lo que habia oido, pero no dije nada: Rogerio contó esto mismo á otro criado, y fué por fin

llamado á dar declaracion, y el majadero entónces dijo que estaba persuadido de todas veras, de que cuanto habia visto era solo una fantasma. Debeis observar que desde aquel momento, empezaron á hablar de que habia duendes en esta habitacion; y no solo aqui, sinó que últimamente, el Lord Lovel, no pudo ya dormir con tranquilidad, ni en su propia estancia. Esto le obligó á vender el castillo á su cuñado, y marcharse de este pais mas que de prisa: se llevó consigo casi todos los criados, entre ellos á Rogerio. Creyeron sin duda que yo no sabia nada, y me dejaron aqui; pero yo no era ciego, ni sordo, solo si que sabia oír, ver y callar.

Tristisima á la verdad es esta historia, dijo Oswald. —Si lo es, repuso Edmundo; pero, quisiera saber qué relacion encuentra en ella, el buen José, con mi suerte.

¡Ay mi querido Señorito! Debo deciroslo, aunque no ha salido de mis labios hasta ahora. Vuestra semejanza con mi querido amo, el estraño aborrecimiento que os tomó el que se llama vuestro padre; vuestro corazon generoso, vuestros finos modales, tan poco comunes en per-

sonas de su clase y nacimiento, el sonido de vuestra voz.... bien podeis sonreiros al ver la vehemencia de mi imaginacion; pero os lo digo: no puedo dejar de vér en vos al hijo de mi buen amo.

Trémulo Edmundo, al oír estas palabras, mudó de color, cruzó las manos sobre el pecho y levántó los ojos al Cielo sin proferir palabra. Sus sueños se le vinieron entónces á la memoria, causándole suma agitacion, y se los refirió á sus amigos.

Los altos juicios de Dios, son incompreñsibles, dijo Oswald, y si acertamos en nuestras sospechas, el Cielo sin duda las pondrá en claro á su tiempo. Algunos minutos de silencio se siguieron á estas palabras, pero le interrumpió un gran ruido que se oyó en los cuartos bajos: parecia ser producido por el choque de muchas armas, y como si algun gran peso hubiera caido con violencia.

Todos se estremecieron, pero Edmundo, levántandose con la intrepidez y denuedo, pintados en su rostro, ¡ Me llaman! exclamó, y debo obedecer su llamada. Tomó la luz y se dirijió a la misma puerta que la noche antes habia abierto. Oswald le siguió con el rosario en la mano, y José siguió á este, con trémulos

pasos. Abrieron fácilmente la puerta, y bajaron silenciosos la escalera.

Las habitaciones bajas correspondían exactamente con las de arriba; había dos salas y un gran gabinete. No vieron en las primeras cosa alguna que les llamase la atención, sinó dos cuadros grandes, vueltas las pinturas hácia la pared.

José se determinó á volverlas, diciendo: estos son los retratos de mi Lord y Lady Lovel. Mirad pues, mirad este retrato, y decidme si conoceis alguno á quien se parezca.—¡Parece que se ha hecho para Edmundo! dijo Oswald.—Me sorprende, dijo aquel, la semejanza que encuentro en él conmigo; pero vamos mas adelante: me siento animado de un valor sobrenatural; vamos á abrir la puerta del gabinete.—Cuidado, dijo Oswald deteniéndole, no sea que el viento que haga la puerta al abrirse, nos apague la luz: yo la abriré, pero en vano lo intentó. Quiso habrirla José, pero fueron inútiles sus esfuerzos.

Dióle Edmundo la luz, se acercó á la puerta, tanteó la llave, y al momento cedió á su impulso. Está visto, exclamó, que esta aventura me pertenece exclusivamente. Dadme, pues, la luz. Oswald, volvió á enco mendarse á Dios: sus dos amigos si-

guieron su ejemplo, y luego penetraron en el gabinete. La primer cosa que se presentó á su vista, fué una armadura completa, que parecia haberse caido en monton. Hé aqui, dijo Edmundo, lo que ocasionó el ruido que oimos arriba.

Examinaron cuidadosamente las piezas de que se componia, y vieron que el peto estaba manchado desangre, por la parte interior.

Mirad esto, dijo Edmundo, ¿qué os parece?— Esta es la armadura de mi amo, dijo José: la conozco muy bien. En este cuarto sin duda se ha sacrificado alguna victima! Al dirigirse á otro lado, pisó una cosa, que alzándola del suelo vió que era una sortija, en la que estaban grabadas las armas de Lovel.—Esta es la sortija de mi amo, dijo José; se la he visto puesta muchas veces. A vos Señor os la entrego como su legitimo dueño; pues no me queda la menor duda de que sois su hijo.

Solo Dios lo sabe, dijo Edmundo: y espero con su auxilio averiguar antes de veinticuatro horas quien es mi verdadero padre.

Al decir esto observó que las tablas del piso cedian por la parte dónde él estaba, levantándose, al mismo tiempo que al otro extremo de la pieza. Reconocieron

el entarimado, y vieron que todas las tablas se movian, y que una mesa grande puesta sobre ellas, servia para ocultar esto á primera vista. — Se nos prepara algun terrible descubrimiento, dijo Oswald. — Dios nos asista, dijo Edmundo. Yo creo á la verdad que el dueño de esta armadura se halla enterrado aquí. En este momento les pareció oír un débil quejido debajo de tierra.

Quedaron los tres en silencio, y en sus semblantes se advertian señales de terror y espanto. Tres veces se repitió el quejido; Oswald les hizo seña que se arrodillasen, y pidió al Cielo en voz alta que les dirijiese en tamaña empresa. Oró tambien por el descanso eterno de aquella alma, y despues se levantó. Pero Edmundo continuó arrodillado, y juró solemnemente dedicarse desde aquel momento á poner en claro este secreto, y á vengar la muerte del que se hallaba enterrado en aquel lugar. Hecho este juramento, se puso en pie. Me parece inútil, dijo, el registrar mas por ahora; cuande yo me halle competentemente autorizado para ellò, haré reconocer este sitio, y espero que no se tardará mucho tiempo. — Asi lo creo, dijo Oswald, estais sin duda elegido por el Cielo como instrumen-

to de que ha de valerse para sacar á luz pública este crimen. Disponed de nosotros, que estamos prontos á obedeceros.

Solo exijo de vosotros por ahora, silencio, y que cuando yo os llame á dar testimonio digais cuanto sabeis, y cuanto sospechais. — ¡ Dios mio! exclamó José: dejadme vivir hasta ese dia, y despues nada me importará la muerte. — Vamos, dijo Edmundo, volvamos arriba y pensaremos lo que se ha de hacer. Diciendo esto, se salieron del cuarto, cerró Edmundo la puerta, quitó la llave y se la guardó. La guardaré dijo, hasta que deba servirme de ella, no sea que alguno se atreva á penetrar en el secreto de esta habitacion. Siempre la llevaré conmigo para que me recuerde la obligacion que acabo de contraer.

No hallaron en el dormitorio novedad alguna, ni volvieron á oir cosa que pudiera sobresaltarlos. — ¿ Cómo es posible, decia Edmundo, que yo sea hijo de Lord Lovel? Pues por mas que todas las circunstancias contribuyan á dar fuerza á esta idea, ¿ qué motivo tengo yo para creer que sea exacto. — Yo no sé como esplicarlo, dijo Oswald; no parece probable, que un hombre del carácter de Lord Lovel, seduejse á la mujer de un pobre vasa-

llo suyo, tanto más recién casado con una Señora á quien amaba con ternura. — No habéis de eso, dijo José: mi amo era incapaz de tan vil accion. Si el Señorito es hijo de mi amo, lo es tambien de su esposa. — Pero, ¿cómo es posible? dijo Edmundo. — Yo no lo sé, y solo hay una persona que nos lo pueda explicar si quiere; ésta es vuestra supuesta madre Margarita Twiford. — Habéis adivinado mis pensamientos, contestó Edmundo: antes de que hablasteis habia yo pensado verla é interrogarla acerca de este asunto que tanto me interesa; y hoy mismo pediré permiso al Baron para ir á visitarla. — Es una excelente idea, dijo Oswald; pero sed prudente y reservado en vuestras preguntas?

Si quisieráis acompañarme, seria mucho mejor; tal vez se creeria en la obligacion de contestar á nuestro interrogatorio; y vos, menos interesado que yo en su objeto, os conduciréis con mas tino y circunspeccion. — Os acompañaré con mucho gusto, y así pediré permiso para ir los dos. — Bien pensado, dijo José: ya estoy deseando saber el resultado, y temo que aunque no quiera, me han de llevar mis pies á saliros al encuentro. — Tanta es mi impaciencia como la vuestra, dijo Oswald,

pero seamos prudentes , y que ni una palabra , ni una mirada nuestra, indique cosa alguna extraordinaria ó misteriosa.

Observó Edmundo que la luz del dia empezaba á brillar, y suplicó á sus amigos se retirasen con cautela. Así lo hicieron , y Edmundo quedó solo abismado en sus cabilaciones. Estaba demasiado agitado para poder dormir ; y tendido en su lecho , continuó meditando acerca de lo que deberia hacer. Mil planes le sujirió su imaginacion acalorada , pero todos fueron rechazados en el tribunal de la razon : lo único que resolvió fué abandonar la casa de Fith owen , á la primera ocasion que se le presentara. Le llamaron como el dia antes para almorzar con el Baron , pero no pudo menos de estar silencioso y distraido. Este lo advirtió , y le preguntó cómo habia pasado la noche,

Reflexionando en mi situacion actual , y formando planes para lo sucesivo. — Oswald tomó entónces la palabra , y pidió permiso para acompañar á Edmundo en la visita que queria hacer á su madre, para comunicarla su intencion de abandonar antes de mucho aquel pais. Condescendió el Baron , pero en cuanto á la partida de Edmundo , parecia estar indeciso.

Salieron los dos inmediatamente, y Edmundo con pasos precipitados se dirigió á la pobre casa del viejo Twiford; pareciéndole interminable la distancia que de ella le separaba.—Refrenad vuestra viveza, hijo mio, dijo Oswald: tranquilizaos y cobrad aliento antes de entrar á tratar de asunto de tanta trascendencia.

Margarita les salió al encuentro, preguntando á Edmundo, ¿qué viento le traía á su casa?—¿Acaso es tan raro, la contestó éste, que yo venga á visitar á mis padres?—Si lo es, dijo Margarita, por lo mal que te hemos tratado; pero ya que Andrés no está en casa, puedo decir con verdad que me alegro mucho de verte.

¡Dios te bendiga! qué guapo muchacho te has hecho: hace mucho tiempo que no te habia visto, pero no ha sido por culpa mia. Muchas malas razones y muchos golpes me ha costado el hablar de ti; pero gracias á Dios, que ahora puedo atreverme á abrazar á mi hijo.—Edmundo se adelantó y la abrazó estrechamente, y las lágrimas que ambos derramaron dieron testimonio de su mucho afecto.—Y ¿por qué, dijo Edmundo, se ha de oponer mi padre, á que abraceis á vuestro hijo?—¿Qué motivo he dado yo para tanto aborrecimiento?—Nin-

guno, hijo mio, ninguno: siempre has sido bueno y has tenido buen corazon, y mereces ser querido de todo el mundo.

Es cosa muy rara en un padre, el aborrecer en estós términos á su hijo, y mas sin haber dado éste un motivo poderoso. — Ciertamente, añadió Oswald: se opone á la razon, se resiste á la naturaleza; en mi opinion es casi imposible; y estoy tan convencido de esta verdad, que me parece, que el hombre que así aborrece á Edmundo, no puede ser su padre. Dijo esto observando atentamente al mismo tiempo el semblante de la mujer. Mudó esta de color al oír las últimas palabras. Vamos, Margarita, continuó Oswald, nos sentaremos á hablar un rato, y me contestareis á lo que voy á preguntaros.

¡Dios mio! exclamó Margarita ¿qué quereis decir con eso? Qué es lo que pensais de mí? — Sospecho que Edmundo no es hijo de vuestro marido. — ¡Virgen Santísima!

Y ¿por qué sospechais semejante cosa? — Margarita, no eludas mis preguntas: he venido con la competente autorizacion para examinarte sobre esto. Temblaba la mujer de pies á cabeza; ¡válgame Dios! exclamó, ¡que no estuviera Andrés en casa!

Mucho mejor es que no esté, dijo Os-

wald: tú eres la persona á quien yo debo hacer mis preguntas.—¡Ay padre mio! podeis figuraros que yo... que yo... haya... que yo... tenga que acusarme... ¿qué he hecho yo?... Dios mio!... En fin, Padre Oswald, preguntadme lo que queráis.—Edmundo se arrojó entónces á sus pies, y con la mayor ternura, ¡madre mia! la dijo, pues por tal os reconoce mi corazon; por amor de Dios, decidme ¿quién es mi padre?

¡Santo Dios! exclamó la pobre mujer, ¿qué es lo que me sucede? —Mujer, la dijo Oswald, confiesa la verdad, ó sinó te se obligaré á confesarla.—¿De quién has tenido ese hijo?—¡Quién! yo? de quién le hé tenido?... —No padre mio, no; no me acusa mi conciencia del' horrible pecado de adulterio. Dios sabe que soy inocente; aunque es verdad que yo no merezco la dicha de ser madre de un muchacho tan galán.—¿Es decir, que ni tú eres su madre, ni Andrés es su padre tampoco? —¿Qué haré yo, Dios mio? Andrés, me vá á matar sin remedio.—No hará tal, dijo Edmundo, sereis protegida y premiada por vuestra declaracion.—Vamos, dijo Oswald, declara cuanto sepas, y yo cuidaré de librarte de todo riesgo y de toda reconvenccion. Puedes hacer feliz á Edmundo, en

cuyo caso él te proporcionará tu bienestar; y por un obstinado silencio, te privarías de todas las ventajas que pudieran resultarle de este descubrimiento. Si te niegas á hacerlo, antes de mucho te verás llamada á declarar de otro modo: tendrás que revelar cuanto sepas, y nadie te lo agradecerá.—Sí, pero Andrés, me castigó la última vez que vi á Edmundo, y me dijo, que me haria pedazos si volvía á hablarle.—¿Con que él sabe la verdad?—Qué si lo sabe? ¡Pues si fué todo obra suya!

Contadnos el suceso, bien segura de que Andrés no sabrá una palabra hasta que ya no tengais que temer su castigo.—Es un cuento muy largo, y que no se puede contar en pocas palabras.— Si nó empezais nunca se acabará; sentaos y dad principio á vuestra narracion sin rodeos.

Mi suerte depende de vuestras palabras, dijo Edmundo, estas dilaciones empiezan ya á serme muy penosas. Si me amais, si en mi infancia os he inspirado alguna ternura, manifestadlo ahora, decidme cuanto sepais mientras aún tengo aliento para oirlo. Sumamente conmovido, sus palabras y sus acciones espresaban la agitacion de su alma.

Todo lo diré; pero antes necesito recordar bien hasta las menores circunstan-

cias. En primer lugar debo decirte, que acabas de cumplir veinte y un años. — Qué dia nació, preguntó Oswald? — Antes de ayer cumplió años, el 21 de Setiembre.

Epóca memorable por cierto. — Asi es, exclamó Edmundo; ¡ah! aquella misma noche... en aquella habitacion! — Silencio, dijo Oswald, y vos Margarita, empezad vuestra historia. — Escuchadme pues: hace justamente veinte y un años, que en aquel mismo dia perdí mi primer hijo: me di un golpe cuando ya estaba cerca del parto, y el pobrecito. Murió de sus resultas. Estaba yo sola y muy triste, cuando Andrés vino del trabajo; «mira, Margarita, me dijo: aqui te traigo otro niño en lugar de aquel que te se ha muerto,» y me dió un lio, á mi parecer, pero era verdad que en él venia un niño. Una criaturita acabada de nacer, envuelta en un pañuelo, y encima una rica capa de terciopelo, galoneada con galon de oro. ¿Dónde has encontrado esto? le pregunté. — Junto al puentecillo, me contestó; mas abajo del pantano. Este niño sin duda pertenece á algun gran personaje; con el tiempo quizas preguntarán por él, y hará nuestra suerte. Criá-le y cuidale como si fuera tu hijo. El pobrecito estaba muerto de frio, lloraba, y

no parecia sinó que me pedia socorro; y me dió mucha lástima. Ademas la leche empezaba á molestarte: y me alegré de poder librarme de esta incomodidad; asi es que le di el pecho, y desde aquel momento le quise como si fuera mi propio hijo, y lo mismo me sucede aún. — ¿No sabes nada mas acerca del nacimiento de Edmundo?

Algo mas sé, dijo Margarita; pero por amor de Dios, mirad á ver si viene Andrés, porque estoy temblando. — Nadie viene, proseguí, os lo suplico. — Ya os he dicho que esto sucedió el veintiuno; pues bien: al otro dia de madrugada salió mi Andrés en compañía de un tal *Robin Rouse*, vecino nuestro. No hacia una hora que habian salido, cuando los vi volver al parecer muy asustados: vé Robin, dijo Andrés, y trae un azadon de casa de nuestro amigo Stiles. — Pues ¿qué sucede? pregunté yo. — Mas de lo que es menester, me respondió Andrés; lo bastante para que nos ahorquen; lo mismo que por las apariencias habrán ahorcado á mas de cuatro inocentes antes de ahora. — Dime por Dios lo que ha sucedido, volvió á preguntar. — Yo te lo diré, me contestó; pero desgraciada de tí como abras la boca en tu vida para hablar de semejante cosa. — No

tengas cuidado, le dije; pero él me hizo jurar por todos los santos del calendario. Entónces, me contó que al pasar él y Robin por el puentecillo donde habia encontrado el niño, notaron que alguna cosa flotaba sobre el agua, vieron que estaba detenida en unas estacas, y que era el cadáver de una mujer. Juraria que es la madre del niño que te hé traído anoche, dijo Andrés.— ¡Dios de misericordia, exclamó Edmundo, seré yo el hijo de tan desgraciada Madre!—Callad, dijo Oswald, los momentos son preciosos y no deben perderse; proseguid buena mujer.— Me dijo Andrés, que sacaron el cuerpo á la orilla; que estaba ricamente vestida, y debia de ser persona de importancia.— Dijo Andrés, yo me figuro que, luego que la pobre Señora envolvió su niño, se iría á buscar algun socorro, y como la noche estaba tan oscura, se resvaló, cayó en el rio, y se ahogó.— ¡Dios nos favorezca! dijo Robin; ¿qué haremos con este cadáver? ¿qué necesidad tenemos nosotros de habernos metido con él? Y no, que ahora ván á creer que somos unos asesinos.— Es verdad, le contestó Andrés; pero ya no tiene remedio. Lo mejor que podemos hacer es darle sepultura.

Robin estaba muy asustado, mas al fin se convinieron en llevarle al bosque y enterrarle, viniéndose despues á buscar un azadon y una pala. Luego que Andrés me contó todo esto, le dije: pero qué, ¿vais á enterrar tambien esas ropas tan ricas de que me has hablado? — Seria una vergüenza y un pecado mortal me dijo, el despojar á los muertos. — Es verdad, pero yo te daría una Sábana para envolver el cuerpo, y podias quitarle los vestidos de encima, y si tiene alguna cosa de valor; mas desnudarla enteramente... ¡ Dios me libre de aconsejártelo! — Bien dieho, dijo Andrés; haré lo que tú quieras.— Busqué una sábana y se la di; en esto vino Robin, y se marcharon los dos.

No volvieron hasta el medio dia, y sentándose á tomar un bocado, dijo Andrés, ahora ya, podemos sentarnos y comer con tranquilidad. — Sí, y dormir con sosiego tambien, dijo Robin: porque no hemos hecho daño á nadie. — No por cierto, dije yo; pero sin embargo, me dá mucha lástima que esa pobre Señora no la entierren como cristiana. — No te apures por eso; nosotros hemos hecho cuanto podiamos hacer por ella.

Vamos á ver ahora lo que traemos en las alforjas para repartirlo.

Sacaron un vestido muy hermoso, y un par de zapatos muy ricos, además de un precioso collar con broche de oro, y un par de pendientes. — Yo me quedaré con esto, dijo Andrés, haciéndome una seña al mismo tiempo, y tú puedes llevarte lo demás. — Robin dijo que se daba por contento, y se marchó. Luego que quedamos solos, toma me dijo; guarda ésto donde no le dé el sol. Si alguna vez buscan al niño, esto puede hacernos felices.

¿ Y lo conservais aún, dijo Oswald?— Si Señor, Andrés ha querido venderlo varias veces, pero siempre se lo hé quitado de la cabeza. — Gracias á Dios!! exclamó Edmundo. — No perdamos tiempo, dijo Oswald; proseguid. — Poco tengo ya que decir. Esperábamos de un momento á otro, que alguien se presentase buscando al niño; pero nadie se cuidó de eso.

¿ Murió por entónces algun personaje? preguntó Oswald.— Si Señor, la viuda de Lady Lovel, murió en aquella misma semana; por señas que Andrés fué al entierro, y trajo un escudo de armas que

conservo hasta el dia.— Seguid pues.— Mi marido trató bien al muchacho, hasta que tuvimos dos ó tres hijos; mas entónces empezó á gruñir; decia que era muy duro el mantener hijos ajenos, cuando con trabajo ganaba para sustentar los suyos. Yo, que le queria tanto como á éstos, muchas veces apaciguaba á mi Andrés, con la esperanza de que llegaria el dia en que nos recompensasen bien nuestro trabajo; mas al fin acabó de perder la paciencia, y todas estas esperanzas se desvanecieron.

Segun fué creciendo Edmundo se fué haciendo mas delicado y endeble: no podia dedicarse al trabajo, y ésta fué otra razon mas, para que mi marido le aborreciera.

Si este chico, decia, pudiera ganarse su pan, nada me importaba tenerle en casa; pero así tengo yo que llevar la carga por entero.

Por aquel entónces vino por estas tierras un peregrino viejo, que sabia mucho, y habia sido soldado, el cual enseñó á leer á Edmundo: le contaba historias de guerras, de aventureros y Señores, y muchos que decia él eran muy grandes hombres; y Edmundo tenia tanto placer en escucharle, que no se cuidaba de otra

cosa. Es verdad que Edwin era un compañero muy agradable.

Contaba tantos cuentos, y cantaba unas canciones tan bonitas, que cualquiera se hubiera pasado toda la noche divertido escuchándole.

Pues como iba diciendo, cada día gustaba más Edmundo de leer, y menos de trabajar; no obstante, hacía cuanto le mandaban, y servía á todos los vecinos; además, tenía tan buen modo, que todo el mundo le quería.

Un día le encontró Andrés escondido leyendo, y le dijo muy enfadado, que sinó buscaba algún modo de ganar de comer, le plantaría en la calle antes de mucho. Y lo hubiera hecho seguramente, si el Lord, Fith-owen no le hubiera recibido en su casa á pocos días.

Muy bien Margarita, dijo Oswald: habeis hecho vuestra relacion con mucho orden. Y me alegro de que podais esplicaros con tanta claridad. Pero decidme, ¿sereis capaz de guardar un secreto? — Señor, me parece que he dado pruebas de saber guardarle — Y ¿le reservareis, aún de vuestro marido? — Bien seguro está, porque jamás me atreveré á revelarle esta conversacion.

Ese temor es la mejor garantía, dijo Oswald; sin embargo exijo otra. Es menester que jureis sobre este libro no descubrir cosa alguna de cuanto ha pasado entre los tres, hasta que os mandemos declararlo. Antes de mucho se sabrá quién es Edmundo. Por ahora solo os digo, que es hijo de padres muy ilustres, y podrá haceros felices, cuando se halle en posesion de lo que le pertenece.— ¡Es posible que sea eso cierto! Que ya consiga lo que por tanto tiempo he pedido á Dios en mis oraciones! ¡Qué alegría!

Prestó el juramento que se la exijia, repitiendo los palabras de Oswald.

Ahora, pues, traed las prendas de que habeis hablado. Margarita corrió á buscarlas, y Edmundo, que por mucho tiempo habia estado reprimiendo una multitud de sensaciones que le agitaban, prorumpió en lágrimas y exclamaciones: se postró de rodillas y dió fervorosas gracias al Eterno, por el feliz descubrimiento que acababa de hacer.

Suplicóle Oswald que se tranquilizase antes de que volviera Margarita, y al ver su alteracion la atribuyese á otra causa.

Volvió ésta con el collar y los pendientes

tes, que eran de perlas de mucho valor, y en el broche del collar estaba grabada la cifra de Lovel.

Esto es sin duda, dijo Oswald, una prueba de la mayor importancia; guardadla Edmundo, pues os pertenece.—Cómo, dijo Margarita, ¿se lo vá á llevar?—Si por cierto, dijo Oswald; nada podriamos hacer sin ello.

Si Andrés preguntase por estas alhajas, es menester que por el momento procureis engañarle, pues no perderá nada en eso.

Consintió Margarita en separarse de sus alhajas, aunque con mucha repugnancia; y abrazándola afectuosamente Edmundo, la dijo: os doy las mas sinceras gracias, por el cariño que me habeis manifestado. Siempre os he tenido el amor de un hijo, aunque debo confesar que hacia vuestro marido, jamás experimenté este tierno afecto.

Cuento con vuestro testimonio en mi favor, cuando sea necesario, y espero poder algun dia corresponder á vuestra bondad: entónces sereis tratada como debe serlo la que me ha criado.

Dios quiera que asi sea! exclamó Margarita, con la voz casi embargada por los

sollozòs. A Dios hijo mío; no cesaré de pedirle por ti.

Recordóles Oswald que ya era tiempo de separarse. Este y Edmundo tomaron el camino del castillo, y Margarita permaneció inmóvil á la puerta de su casa, hasta perderlos de vista, temerosa de que alguien pudiera haberlos observado.

Ahora, pues, os felicito, dijo Oswald, como hijo de Lord y Lady Lovel; las pruebas son convincentes; no pueden fallar.

Lo son para nosotros; pero, ¿lo serán acaso para los demás? Y, ¿cómo podemos explicar el funeral de Lady Lovel?

Como una farsa dispuesta por el actual Lord Lovel para asegurar su título y estados.

Y ¿qué documentos podemos presentar para privarle de ellos? Su elevacion le pone al abrigo de los tiros de un pobre desvalido como yo.

No dudeis de la proteccion del Cielo, que hasta aqui nos ha conducido como por la mano, y no dejará su obra incompleta: veneremos sus disposiciones.

Aconsejadme lo que debo hacer en este caso; ya que el Cielo nos ayuda por medios naturales.

A mi me parece, que lo primero que debéis hacer, es procuraros un amigo poderoso; un hombre de influjo, que se preste gustoso á abrazar vuestra causa, y llamar la atencion de la autoridad sobre estos acontecimientos.

Un amigo! exclamó Edmundo, sí, le tengo y muy poderoso; tambien enviado sin duda por Dios para ser mi protector, mi amigo; pero al cual tenia enteramente olvidado.

Y ¿quién es ese amigo? preguntó Oswald, amimado.

Quién ha de ser, sinó el bondadoso Sir Felipe Harclay, el amigo predilecto de aquel á quien en lo sucesivo llamaré mi padre.

Es cierto, dijo Oswald; y esto es una nueva prueba de lo que dije ya, que Dios os protege, y no dejará su obra incompleta.

Asi lo creo, y pongo en él mi confianza. Ya he trazado la linea de conducta que he de seguir: voy pues á explicarosla.

Lo primero es salir del castillo, sin ser visto. El Baron me ha regalado hoy mismo un caballo; montado en él me propongo salir esta noche, sin que lo sepa ninguno de la familia: Busearé á Sir Fe-

lipe , me arrojaré á sus pies ; le contaré mi maravillosa historia ; imploraré su proteccion ; le consultaré acerca del modo de sacar á la luz pública este horrendo atentado , y me dejaré guiar en todo por su opinion .

Excelente plan , dijo Oswald ; pero permitidme que os haga una adiccion .

Saldreis como habeis dicho , protegido por la oscuridad de la noche ; José y yo favoreceremos vuestra partida : sin embargo , esta debe ser acompañada de alguna circunstancia maravillosa : Vuestra desaparicion á semejante hora , de la habitacion encantada , llenará de espanto y confusion á toda la familia ; en vano se atormentarán buscando la explicacion de este suceso , y temerán hacer investigacion alguna para averiguar los arcanos de aquella habitacion .

Apruebo vuestra idea , dijo Edmundo . Creo que una carta , en términos misteriosos , que llegára á manos del Baron , por algun medio extraordinario , sería útil á nuestras intenciones , y los alejaria aún mas de aquella estancia .

Dejad eso á mi cargo , y os prometo que se les ha de quitar la gana de habitarla por algun tiempo .

Mas, ¿cómo hé de dejar á mi amigo Guillermo, sin decirle ni una palabra siquiera, acerca de nuestra separacion?

Ya he pensado yo tambien en eso, y dispondré que llegue á saberlo de un modo, á su parecer, sobrenatural, que le impondrá silencio, y le causará confusion.— Pues ¿qué pensais hacer? — Luego os lo diré; pero aqui viene nuestro amigo José que nos sale al encuentro.

Y asi era verdad, que venia hácia ellos tan de prisa, cuanto su edad se lo permitia.

Luego que estuvo cerca, les preguntó ¿qué habia de nuevo? Le contaron cuanto habia pasado en casa de Twiford; les escuchó con el mayor interés, y luego que concluyeron exclamó: ¡Ya lo sabia yo! ¡Ya lo habia yo dicho, y no tenia la menor duda! ¡Looado sea Dios por todo! Yo seré el primero en tributar homenaje á mi nuevo Señor, y viviré y moriré siendo su mas fiel criado.

Quiso echarse á los pies de Edmundo, pero éste le detuvo entre sus brazos.— Amigo mio, le dijo, mi querido amigo; ¿cómo puedo yo permitir que se postre á mis pies, un anciano tan respetable? Acaso no sois uno de mis adictos, de

mis mas sinceros amigos? Siempre recordaré vuestro cariño desinteresado; y si el Cielo se dignára ponerme en posesion de lo que me pertenece, uno de mis primeros cuidados sería aseguraros una vejez tranquila y feliz.

Las lágrimas impidieron á José articular palabra por algun tiempo.

Oswald se le dió para reponerse, contándole entre tanto el plan que habian formado para la partida de Edmundo.

Me ocurre una idea, dijo José, enjugándose las lágrimas con la manga de su casaca, que puede ser útil y agradable á mi amo. Juan Wyatt, el criado de Sir Felipe Harclay, ha venido á pasar unos dias en casa de sus padres: he oido decir, que debe marcharse muy pronto, y podrá acompañarle, y servirle de guia en su viaje.

Casualidad muy oportuna es esa, dijo Edmundo; pero ¿cómo podremos saber cuándo piensa marchar? — Yo iré á averiguarlo, y vendré inmediatamente á deciroslo. — Mucho os lo agradeceré. — Me parece, dijo Oswald, que se le debe ocultar á Juan quien es su compañero de viaje. Debe decirle José únicamente que hay un caballero que piensa ir á visitar

á su amo ; y que procure decidirle á marchar esta noche misma.

Hacedlo así, amigo mío, dijo Edmundo; y decirle además, que el tal sugeto tiene que comunicarle noticias de sumo interés, y no puede retardar su viaje ni una hora. —Dejadlo á mi cuidado, y antes de mucho sabreis el resultado de mi comisión; de todos modos sería imposible que fueseis sin guía.

No dejaría de tenerle aún cuando fuese solo: el que ha sido llamado como yo para una misión del Cielo, no necesita más guía, ni debe temer ningún peligro.

En esto llegaron al castillo; José marchó á desempeñar su comisión, y Edmundo se fué á comer con el Barón. — Advertió éste que hablaba poco y con reserva; y su conversación no fué animada. Concluida la comida pidió Edmundo permiso para retirarse á su cuarto. Empaquetó las cosas más necesarias, y lo preparó todo para su partida. Salió después al jardín, cavilando siempre en lo singular de su situación actual, y la incertidumbre de su futura suerte.

Abismado en sus meditaciones, se paseaba con pasos desiguales por una calle cubierta de enramada: cruzados los bra-

zos, y fijó los ojos en el suelo, no habia reparado en dos personas que á corta distancia le observaban. Eran estas la jóven Ema, y una doncella que la seguia.

Confuso quedó Edmundo al levantar sus miradas y ver á Ema tan cerca de sí: No sabia si deberia adelantarse hácia ella, ó retirarse; pero la hermosa jóven le sacó de esta perplejidad acercándose á él y diciéndole: Os he visto tan embebido en vuestras reflexiones, que he llegado á temer que algun nuevo pesar os aquejase, del cual no tengo yo noticia; decidme, ¿es cierto? Ah! Si estuviera en mi mano el disipar los que hasta ahora os han atormentado! Vamos: decidme francamente ¿he acertado en mi sospecha?

Lleno de confusion Edmundo, se esforzó en contestar: ¡Ah Señora! dijo; yo siento mucho... me es muy sensible... ser causa de tantas desavenencias en vuestra respetable familia, á la que debo estar tan agradecido. No veo mas medio de hacer cesar estos males, que separar de aquí el origen de todos ellos.—¿Quién, vos?— Sí Señora; asi es que en este momento estaba formando planes para mi partida. ¿Es posible?— Sí Señora!— Pero, no por eso hareis cesar esos males.—¿Cómo

que nó? —Porque no sois vos la causa, sinó los que han de quedar aquí.— ¿Qué me decís?—Y ¿por qué afectais ignorarlo Edmundo? Sabeis muy bien, que el odioso Wenlock, enemigo vuestro, y objeto de mi aborrecimiento, es el que nos ha causado tantos sinsabores; y nos causará muchos mas, si permanece aquí.

Esa es una cuestion en la que debo poner un sello á mis lábios: es vuestro primo; es mi enemigo, y por consiguiente, no debo hablar contra él, ni vos pudierais escucharme si tal hiciera. Si él me ha maltratado, la conducta noble y generosa de vuestro padre y mi protector, ha reparado sus malos tratamientos; me ha permitido justificarme, y me ha conservado su estimacion, que la apreció como uno de los mayores beneficios del Cielo.

Disfruto de la amistad de vuestro digno hermano Guillermo, y ésta para mí es de infinito valor; y vos... permitidme alimentar la esperanza de que me honrais tambien con vuestro aprecio.

¿No os parece que todo esto me indemniza sobradamente de lo que Wenlock pueda hacerme sufrir...?

El aprecio que os profeso, Edmundo

no variará jamás. No está fundado en la impresion favorable de la primera vista, no; sinó en un largo conocimiento y experiencia; en el todo de vuestra conducta y de vuestro carácter.

¡ Cuánto me favoreceis, Señorita! Conservadme vuestra estimacion, y esto me estimulará á hacerme digno de ella. Cuando esté lejos de aquí, el recuerdo de vuestras bondades será un cordial para mi triste corazon.

Y, ¿ por qué habeis de dejarnos Edmundo? permaneced aquí; trastornad los planes de vuestros enemigos: yo os ayudaré, y contribuiré cuanto me sea posible á que lo consigais.

Perdonadme, Señorita, es mi deber no permanecer aquí mas tiempo. Además... me seria imposible aunque quisiera.

Wenlock os ama, Señorita, y si tiene la desgracia de que le aborrezcais, harto castigado está! En cuanto á mi, la perfidia agena puede hacerme desgraciado; pero solo la propia podria hacerme despreciable.

Conque ¿ os parece una perfidia el oponeros á Wenlock? Muy bien; supongo que le deseais buen éxito en su pretension; deseais sin duda que me una á él

con indisoluble lazo? — ¿Yo, Señorita? Yo! dijo Edmundo con la mayor agitación. ¿Quién soy yo para dar mi parecer en asunto tan interesante?

Vuestra pregunta me llena de amargura; ¡Sed feliz! y quiera Dios que veais logrados todos vuestros deseos; dijo, y dando un profundo suspiro, se retiró.

Volvió Ema á llamarle, y á su voz se detuvo el afligido Edmundo, permaneciendo silencioso.

Complaciase Ema en ver su confusion, y tuvo la crueldad de repetir esta pregunta. Decidme francamente Edmundo, ¿deseais verme esposa de Wenlock? Exijo que me contesteis.

A estas palabras, mudó repentinamente de aspecto Edmundo; recobró el uso de la palabra, que hasta entónces parecia tener embargado, y adelantándose algunos pasos con semblante tranquilo y noble continente, con voz firme y ademán respetuoso dirigió á la jóven estas palabras:

Puesto que me mandais que os dé una contestacion franca, que me habeis asegurado que Wenlock es para vos un objeto de horror, y que os dignais escuchar mi parecer, os manifestaré mi corazon, os haré saber mis deseos.

Tembló Ema al oír estas palabras, mudó de color, bajó los ojos, y se avergonzó de haber hablado con tanta lijereza.

Mis deseos mas vehementes, continuó Edmundo, son: que la hermosa Ema conserve libre su corazon y su mano, hasta que se halle en el caso de pretenderlos cierto sugeto, íntimo amigo mio, cuya ambición se limita, primero á merecerlos; y luego á conseguirlos.

Un amigo vuestro habeis dicho! exclamó Ema, mudando de color y dirijiéndole una mirada desdeñosa.

Mi amigo, dijo Edmundo, se halla en circunstancias tan extraordinarias, que no pudiera, sin faltar á la delicadeza, solicitar el favor de Lady Ema. Mas luego que haya puesto en claro acontecimientos, que aún están envueltos en densas tinieblas, hará francamente su declaracion; y si por desgracia se vé la verdad oscurecida, y tiene que sucumbir el inocente; él mismo se impondrá un eterno silencio.

No sabia Ema qué pensar de este discurso: la esperanza y el temor alternaban penosamente en su pecho, y su imaginacion se habia exaltado demasiado para no exigir mas esplicaciones.

Después de un momento de silencio y de reflexión, dijo, y ¿ese amigo vuestro, á qué clase pertenece? En qué situación, en qué rango se halla en la sociedad? — Edmundo se sonrió, y procurando ocultar su agitación, la dijo. Su nacimiento es ilustre; su situación y rango en la sociedad inciertos.

Lanzó Ema un suspiro, y su semblante expresó sumo disgusto.

Sería una osadía, prosiguió Edmundo, en un hombre de otra clase el aspirar á la mano de Lady Ema. Su elevado nacimiento, su belleza y sus virtudes, deben causar veneración, y conservar á una distancia respetuosa, á todos los hombres de un mérito y de una clase inferior. Les es lícito admirarla, venerarla; mas no deben ser osados á acercarse demasiado, no sea que su presunción encuentre el castigo que merece.

Muy bien, Edmundo; es decir, que ese amigo vuestro, os ha comisionado para que habléis en su favor? — Sí Señora.

Pues debo deciros, que su atrevimiento me parece excesivo; y el vuestro no lo es menos.

Mucho siento, Señorita, que me juzgueis con tanta severidad.

Decid á vuestro amigo que yo reservaré mi corazón y mi mano, para el hombre que mi padre elija para poseerlos.

Bien Señorita; pero estoy persuadido de que vuestro Padre os ama demasiado para disponer de ellos sin consultar vuestra inclinacion. — Y vos ¿qué sabéis? Decidle tambien, que el hombre que aspire á ser dueño de mi afecto, ha de ganar antes el de mi padre. — Eso es justamente lo que desea mi amigo, lo que piensa hacer luego que con decoro pueda intentarlo; y acepto en su nombre el permiso que acabais de concederle.

Mi permiso decís? Me admira vuestra osadía! No me habéis mas de vuestro amigo: tal vez estais defendiendo la causa de Wenlock; pero, me es indiferente; tanto se me dá, con tal de que no habéis mas palabra.

Estais enfadada conmigo, Señorita? — Y ¿qué os importa á vos, aunque así sea? — Si, mucho me importa. — Lo extraño Edmundo. — Y yo extraño mi temeridad; pero perdonadme, Señorita.

No necesitáis mi perdon; eso no ha sido nada. A Dios. — No os marcheis ofendida Señorita: á tal desgracia no puedo hacerme superior. Quizás no volveré á veros en mucho tiempo.

Edmundo estaba consternado.—Os perdono, dijo Ema; yo tomaba el mas vivo interés por vos; pero segun parece, vos os interesais mas por otros que por vos mismo. A Dios, Edmundo. Y al decir esto, las lágrimas bañaban sus sonrosadas mejillas.

Levanta Edmundo los ojos, la dirige una mirada llena de ternura, se acerca á ella, coje su mano entre las suyas, y vá á ceder al impulso de su corazón... Ya sus labios se abren para revelar su secreto..; pero recuerda su situacion, se detiene, y haciendo un esfuerzo sobrenatural, ¡á Dios! la dice; y huye precipitadamente de aquel sitio.

Llegó antes que Ema al castillo y se encerró en su aposento : allí, postrado ante el Ser Supremo, imploró su proteccion para su bienhechor y para sus hijos.

Las lágrimas corrieron por su rostro involuntariamente, al pronunciar el nombre de la hermosa Ema. ¡ Ema...!! á quien iba á dejar tal vez para siempre.

Procuró tomar un aspecto tranquilo, y fué á ver al Baron, quizá por la última vez.

Despues de darle las buenas noches, se retiró á su cuarto á esperar la hora de ir á la habitacion encantada.

Cuando entró en aquella todo lo tenía preparado para su viaje; rezó sus oraciones acostumbradas, y á poco rato llamó Oswald á la puerta. Se entretuvieron hablando del interesante objeto que absorbía su atención, hasta que José vino á reunirse con ellos. Este traía el equipaje de Edmundo, y algun refrigerio para que lo tomase antes de marchar.

A las doce oyeron los mismos gemidos que la noche antes, en la habitacion baja; pero familiarizados ya con ellos, no les causaron tanto horror.

Oswald se santiguó, y rezó un responso, hizo tambien oracion, pidiendo la bendicion del Cielo para Edmundo; y hecho esto, abrazó al jóven que se despidió tambien del buen José con las demostraciones mas sinceras de afecto. Salieron, pues; atravesaron en silencio una larga galeria, bajaron del mismo modo la escalera, pasaron por la sala sin atreverse casi á respirar por el temor de ser oidos; y despues de vencer muchas dificultades, hasta llegar á abrir la puerta por donde debia salir, se hallaron por fin en las cuadras sin haber sido descubiertos. Allí se despidieron de nuevo, y abrazaron á Edmundo sus dos amigos, colmándole de bendiciones.

Montado éste en el caballo que el Baron le habia regalado, se dirigió á casa de Wgat; llamó á la puerta, y á poco rato salió Juan. —Qué, ¿sois vos, Señorito Edmundo? exclamó.— Callad no digais quien soy. Voy á asuntos muy reservados, y no quisiera que me conociesen. — En ese caso seguid vuestro camino que yo os alcanzaré.

Así sucedió, y ambos reunidos emprendieron su viaje hácia el norte.

Luego que despidieron á Edmundo, volvieron Oswald y José á sus respectivos cuartos, sin ser vistos, ni excitar la menor sospecha en la familia.

Al rayar el dia, trató aquel de poner las cartas á la vista de los sugetos á quienes iban dirigidas. Despues de formar mil proyectos, determinó por fin dar un paso arriesgado, preparando de ante mano la disculpa, por si le sorprendian.

Animado por el buen éxito de sus anteriores planes, fué de puntillas al cuarto de Guillermo, colocó la carta sobre su almohada, y se salió, sin que despertára.

Lleno de alegría se dirigió al cuarto del Baron; pero le halló cerrado por dentro. Frustrada por esta parte su intencion, determinó esperar á la hora en que el Baron acostumbraba bajar á desayunarse, y poco

antes colocó á su lado, sobre la mesa, la carta y la llave del cuarto encantado.

A poco rato, vió al Baron que se dirijia al comedor. Ocultóse Oswald, pero quedándose siempre á la mira, por lo que pudiera ocurrir. Sucedió lo mismo que él se habia figurado, se sentó el Baron á almorzar, y al ver una carta para él, la abrió, y con gran sorpresa leyó lo que sigue: «El encargado de guardar la habitacion encantada, al Baron Fith-owen:»

«A ti te remite la llave que me estaba confiada, hasta que aquel á quien pertenece de derecho, venga para descubrir y vengar mis desgracias; entónces, ¡ay de aquel que sea delincuente! Pero que descanse tranquilo el que no ha cometido delito. Cuida entretanto de que nadie procure penetrar los secretos de mi habitacion, si no quiere exponerse á sufrir el castigo de su temerario intento.»

Quedó pasmado el Baron al leer estas misteriosas palabras; cojió la llave, la examinó cuidadosamente, volvió á dejarla sobre la mesa, leyó de nuevo la carta, y estaba tan confuso que no sabia que hacer, ni que decir.

Llamó al fin á los criados, y su primera pregunta fué: ¿Donde está Edmundo? Na-

die le contestó. — ¿Le han llamado? — Si Señor; pero no responde, y la llave no está puesta. — ¿Dónde está José? — En la caba-lleriza. — Y el padre Oswald? — En su es-tudio. — Decidle que venga.

Otra vez habia leído el Baron la carta; cuando vino Oswald. Este habia estudiado bien el papel que debia representar, y lo que habia de responder á las preguntas que le hiciesen. Observó al entrar el sem-blante del Baron, que estaba sumamente alterado, y que casi sin aliento le dijo: To-mad esa llave y leed esta carta.

Leyóla Oswald; se encojió de hombros y guardó silencio.

Padre, dijo el Baron, ¿que os parece ese escrito? — Es imcomprensible. — Su conte-nido es alarmante. ¿Dónde se halla Edmun-do? — No lo sé. — ¿No le ha visto ningun-o de la familia? — Creo que no. — Llamad á mis hijos, á mis sobrinos, y á mis criados.

Estos fueron los que primero se presen-taron.

Habéis visto á Edmundo? Sabe alguno de vosotros dónde se halla? — No señor: fué la contestacion que todos le dieron.

Subid; dijo el Baron á Oswald, subid al momento á decir á mis hijos y á mis so-brinos, que bajen al instante.

Dirigióse Oswald, primero al cuarto de Guillermo, y le dijo: vuestro padre, desea que bajéis sin tardanza, tiene que comunicaros cosas que os causarán asombro.—En igual caso me encuentro; mirad lo que he hallado sobre mi almohada. — Quisiera me leyeseis ese papel antes de enseñársele á nadie. — Vuestro padre está ya demasiado sobrecojido, y no debemos aumentar su consternacion.

Guillermo leyó la carta, y Oswald manifestó la mayor sorpresa al oír su contenido, que era como sigue:

«Cualesquiera que sean los acontecimientos que presenciéis, ó que lleguen á vuestros oídos, poned en vuestros labios el sello de la amistad. El plebeyo, el desvalido Edmundo, ya no existe; pero ocupa su lugar un hombre, que espera reconocer y corresponder algún día, al generoso cuidado y proteccion que le ha dispensado el Lord Fith-owen; cultivar el sincero y fiel cariño de su amado Guillermo, y reclamar su amistad como de igual á igual.»

Qué quiere decir todo esto? preguntó Guillermo. — No es fácil saberlo, replicó Oswald. — ¿Podreis decirme cuál es la causa de tanto sobresalto? — Nada puedo

deciros, mas que no os detengais, porque el Baron desea veros cuanto antes.

Voy á llamar á vuestros primos. Nadie sabe qué pensar, ni cómo esplicar lo que está pasando.

Bajó Guillermo a reunirse con su padre, y Oswald se dirigió á la habitacion de los rebeldes.

Luego que Wenlock le vió: «Señores, empezó á gritar; ya está aqui el amigo de su amigo, que viene sin duda con nuevas proposiciones. —Caballeros dijo Oswald: el Señor Baron quiere que inmediatamente bajéis al comedor.

¿Qué á ver á vuestro favorito Edmundo, ¿no es verdad? — No, Señor.

Pues qué ha sucedido? preguntó Roberto. — Cosas muy extraordinarias, caballeros. Edmundo no parece; ha desaparecido de la habitacion encantada, cuya llave ha llegado á manos del Señor Baron; de un modo misterioso, acompañada de una carta de letra desconocida.

Vuestro padre se halla tan confuso como acongojado; y desea en este caso oir vuestro parecer.

Decidle que bajaremos al instante.

Al retirarse Oswald, oyó á Wenlock que decia: «con tal de que Edmundo haya desa-

parecido, poco nos importa el cómo, ni el cuando;» á lo que otro de ellos añadió: «yo me figuro que el espectro nos habrá librado de él.» Celebraron todos la ocurrencia con grandes risotadas, y siguieron á Oswald al comedor.

Allí encontraron al Baron y á Guillermo, haciendo mil comentarios acerca de la llave y de la carta. Se las presentó el Baron á Roberto, que las miró con señales evidentes de sorpresa y turbacion.—¿No te parece este suceso maravilloso? le dijo el Baron. Deja á un lado, hijo mio, tus preocupaciones, y trata á tu padre con el afecto y consideracion que su ternura merece. Dime tu parecer; aconséjame en un caso tan alarmante. — Padre mio, dijo Roberto; estoy tan confuso como vos; no sé que decir. Que lean mis primos la carta y sepamos su opinion.

La leyeron, pues; manifestaron todos la misma sorpresa; pero cuando llegó á las manos de Wenlock, se detuvo éste á reflexionar algunos momentos, y al fin, «extraño, dijo, y lo siento en mi alma, el ver á mi señor Tio ser juguete de una estratagemá ridicula; y si me lo permite, daré solución á este enigma, confundiendo á sus autores.»

Hazlo así, hijo mio, le dijo el Baron; y te viviré eternamente agradecido.

Me parece, dijo Wenlock, que esta carta es forjada por Edmundo, ó por algun astuto amigo suyo, para ocultar sus designios contra nuestra familia, que demasiados disgustos ha padecido ya por ese tunante.

Pero, ¿qué te figuras que podria prometerse de eso?—Una parte del plan es ocultar la partida de Edmundo, eso está visto. En cuanto á lo demás, solo podemos hacer conjeturas; quizás se habrá ocultado en algun escondrijo de aquella habitacion, y saldrá por la noche á robarnos, ó asesinarlos tal vez; ó al menos á asustar y llenar de terror á todos.

Te ha sucedido ahora como siempre; no has dado en el hito Wenlock, y el tiro ha rechazado contra ti. Solo consigues con eso, probar tu obstinada aversion contra aquel pobre muchacho, á quien no puedes nombrar sin propasarte.

Con qué objeto presumes que se encerraria él mismo en aquella habitacion, á perecer de hambre?—¡Perecer de hambre! No lo creais, dijo Wenlock, mirando á Oswald: tiene muy buenos amigos en esta casa, y no le dejarían carecer de nada.

Los que siempre han cuidado de ponderar sus virtudes, y disculpar sus faltas, le tenderán una mano benéfica en caso de decedidad, y aún quizás le ayudarán en sus ingeniosas maquinaciones.

Eso es una ilusion que solo tú pudieras concebir, dijo el Baron, pero no quiero desatenderme de ella; en primer lugar para descubrir el objeto que te propones, y en segundo para que todos los que se allan presentes, conozcan la falsedad ó verdad de tu suposicion; y que sepan de este modo el valor que han de dar en lo sucesivo á tu talento y sagacidad.

Vamos todos á la habitacion encantada, y decid á José que venga tambien.

Se ofreció Oswald ir á llamarle, pero Wenlock le detuvo diciendo: No, padre, no debeis separaros de nosotros; necesitamos vuestros consejos y consuelos espirituales; y no seria conveniente dejaros hablar á solas con José.

Intentais acaso: dijo Oswald, infundir sospechas á vuestro Tio contra José, ó contra mí? Vuestra mala intencion á nadie perdona; llegará dia en que se conozca quien perturba la paz en esta familia; espero que antes de mucho llegue ese momento, y por ahora no digo mas.

Entró José en la sala, y no pudo menos de dirigir una mirada á Oswald, cuando le dijeron con qué fin le hacian venir

Wenlock, que expiaba todos sus movimientos, dijo, id vos delante padre Oswald, y José irá detrás de todos.

Llegaremos hasta donde el Cielo nos permita, dijo aquel sonriéndose. — Ah! toda la sabiduría del hombre no es bastante á retardar, ni apresurar un punto sus decretos.

Seguido de toda la familia llegó á la puerta de la habitacion. Abrióla el Baron, y mandó á José que abriera tambien la ventana, para que la luz del dia iluminase aquel recinto, en que por espacio de tantos años no habia penetrado.

Atravesaron los tres cuartos, bajaron la escalera, y recorrieron del mismo modo las piezas bajas.

La puerta del gabinete que encerraba el fatal secreto, estaba entapizada del mismo modo que lo demás de la habitacion, pero tambien disimulado, que era difícil descubrirla, por cuya razon le fué fácil á Oswald hacerles pasar sin fijar en ella la atencion.

Wenlock; en tono burlesco, le instó á que invocase al espectro, y le hiciese el

honor de presentarle á él. Oswald no le dió mas contestacion que preguntarle dónde creia que podrian hallar á Edmundo.

Pensais, le dijo, que José ó yo le tenemos guardado? — El pensamiento es libre dijo Wenlock. — La opinion que yo tengo formada de vos, no está fundada solo en pensamientos; yo juzgo á los hombres por sus acciones; regla, que no ganariais mucho en que se os aplicase.

No vengais con vuestras insolentes reconvencciones, dijo Wenlock; no es este el momento ni sitio oportuno para ellas.

Eso es mas cierto de lo que pensais; pero no trato de entrar en esta cuestion.

Dejémosla por ahora, dijo el Baron; yo trato de discutirla con vos mas adelante; estad preparado para contestarme entónces. Entre tanto, Wenlock, contesta á mis preguntas. ¿Crees aún que Edmundo está oculto en esta habitacion? — No Señor.

¿Te parece que encierra algun misterio?

No por cierto. — Imaginas que esté encantada? — Tampoco. — Y tendrias miedo de hacer la prueba?

De qué modo? — Mira Wenlock; ya que en este lance has lucido tu astucia, yo quisiera que brillára tambien tu valor. Tu confidente Markham y tú pasareis

aquí tres noches, como Edmundo las há pasado.

Pero Señor ¿con qué objeto? dijo Roberto. Yo desearia saber el por qué de esta determinacion. — Tengo mis motivos para obrar de este modo, asi como tus primos tendrán sin duda los suyos para conducirse como se conducen.

No admito réplicas; quiero ser obedecido.

José, cuidad de que se ventilen bien los aposentos y se preparen, para que estos caballeros estén con comodidad. Si existe efectivamente una intriga, de que soy juguete, no dudo que tendrán una satisfaccion en descubrirla, y sinó conseguiré mi objeto, que es hacer útil esta habitacion.

Venid conmigo Oswald, y los demás pueden ir á donde gusten hasta la hora de comer. Preguntó el Baron á Oswald, luego que estuvieron solos, si desaprobaba lo que acababa de hacer. — Muy al contrario, dijo éste, lo apruebo completamente. — No sabeis aún todas las razones que hé tenido para dar este paso. La conducta de Edmundo ayer, era muy diferente de la que estoy acostumbrado á ver en él. Edmundo, naturalmente franco y

sencillo en su modo de espresarse, ayer pensativo y distraido, apenas hablaba. Se le escapaban profundos suspiros, y alguna vez le sorprendí con las lágrimas en los ojos.

Ahora bien; yo sospecho que aquella habitacion encierra algun arcano, que Edmundo le ha descubierto, y que temiendo revelarle ha huido de mi casa.

En cuanto á su carta, tal vez me la ha dirigido para indicarme que hay mas de lo que se atreve á decir. Tiemblo al recordar las indicaciones que contiene; aunque trataré de disimular mis temores. Sé que yo y los míos, estamos inocentes; y si es la voluntad de Dios, que los delitos de otros se hagan públicos, veneraré sus decretos y me someteré á ellos con resignacion.—Vuestra determinacion es tan prudente como cristiana; cumplamos nosotros con nuestros deberes, y hágase la voluntad Divina.—Además, llevo otra idea tambien en obligar á mis sobrinos á dormir allí; si descubren alguna cosa, vale mas que el secreto quede en poder de mi propia familia; si esto no sucede, pongo á prueba el valor y la veracidad de mis dos sobrinos, de los cuales no tengo formada grande opinion.

Trato de enterarme á fondo de muchas cosas que hé sabido en estos dias, que no les hacen favor ninguno, y si averiguo que realmente son culpables, no quedarán sin su merecido.

Hacedlo, Señor, dijo Oswald; estoy seguro de que el resultado de vuestras investigaciones les confundirá, y entónces podreis restablecer la paz en vuestra casa.

Cuidó Oswald de que en esta conversacion no se le escapase palabra alguna, que pudiera hacerle sospechoso.

Se retiró lo mas pronto que pudo, y dejó al Baron meditando sobre tan raros acontecimientos. Temia éste que su casa se viera amenazada de alguna desgracia, aunque no se figuraba por qué camino pudiera venir.

Comió acompañado de sus hijos y sobrinos, y procuró manifestarse alegre; pero se advertia una sombra de tristeza en todas sus expresiones. Sir Roberto se mostró circunspecto y reservado; Guillermo, silencioso y observador; y todos cariñosos, como debian serlo, con el respetable anciano. Wenlock y Markham eran los únicos taciturnos y abatidos.

Quiso el Baron que no se separasen de él los jóvenes en toda la tarde; pro-

curó distraerlos y distraerse, entreteniéndose con ellos con una ternura verdaderamente paternal, y procurando como siempre ganarse su afecto y gratitud con una bondad sin igual.

Segun se acercaba la noche sentian Wenlock y Markam desfallecer su valor. A las nueve, vino José para conducirlos á la habitacion encantada; se despidieron de su Tio, y trémulos, y casi sin aliento se dirigieron á ella.

Encontraron aquellos aposentos bien preparados, y una mesa cubierta de diferentes manjares y de algunos licores á propósito para darles ánimo.

Me parece, dijo Wenlock, que vuestro amigo Edmundo, os estará muy agradecido por lo bien acomodado que debió estar aqui. — En verdad, contestó José que lo pasó muy mal la primera noche; pero despues ya dió orden mi amo de que se le proporcionáran mas comodidades. — Debidamente sin duda á vuestros buenos oficios.

No lo niego; ni me arrepiento de haberlos hecho. — ¿Tendreis grandes deseos de saber qué le ha sucedido? — Nada de eso; confio que estará sano y salvo. A un jóven tan bueno como él, no puede faltarle proteccion en ninguna parte.

Ya lo ves, dijo Wenlock, á Markham, como ese tuno ha ganado el corazon á todos los criados de nuestro Tio. Apostaria á que este pícaro viejo sabe donde se halla.

Teneis algo que mandarme? dijo José.

No, nada mas. — Es que me ha dicho mi amo que baje al momento que acabe de serviros. — Pues ya os podeis marchar.

Muy contento José de poner fin á la conversacion, se retiró sin hablar mas palabra.

Qué haremos ahora para entretener el tiempo? dijo Wenlock; es cosa muy triste estar aqui solos. — Y tan triste como es. Yo creo, que lo mejor que podemos hacer es, acostarnos y pasar la noche durmiendo. — ¿Qué es lo que dices? Dormir! No me hallo yo de ese humor. ¡Quién se habia de figurar que nos habia de cojer la palabra y hacernos pasar la noche aqui!

Hacedme el favor, Señor mio, de no decir otra vez *nos*; puesto que solo teneis vos la culpa de todo. — Yo no crei que el viejo lo tomára tan al pie de la letra.

Pues no haber hablado tan de ligero.

Yo he sido un tonto que siempre me hé dejado gobernar por ti, y tú sacas el ascua con la mano ajena; pero ya empiezan á conocerte, y creo, que un dia ú otro te

darán lo que mereces. ¿Qué esto? ¿tú también te atreves á insultarme? Sabe, pues, que en este mundo, unos han nacido para disponer, y otros para ejecutar. Yo soy de los primeros, tú de los segundos: conoce á tu primo, ó sinó... — ¿O sinó... qué? replicó Markham. ¿A mí me vienes con esas amenazas? mira que en ese caso... — En ese caso ¿qué sucederá?

En ese caso, caballero, probaremos á ver quien puede mas.

Al decir esto, Markham se levantó y se puso en actitud de defensa.

Viendo Wenlock, que iba tomando un aspecto demasiado sério, quiso apaciguarle, procurando persuadirle y lisonjearle, prometiéndole grandes cosas si se tranquilizaba.

Estaba Markham taciturno; inquieto y resentido. Siempre que hablaba era para acusar á Wenlock de traicion y felonía.

En vano empleó Wenlock toda su elocuencia para disipar su mal humor: le amenazó con decir á su Tio cuanto sabia, y de este modo disculparse acusándole á él.

La cólera de Wenlock empezaba ya á exaltarse; ambos estaban irritados, y al fin se levantaron resueltos á venir á las manos.

En el momento que se preparaban á la lucha, un gemido que oyeron debajo de sus pies les dejó aterrados. Quedaron al parecer petrificados como estátuas. Trémulos y silenciosos, escuchaban casi sin respirar, cuando oyeron otro gemido que aumentó su consternacion; pero llegó esta á su colmo al oír el tercero, y cayeron casi desmayados en sus sillas.

Se abren de repente las puertas: por la que dá á la escalera, se deja ver una luz opaca y vacilante; y un hombre armado de punta en blanco penetra en el cuarto; se para, y con una mano les señala la puerta por donde habian entrado.

No se desentienden de esta insinuacion, ni esperan que se repita. Se precipitan á salir con toda la prontitud que el miedo les permite; cruzan despavoridos la galeria; llegan á la habitacion del Baron; cae Wenlock desmayado, y Markham apenas tiene aliento para llamar.

Pregunta el criado que dormia en la primera pieza ¿quién llama? — Por amor de Dios! dijo Markham, dejadnos entrar. A su voz abre el criado la puerta, y Markham se acerca á la cama de su Tio en tal actitud de espanto, que atemorizó á éste.

Su única esplicacion fué señalar á Wen-

lock, que con dificultad empezaba á recorrer el sentido.

Aturdido y aterrado al mismo tiempo el criado, tira de la campanilla de alarma (1), y á su ruido corren por todas partes sobresaltados los criados hácia el cuarto de su señor. Sus hijos fueron los primeros que llegaron, á pocos momentos. Todo era confusion y espanto en aquella casa, y la consternacion fué general.

Oswald, que sabia cuál podia ser la causa de tal alboroto, fué el único que tuvo aliento para preguntar. Pero... ¿ qué es esto? Qué ha sucedido..?

Varias veces repitió esta pregunta sin recibir contestacion.

(1) *Campanilla de alarma.* Llámase así en Inglaterra una máquina muy sencilla que, por medio de alambres y torniquetes, corresponde á alguna ó todas las puertas de la casa; en cada una de ellas, tiene un muelle que, en caso de abrirla violentamente, se pone en accion causando un ruido semejante al del despertador de un reloj; pero tan fuerte en algunas, que sería bastante á despertar y avisar del peligro, no solo á los habitantes de una casa, sino á los de las inmediatas tambien. — En algunas casas solo tienen la que corresponde á la habitacion de los amos, y la usan en el caso de hallarse amenazados de algun peligro, para que á su ruido acudan todos los criados; y á una de éstas sin duda se refiere la Autora.

Hemos visto al *espectro*; dijo por fin Markham, con voz desfallecida.

Toda reserva fué inútil. Desde entónces, resonó el eco de estas palabras en toda la casa. «*Han visto al espectro!*...» repetían todos con pavor.

Encargó el Baron á Oswald, que hablase á los jóvenes; y procurase calmar aquella agitacion.

Les habló, pues: animó á unos, reconvino á otros; mandó á los criados que se salieran á la antesala, y él se quedó con el Baron y su familia en el cuarto de aquel.

Es una desgracia, dijo Oswald, que una cosa como esta se haya hecho tan pública. Estos caballeros pudieran haber contado lo que hubiesen visto, sin alarmar en tales términos á toda la familia; siento mucho el disgusto que os han causado.

Os lo agradezco; aquí á todos les há faltado la prudencia. Wenlock estaba medio muerto; Markham, medio loco; y el criado, sin saber lo que se hacia, tocó la campanilla de alarma; pero á todo esto sepamos, qué es lo que estos muchachos nos cuentan.

¿Qué es lo que habeis visto caballeros? les preguntó Oswald. — El *espectro* contestó Markham. — Y ¿bajo qué forma se os

ha presentado? — Cubierto de una armadura. — ¿ Os habló? — No señor. — Qué hizo, pues, para aterraros en tal extremo?

Se paró á la puerta del cuarto, y nos señaló con la mano la otra puerta, como mandándonos salir de aquel recinto. — Nosotros no esperamos á que se explicáramas, y obedecimos esta insinuacion lo mas pronto que pudimos. — Os siguió? — No.

Pues en ese caso no era menester tanto alboroto.

Levantó entónces la cabeza Wenlock, y mirando á Oswald, le dijo: yo creo Padre, que tampoco hubierais guardado vos mas ceremonias. Quisiera yo, por lo tanto, que mi Tio os enviára á parlamentar con el espectro; pues sin duda sois mas apropiado para esta empresa, que nosotros.

Señor dijo Oswald, si me lo permitís yo iré á la habitacion, lo dejaré todo arreglado, y os traeré la llave. Esto tal vez contribuirá á disipar los temores que la gente de esta casa ha concebido; al menos haré cuanto esté de mi parte para lograrlo.

Haced lo que querais, Padre; mucho agradezco vuestras buenas intenciones.

Salió Oswald á la antesala. Voy, dijo á los criados, á cerrar la habitacion: esos muchachos se han asustado sin saber de

qué; yo averiguaré qué motivo han tenido para lo que han hecho.

Quién quiere venir conmigo? — Todos permanecieron inmóviles, menos José, que se ofreció á acompañarle.

Entraron en la primera pieza de la habitacion encantada, y todo estaba en el mismo orden que al principio de la noche. Apagaron el fuego y las luces; cerraron la puerta, y se llevaron la llave. — Ya dije yo lo que iba á suceder, dijo José.

Silencio! interrumpió Oswald; sospechan de nosotros; sellad vuestros lábios; dia llegará en que puedan ser útiles nuestras palabras.

Somos testigos, dijo Oswald al Baron al entregarle la llave, de que no hay alteracion alguna en aquellos aposentos — ¿Mandásteis vos á José que os acompañara ó se ofreció él á hacerlo? — Yo pregunté si habia alguno que quisiera acompañarme: ninguno se ofreció sinó él, y por lo mismo crei que debia llevar un testigo, por lo que pudiera ocurrir.

José: ya que habeis servido á Lord Lovel, decidme ¿qué clase de sugeto era? — Un caballero muy completo, sin ofender á nadie. — Le conoceriais si volviéras á verle? — Yo no sé, Señor. — Tendreis incon-

veniente en dormir una noche en la habitación del Este?— Señor...! yo... os suplico... espero... os ruego, que no me mandeis tal cosa. — Luego, teneis miedo?— Y ¿por qué os ofrecisteis voluntariamente á ir?

Porque estaba menos asustado que los demás.

Mucho me alegraría de que pasaseis allí una noche; pero no quiero obligaros.— Señor, yo soy un pobre viejo, un ignorante; y no soy á propósito para tales aventuras: además, supongamos que yo viera al espectro, y que fuese la persona de mi amo, que me dijera cualquier cosa, y me encargara el secreto; yo no me atrevería á revelarlo, y entónces, ¿de qué servía que yo me hubiera quedado en la habitación? — Es verdad, es verdad, dijo su amo.

Este discurso es sencillo y artificioso á la par, dijo Sir Roberto. Se vé por él, que José no es un hombre en quien podemos tener confianza. Respeta mas á Lord Lovel despues de muerto, que á Lord Fith-owen, en vida; le llama su amo, y promete guardar sus secretos. Qué os parece de esto Padre Oswald? — Servís, acaso, al *espectro*? Es él vuestro amo, ó es quizás vuestro amigo? Os creéis en la obligacion de guardar sus secretos? — Señor, contestó Oswald, repito

lo mismo que ha dicho José: primero me dejaría arrancar la vida, que hacer traición á un secreto; tanto mas, habiéndome sido revelado de ese modo.

Eso ya me lo figuraba yo, dijo Roberto. Hay un misterio en la conducta del Padre Oswald, que no puedo comprender.

No hagas insinuaciones contra el Padre, dijo el Baron, puesto que yo no tengo queja alguna de él. Quizás ese misterio se descubra demasiado pronto; pero, no anticipemos los males. Oswald y José han hablado como hombres de bien, y yo estoy satisfecho de sus contestaciones.

Descansemos en nuestra conciencia, pues de nada tenemos que acusarnos: procuremos restablecer la paz en nuestra casa, y para esto, Padre Oswald, contamos con vuestro auxilio.

Con el mayor placer contribuiré á ese objeto, dijo Oswald; y haciendo entrar á los criados, cuidado, les dijo, que no se llegue á saber fuera de casa, nada de lo que acaba de pasar en ella, respecto de la habitacion del Éste.

Los jóvenes se han asustado sin motivo; la caída de alguna cosa que estaba colgada en la pared, en la habitacion baja, oca-

sionó el ruido que tanto les aterró ; pero os aseguro que no hay nada que temer, y que en la habitacion reina la tranquilidad y el silencio mas completos.

Reunios todos conmigo dentro de una hora, en la capilla , á rezar vuestras oraciones acostumbradas; poned vuestra confianza en Dios ; obedeced á vuestro amo, cumplid todos con vuestros deberes , y vereis como siguen los acontecimientos su órden , hasta llegar á un fin dichoso.

Ya empezaba á amanecer, y con la luz del dia volvieron todos á sus respectivas ocupaciones , aunque no completamente satisfechos.

Cuchicheaban los criados entre sí , y, esto no puede ser bueno, se decian unos á otros ; aquí hay gato encerrado , Dios sabe en lo que vendrá á parar , repetian continuamente , deseosos de que llegase el momento de rasgarse el velo que cubria este misterio.

La imaginacion del Baron se ocupaba tambien exclusivamente de lo mismo: meditaba sobre las ocurrencias anteriores, que le parecian precursoras de grandes acontecimientos. Se acordaba con frecuencia de Edmundo; le afligia su ausencia ; se lamentaba de lo incierto de su suerte;

pero en medio de tantas inquietudes, se presentaba delante de su familia tranquilo y contento al parecer.

Desde la partida de Edmundo, tenia la hermosa Ema, muy pocos momentos de reposo. Deseaba preguntar por él, y no se atrevia temiendo manifestar demasiado interés. Un dia que entró Guillermo en su habitacion, se determinó por fin, á decirle: Dime, hermano mio, ¿sabes tú qué se ha hecho de Edmundo? — No lo sé, contestó, dando un suspiro; mas ¿por qué me lo preguntas á mí? — Por qué, mi querido Guillermo? Porque creo que si alguien lo ha de saber, eres tú. Además, me parece que te amaba demasiado para alejarse de tí sin darte alguna noticia de su suerte. Dime, ¿no te parece que desapareció del castillo de un modo singular? — Es cierto, mi querida Ema; todas las circunstancias de su fuga, son misteriosas. Sin embargo, (te confiaré un secreto) no abandonó el castillo sin hacer una distincion en mi favor.

Ya estaba yo bien persuadida de eso; pero puedes decirme cuanto sepas de él

¡Ay hermana mia! No sé nada; la última vez que le ví me pareció que estaba muy enternecido; parecia que se des-

pedia de mi para siempre, y mi corazón me anunciaba, que no volvería á verle en mucho tiempo. — Ah! Otro tanto sucedió á tu hermana, cuando se despidió de mí en el jardín. — Cómo! ¿se despidió de ti, Ema? — Ésta se puso muy encarnada, y no se atrevia á contestar, temiendo contarle todo lo que habia pasado en su última entrevista; pero Guillermo la suplicó tanto, instó con tal vehemencia, que al fin la persuadió; y bajo las mas solemnes protexas de guardar el secreto, le contó cuanto habia sucedido.

El modo de proceder Edmundo en esa ocasion, fué tan misterioso, dijo Guillermo, como todo lo demás. Ahora bien; ya que me has revelado tu secreto, tienes un derecho á esperar igual confianza de mi parte.

La mostró entónces la carta que habia hallado sobre su almohada, la cual leyó Ema con la mayor agitacion. — ¡ Dios nos ilumine! exclamó: ¿cómo podemos entender esto? — « El plebeyo Edmundo; no existe; pero en su lugar vive uno »... Esto sin duda quiere decir ( á mi parecer ) que Edmundo vive, pero no es plebeyo. — Adelante, hermana mia; sigue, que no me parece mal tu modo de interpretar.

No, Guillermo, es decir, lo que á mí me parece, y nada mas. Pero dime, ¿qué es lo que tú infieres de esto? — Yo creo, que estamos acordes en muchas cosas; que el amigo que te recomendó era él mismo; y te digo francamente, que si su nacimiento correspondiera al nuestro, le preferiria á un Principe, para esposo de mi Ema.

Qué es lo que dices? y te parece posible que nos iguale en nacimiento Edmundo? — Es difícil poner límites á lo posible. Tenemos pruebas de que la habitacion del Éste encierra algun misterio; allí fué donde sin duda supo Edmundo muchos secretos que ignoramos, y tal vez su propia suerte se halle enlazada con la de otros.

Estoy persuadido: de que la causa de su partida, fué lo que vió y oyó en aquella habitacion. Esperarémos con paciencia el desenlace de este complicado drama. Creo inútil el encargarte que seas reservada en cuanto á lo que te he dicho. Tu propio corazon es la mejor garantia.

Qué quieres decir con eso, hermano mio? — No afectes esa sencillez, Ema; tú amas á Edmundo: yo le amo tambien; no es cosa de que debes sonrojarte. Hu-

biera sido muy extraño , que una jóven de sano juicio y talento despejado, como eres tú , no hubiese sabido distinguir un cisne , entre una multitud de gansos. — ¡ Ah mi querido Guillermo ! Te suplico que no dejes escapar ni una sola palabra sobre esto ; empero debo decirte , que has aliviado mi alma de un gran peso. Puedes estar seguro , de que jamás dispondré de mi corazon, ni de mi mano , sin haber visto antes el resultado de estos acontecimientos. — Conserva uno y otro para el amigo de Edmundo, dijo Guillermo , sonriéndose ; ojalá lleguemos á verle en situacion de reclamarlos. — Calla Guillermo , no hablemos mas ; me parece que oigo pasos.

Asi era , pues venia Roberto á buscar á su hermano para salir á paseo, lo que puso fin á tan interesante conferencia.

Desde aquel dia , tenia la hermosa Ema cierto aire de satisfaccion ; y muchas veces tambien se apartaba Guillermo de sus compañeros , para hablar con su hermana de su tema favorito.

Mientras todo esto ocurría en el castillo de Lovel, Edmundo y su compañero Juan Wyatt, caminaban hácia la hacienda de Sir Felipe Harclay. En sus conversa-

ciones durante el viaje, descubrió Edmundo en Wyatt, un hombre de talento poco comun, aunque no cultivado; conoció tambien que amaba mucho á su amo, y que su respeto hácia él rayaba en veneracion; y supo además muchos pormenores acerca de tan respetable caballero. Le dijo que Sir Felipe, mantenía doce soldados que habian quedado mutilados en campaña, y no tenían recurso alguno, además de seis oficiales, que poco afortunados, habian llegado á una edad avanzada sin ascender. Habló tambien del caballero Griego, prisionero y amigo de su amo, y se le pintó como un hombre eminente por su valor y su virtud. Además de estos, dijo Wyatt, hay otros muchos que comen el pan de mi amo, y que se reunen para pedir por él al Todo-poderoso, y colmarle de bendiciones. Sus oídos están siempre prontos á escuchar al desgraciado, y su mano para aliviar al menesteroso; y participa de las satisfacciones y felicidad de todo hombre honrado.

Qué reputacion tan gloriosa! exclamó Edmundo: mi corazon arde en deseos de imitar á ese hombre respetable. Ah! Si yo pudiera seguir sus huellas aunque fuera á gran distancia!

No se cansaba Edmundo de oír repetir las acciones de este hombre verdaderamente grande, ni Wyatt de contarlas; y en los tres días que duró su viaje, hubo pocos intervalos en su conversacion.

Al cuarto día llegaron á dar vista á la casa: entónces el corazón de Edmundo empezó á sugerirle dudas acerca del modo con que sería recibido. Si no me recibiera bien Sir Felipe, decía, si estuviera resentido de la indiferencia que ha visto en mí, y me desconociese, no haría mas que justicia á mi modo de proceder con respecto á él.

Hizo adelantar á Wyatt, para que anunciase su llegada á Sir Felipe, mientras él en la mayor ansiedad se quedaba á la puerta atormentado por la mas penosa incertidumbre.

Todos sus compañeros salieron á dar la bienvenida á Wyatt, y le recibieron con la mayor cordialidad.

Á dónde está el amo? les preguntó. En la sala baja. —¿Está con visitas?—No; está solo con los de casa. —Pues voy á verle.

Juan, le dijo el caballero al verle entrar, bien venido seas; ¿cómo están tus padres y toda tu familia? — Todos están

buenos, á Dios gracias; y me han encargado que os dé muchas, muchas espresiones, y os diga, que todos los dias piden á Dios por vos en sus oraciones, y que lo harán así mientras vivan. — Supongo que en los dias que yo he estado fuera, mi querido amo no habrá tenido novedad en su salud? — Ninguna, Juan, estoy muy bueno, gracias á Dios! — Pero, Señor, yo tenia que deciros una cosa: he traído un compañero de viaje; un sugeto, que segun dice, tiene que hablaros de asuntos muy interesantes. — Y ¿quién es ese sugeto? — Es Edmundo Twiford, el del castillo de Lovel. — El jóven Edmundo! exclamó Sir Felipe sorprendido; y ¿dónde está? — A la puerta de la casa. — ¿Y por qué no le has hecho entrar? — Porque quiso que me adelantára á anunciaros su llegada, y deciros que espera vuestras órdenes. — Que entre al momento; dile que tendré muchísimo gusto en verle.

Corrió Juan á cumplir el mandato de su amo, y Edmundo, turbado y silencioso, le siguió á la presencia de Sir Felipe. Hizole un respetuoso saludo al entrar en la sala, y se detuvo; pero Sir Felipe le alargó la mano, mandándole acercarse.

Tremulo y agitado Edmundo, se echó

á sus pies, sin proferir palabra; estrechó la mano del caballero entre las suyas, la arrimó á sus labios, y despues á su corazon. — Seais muy bien venido, le dijo Sir Felipe; tranquilizaos, amigo mio, y hablarme con franqueza. Procuró Edmundo serenarse, y aunque con dificultad, habló por fin en estos términos.

He venido á buscaros, respetable caballero, para echarme á vuestros pies, é implorar vuestra proteccion. Despues de Dios, sois mi única esperanza, mi único apoyo.

Mi corazon se regocija, al veros jóven Edmundo: estais hecho un buen mozo; y no dudo que los dotes de vuestra alma habrán llegado á igual grado de perfeccion, que los personales con que os há favorecido naturaleza. Hé oido hacer grandes elógios de vos á varios que os han conocido en Francia. Tengo presente la promesa que os hice, algunos años ha; estoy pronto á cumplirla, siempre que no hayais hecho cosa alguna que os haga desmerecer la buena opinion que desde luego formé de vos; y no vacilaré en servirlos en todo cuanto las leyes del honor me permitan.

Edmundo besó la mano de Sir Felipe, y

dijo: acepto vuestro favor en esos mismos términos; y arrojadme de vuestra casa ignominiosamente, si llegára algun dia á abusar de vuestra bondad ó burlarme de vuestra credulidad. — No se hable mas de eso, dijo Sir Felipe; levantáos pues, y dejadme que os dé la bienvenida entre mis brazos.—Ay Señor! exclamó Edmundo; lo que tengo que decir debe causaros gran sorpresa: pero es menester que estemos solos para hablar de sucesos, de cuya revelacion solo el Cielo puede ser testigo.

Pronto estoy á escucharos, dijo Sir Felipe; pero primero tomareis algun alimento, que despues de vuestro viaje os hará falta, y luego volvereis aquí. Juan os servirá; id pues. — No tengo gana de tomar cosa alguna; y desearia cuanto antes informaros del objeto de mi venida. — Sea en buen hora, dijo el caballero; venid pue. Tomó al jóven por la mano y le llevó á otro cuarto, dejando confusos á sus amigos, sin saber qué pensar de la venida del desconocido. Juan les contó cuanto sabia del nacimiento, carácter y situacion de Edmundo.

Solo ya el jóven con Sir Felipe, le contó sucintamente las principales circuns-

tancias de su vida , desde la primera vez que éste le vió , y le cobró tanto afecto hasta su vuelta de Francia. Desde aquella época refirió muy pormenor todo cuanto habia sucedido , deteniéndose particularmente en aquellas circunstancias mas interesantes , que estaban grabadas en su corazon con fuertes é indelebles caractéres.

Muchas veces se enterneció Sir Felipe durante esta relacion ; alzaba las manos al Cielo , se golpeaba la frente, suspiraba y prorrumplia en exclamaciones que no podia contener: cuando llegó Edmundo á contar su sueño , casi no respiraba. Fijas en él sus miradas, parecia querer devorar sus palabras ; al oír la descripcion del fatal gabinete , tembló, suspiró, sollozó, y su alteracion fué extrema; pero cuando llegó á contar su entrevista con la que le habia criado ; y por fin , cuando presentó las alhajas , pruebas de su nacimiento , y del fin desastroso de su desgraciada madre , le estrechó enajenado entre sus brazos , y procuró hablar ; pero durante algunos minutos no le fué posible. Lloraba sin proferir palabra , hasta que al fin prorrumplió en exclamaciones interrumpidas por los sollozos.

Hijo de mi amigo mas querido ! decia, vástago único y precioso de tan ilustre familia ! hijo de la Providencia ! protegido del Cielo ! Seas bien venido. Si , mil veces bien venido , á mis brazos ! á mi corazon ! Yo te serviré de Padre desde este momento ; y tú , tú serás mi hijo querido , mi heredero. Mi corazon me lo anunció luego que te vi por primera vez, que eras la imájen de mi amigo ; te reconoció como único resto de su noble estirpe, presentía que habia de llegar un dia en que yo fuera tu protector.

Hubiera querido tenerte á mi lado desde entónces , pero el Cielo que ordena los acontecimientos para nuestro bien , te tenia destinado á servir de instrumento para descubrir tales misterios , y á su debido tiempo te condujo á mis brazos. Dios sea bendito , por el cuidado que tiene de los hijos de los hombres. Todo cuanto te ha sucedido , es obra suya , y no la dejará sin concluir. Yo creo ser el elegido para imponer el castigo al culpado , y reponer al huérfano de mi amigo en posesion de sus títulos y bienes. Me dedicaré desde ahora á cumplir con este deber , y será el objeto de todos mis afanes el conseguirlo.

Entregóse Edmundo á los mas vehementes trasportes de júbilo y agradecimiento, y pasaron algunas horas preguntando el uno, y dando el otro esplicaciones, ó repitiendo todos los pormenores de su interesante historia, sin apercibirse del tiempo que volaba. El cuidadoso Juan Wyatt, temiendo que hubiera ocurrido alguna cosa que pudiera causar pesar á su querido amo, les interrumpió por fin.

Señor, dijo, dando un golpecito á la puerta, ya es muy de noche, ¿traeré una luz? — La del Cielo es la única que necesitamos, dijo Sir Felipe; no sabia si era de dia ó de noche. — Supongo que no habrá sucedido ninguna desgracia... que no habreis recibido ninguna mala noticia... es decir que... que... en fin... pero no quisiera ofenderos con mis preguntas.

Nada de eso, contestó su amo, nada de eso; te doy las gracias por tu cuidado; es verdad que he sabido cosas que me afligen; pero tambien he sabido otras que me han causado sumo placer. Además, las tristes pasaron ya, y las que me causan alegría existen aún.

Gracias á Dios, exclamó Juan, mucho recelaba que tuviéseis alguna pesadum-

bre. — Gracias, mi fiel criado, gracias! ¿Ves este jóven? pues desde ahora quiero que te dediques á servirle; es tu amo, y quiero ver una prueba del cariño que me tienes, en el que le manifiestes á él.

Señor, dijo Juan, con el tono de la mayor amargura: ¿Qué falta he cometido para que me despidais? — No te despido Juan, no; por eso no dejarás de servirme. — ¡Ay Señor! mejor quisiera que me matárais, que verme echado de vuestra casa.

Y yo, hijo mio, te aprecio demasiado para separarte de mí; pero sirviendo bien á mi amigo, me darás la mayor prueba de tu lealtad. Sabe, pues, que este jóven es mi hijo. — ¡Vuestro hijo! — Sí; al menos es mi pariente, mi hijo adoptivo, mi heredero. — Y ¿vivirá con vos, Señor? — Sí, y espero morir en sus brazos. — Siendo así le serviré con el alma y la vida; y haré cuanto pueda para complacer á mis dos amos.

No olvidaré nunca tu sincero cariño y tu lealtad, Juan; y tengo formado tal concepto de tí, que te revelaré algunas circunstancias acerca de este caballero, que le dén un derecho á tu respeto. — Me basta saber que vos le tratais con tan-

ta consideracion, para respetarle como á vos mismo. — Bien dicho; pero cuanto mas le conozcas le mirarás aún con mayor veneracion; por ahora me contentaré con sacarte de un error.

Sin duda le crees hijo de Andrés Twiford? Y ¿no lo es? interrumpió con viveza Juan. — No por cierto; su mujer le crió, y ha pasado por hijo suyo. — Y ¿lo sabe el viejo Twiford? — Sí, lo sabe; y algun dia dará testimonio de esta verdad. Es hijo de mi íntimo amigo, pertenece á una clase aún mas elevada que la mia, y así debes servirle y respetarle. — Así lo haré por cierto; pero para saber cómo he de llamarle, decidme, Señor, su nombre. — Eso lo sabrás mas adelante; ahora trae una luz y pasaremos á la sala.

Este es un punto, dijo Sir Felipe luego que quedaron solos, que debemos tomar en consideracion, y determinar inmediatamente: es menester que tomeis un nombre supuesto, hasta tanto que podais usar el de vuestro padre; para que cuánto antes dejéis el del hombre á quien hasta ahora habeis llamado así; y tomeis en su lugar otro mas ilustre. — En eso, como en todo, me someto gustoso á lo que que vos dispongais.



Pues desde ahora os doy el nombre de Seagrave, que es el de la familia de mi madre; y así diré que sois un pariente mio.

Volvió Juan con la luz, y Sir Felipe se dirigió á la sala, llevando á Edmundo por la mano. Amigos míos, dijo al entrar: este caballero es Edmundo Seagrave, hijo de un pariente y amigo mio, muy querido; siendo niño se perdió, y una pobre mujer le recojió y le crió por caridad; y hace poco tiempo que ha vuelto al seno de su familia. Ya sabreis todas las circunstancias de esta historia; baste por ahora decir que se halla bajo mi cuidado y protección; y que estoy decidido á emplear todo mi poder y valimiento para verle en posesion de sus bienes, que en la actualidad disfrutá el usurpador que fué causa de su desaparicion, y de la muerte de sus padres. Recibidle como mi pariente y amigo: Zasky, sed vos el primero en abrazarle. Que desde este momento os vea ya unidos por un cariño fraternal; cumplid, pues, este deseo de mi corazon, en obsequio mio; luego que os háyais conocido mejor, no necesitareis mas que este mútuo conocimiento, para amaros con ternura.

Todos se levantaron, abrazaron á Edmundo, y se congratularon con él.—Ami-



go mio, le dijo Zadisky, por grandes que hayan sido las desgracias y padecimientos que hasta ahora hayais sufrido, dadlos ya por terminados desde el momento que empezais á gozar de la proteccion y amistad de Sir Felipe Harclay. — Tan persuadido estoy de eso, contestó Edmundo, que mi corazon disfruta de una felicidad que le ha sido totalmente desconocida hasta este momento; y parece prometerme ver realizados mis mas ardientes votos, para lo sucesivo: su amistad es sin duda precursora de todas las felicidades que el Cielo me prepara.

Cenaron todos con la mayor alegria y franqueza, en particular Edmundo, que hacia mucho tiempo no habia disfrutado momentos de tanta satisfaccion. Sir Felipe le observaba, y su generoso corazon se complacia al ver reanimarse el semblante de su jóven amigo. — Cada vez que te miro, le decia, me parece que veo á tu padre; sí, eres el mismo á quien yo amaba tanto, veinte y tres años hace. ¡Qué placer tan grande para mí, el verte en mi casa! Vé, hijo mio, vé, á acostarte temprano, que mañana tenemos mucho que hablar. Retiróse Edmundo á su cuarto y pasó la noche en un sueño tranquilo y sosegado.



A la mañana siguiente se levantó, y con semblante alegre fué á saludar á su protector; á poco rato se les reunió Zadisky, el cual desde luego manifestó el mayor cariño y consideracion al jóven, ofreciéndole al mismo tiempo su amistad en los términos mas sencillos y sin afectacion alguna. Con la misma naturalidad la aceptó Edmundo, y libre ya de las fastidiosas trabas de la etiqueta, empezó á desplegar su amante carácter. Almorzaron juntos, y despues Sir Felipe y Edmundo, salieron solos á dar un paseo.

No he podido dormir anoche pensando en tus aventuras, dijo Sir Felipe. He formado mil planes, y en seguida los he desechado: antes de que empecemos á obrar, es menester que nos fijemos en uno. ¡Qué se hará con este pérfido pariente! Mónstruo inhumano! asesino de su propia sangre! Arriesgaría con gusto mi sangre, mi vida, y todos mis bienes, por hacerle sufrir el castigo que merece. ¿Qué haré? Iré á la córte y pediré justicia al mismo Rey? O le acusaré de asesinato, y le haré juzgar públicamente? Si le trato como Baron, tiene que ser juzgado por sus iguales; si como un particular, le juzgarán en el tribunal del condado; pero es necesario para

esto probar primero los motivos que hay para que sea degradado de su título. ¿No te ocurre en este apuro algún medio de salir de él?

Ninguno; solo os diré, que lo que deseo es que se maneje este triste asunto, dándole la menor publicidad posible, en obsequio de mi respetable bienhechor, el Lord Fith-wen, sobre quien no puede dejar de recaer alguna parte del deshonor de la familia, y sería esto corresponder muy mal á sus beneficios, y á la bondad con que me ha tratado. — Esa consideracion te honra mucho y es muy justa, pero debes aún mas á tus padres, victimas de un traidor. — No obstante; aún nos queda otro camino, de que no he hecho mencion hasta ahora. Yo desafiare al traidor, y si tiene valor para responder á mi reto, en el campo le haré sufrir el castigo de sus crímenes. Si no le acusaré públicamente ante los tribunales.

Eso no, exclamó Edmundo, habeis invadido el terreno que á mi solo pertenece. ¿Cómo podría yo ver á mi digno, á mi generoso amigo, exponer su vida por mí y permanecer frio espectador de semejante escena? — No, jamás; sería indigno del nombre de ese amigo cuya muerte tanto

lamentais. A su hijo corresponde vengar su muerte y castigar al asesino. — Yo le retaré, y no otro alguno. — Y te parece que él hará caso del desafío de un jóven desconocido que dice tener derecho á su nombre y título? No por cierto; dejáme hacer, yo buscaré el medio de obligarle á venir á una entrevista en casa de un sugeto bien conocido de todos nosotros, y allí tendremos quien dé testimonio de cuanto pase entre él y yo. Combinaré el tiempo, sitio y modo, procurando poner á salvo las consideraciones que tu delicadeza te sujere. Quiso Edmundo contestar, pero Sir Felipe le impuso silencio, diciéndole que le dejase arreglarlo á su modo.

Le llevó á ver toda la posesion, haciéndole observar cuanto en ella habia digno de verse; le esplicó todos los pormenores de su economia doméstica, y volvieron á casa á la hora de comer.

Pasaron algunos dias concertando el modo de traer á Sir Walter al punto de que se trataba, estrechando entre tanto mas y mas su amistad, y ganándose la confianza reciprocamente. Tanto era el cariño que Edmundo inspiró á su amigo y bienhechor, que le declaró delante de sus amigos y

criados , su hijo adoptivo y su heredero, encargándoles le respetasen como tal. Cada dia era mas querido de todos, y llegó á ser el idolo de la familia.

Despues de las mas maduras reflexiones , formó por fin Sir Felipe su plan , y empezó á ejecutarle. Se puso en camino para casa de Lord Clifford , acompañado de Edmundo, Zadisky y dos criados, Lord Clifford , les recibió con la mayor distincion.

Sir Felipe presentó á Edmundo á Lord Clifford y á su familia, como un pariente suyo , y su inmediato heredero. Pasaron aquel dia entregados á los placeres de la sociedad y de una reciproca amistad, y al siguiente, explicó Sir Felipe á Lord Clifford, el objeto de su viaje. Le dijo , que tanto él como su jóven pariente , habian sufrido grandes ofensas del actual Lord Lovel, de las cuales estaban decididos á pedirle satisfaccíon ; que por muchas razones deseaban que personas respetables presenciasen lo que pudiera ocurrir ; y que esperaban de su amistad que no se negaria á ser el primero de estos testigos. Lord Clifford , le agradeció esta prueba de confianza, y suplicó á Sir Felipe le permitiese mediar para reconciliarlos. Aseguró

le éste, que las ofensas recibidas eran tales, que no admitían reconciliación, y que antes de mucho se convencería de esto mismo; pero que no le daba más explicaciones hasta saber si Lord Lovel admitía ó no su desafío; pues si se negaba á él, tendría que conducirse de diferente modo.

Bien hubiera querido Lord Clifford penetrar los motivos de este duelo; pero Sir Felipe no quiso entrar en explicación alguna por entonces, prometiéndole solamente dársela muy completa á su tiempo. Envió, pues, á Zadisky, acompañado de Juan Wyatt, y un criado de Lord Clifford, con una carta para Lord Lovel, cuyo contenido era como sigue.

« Milor Lovel : »

« Sir Felipe Harclay, tiene el mayor interés en veros en casa de Lord Clifford, donde piensa pedir os cuenta de los crímenes cometidos por vos contra vuestro primo, el difunto Arturo Lord Lovel; si aceptais este desafío, Lord Clifford podrá ser testigo de él y juez de su causa; sinó le aceptais, se os hará conocer públicamente como traidor y cobarde.»

Responded , pues , á esta carta , y se os hará saber entónces el tiempo , modo y lugar donde hallareis á vuestro adversario.»

« Felipe Harclay » ,

Presentó Zadisky la carta á Lord Lovel , anunciándose al mismo tiempo , como el amigo íntimo de Sir Felipe .

La lectura del billete le causó al principio sorpresa y confusion ; pero recordándose despues , yo no sé , dijo con aire orgulloso , cosa alguna acerca de los hechos á que este billete alude sin duda : sin embargo , descansad algunas horas , y llevareis la contestacion . Dispuso que se le tratára con toda la finura que correspondia á un caballero , pero evitó su compañía , porque el Griego tenia pintada en su semblante la sagacidad , y con sus penetrantes miradas seguia todos los cambios de la fisonomia de Lord Lovel .

Al dia siguiente le entregó éste la respuesta al billete de Sir Felipe , disculpándose repetidas veces , de que sus ocupaciones no le hubieran permitido acompañarle , mientras habia estado en su casa . Volvieron , pues , los portadores del

mensaje, y Sir Felipe leyó en alta voz lo que sigue.

« Lord Lovel, ignora absolutamente los crímenes de que se le acusa, y que se dice haberse cometido contra el difunto Arturo Lord Lovel, á quien sucedió en el título como su legitimo heredero. No reconoce tampoco en Sir Felipe Harclay derecho alguno para pedir cuenta de su conducta, á un hombre á quien es así desconocido; pues solo recuerda haberle visto una vez en casa de su tio, el anciano Lord Lovel; sin embargo, no permitirá jamás, que haya un hombre que impunemente ponga en duda su honor y buena reputacion. Así, pues, está pronto á responder á Sir Felipe Harclay, en el sitio, tiempo y manera que elija, yendo acompañados ambos de igual número de amigos y dependientes de su casa, para que pueda juzgarse con razon y justicia.

Lovel.

Esto está bien, dijo Sir Felipe, cuando acabó de leer la carta; me alegro de que tenga valor para hacerme frente; es un enemigo digno de mi espada. Propuso entonces Lord Clifford escribir al Gobernador de la frontera de Escocia, pidiéndole

los autorizase para pasar á su jurisdiccion y verificar allí el duelo en presencia de algunos amigos de ambos contendientes. Aprobó Sir Felipe esta idea, y Lord Clifford escribió á Lord Graham, pidiéndole el permiso que deseaba, y que le fué concedido inmediatamente, con solo la condicion de que el número de personas que les acompañase no fuera excesivo.

Hizo Lord Clifford saber al desafiado esta condicion y el tiempo y lugar en que encontraría á su adversario, anunciándole al mismo tiempo; que él era el elegido para juez del combate. Lord Lovel dijo que estaba conforme con la eleccion, y que no faltaria á la cita. Dieron el mismo aviso á Lord Graham, que dió al momento las disposiciones necesarias para cercar el terreno destinado á la lid, y que todo estuviese dispuesto para el dia señalado.

Ocupóse Sir Felipe entre tanto en arreglar sus propios asuntos; enteró á Zadisky muy pormenor de todas las circunstancias de la historia de Edmundo, diciéndole que se creia en la obligacion de vengar á su amigo, y reponer á su heredero en el goce de sus derechos. Zadisky abrazó la misma idea con una vehemencia que no

dejaba duda del amor que tenia á su amigo. ¿Qué, decía, no me permitiréis batirme con ese malvado? — Vuestra vida vale demasiado para arriesgarla contra la suya. Estoy persuadido de que la justicia de vuestra causa ha de triunfar; pero sinó sucediera así, juro vengaros. No, no se ha de librar de los dos; espero, sin embargo, que vuestro brazo ha de ser instrumento de la justicia Divina.

Envió Sir Felipe á buscar un Escribano, dispuso su testamento, declaró á Edmundo su único heredero, con el nombre de Lovel (álias Seagrave) conocido tambien con el de Twifford: ordenó en él, que se siguiese manteniendo hasta la muerte como hasta entónces, á sus antiguos amigos, á sus soldados y á sus criados. Dejaba á Zadisky una pension de cien libras esterlinas al año, y una manda de doscientas; otras cien libras á un monasterio; igual suma para distribuirla entre soldados licenciados, y otra igual entre las personas indigentes de aquella comarca. Nombró á Lord Clifford su testamentario, y le entregó su última voluntad, recomendando encarecidamente Edmundo á su proteccion y amistad.

Si yo vivo cuidaré de que aparezca

digno de uno y de otro dijo, y si muero, necesitará un amigo.

Mi deseo es, que como juez del combate, no os dejes preocupar á favor de una ni de otra parte, sinó que juzgueis imparcialmente. Si yo muero, mueren conmigo las pretensiones de Edmundo; pero mi amigo Zadisky os explicará todos los motivos en que se fundan.

Tomo estas precauciones, porque para todo debo estar preparado; pero mi corazón late con mejores esperanzas; viviré, no hay duda, para justificar mi propia causa y la de mi amigo, que es persona de mas importancia que lo que parece en el dia.

Aceptó Lord Clifford el depósito que se le confiaba, y expresó una confianza ilimitada en el honor y veracidad de Sir Felipe.

Mientras de este modo se iba preparando el grande acontecimiento que habia de decidir de la suerte de Edmundo, sus enemigos en el castillo de Lovel, tenían que avergonzarse del modo con que le habian tratado.

Las desavenencias entre Wenlock y Markham, habian dado gradualmente una explicacion de mucha parte de su conduc-

ta. Varias veces habia dirigido el padre Oswald algunas insinuaciones al Baron, acerca de la envidia que las brillantes cualidades de Edmundo habian hecho nacer en el pecho de Wenlock, y las arterias de que éste se habia valido para conseguir tal influencia sobre Roberto, que siempre le habia tenido de su parte.

Aprovechó Oswald el primer rompimiento que hubo entre los dos principales incendiarios, para persuadir á Markham á justificarse á espensas de su primo, revelando todo cuanto supiese de sus perfidias. Prometió aquel por fin, decir si se le preguntaban, cuanto supiera de la conducta de Wenlock, tanto en Francia como despues de su regreso; y por este medio se prometió Oswald poner en claro todas sus maquinaciones contra el honor, los intereses, y aún la vida de Edmundo.

Consiguió de Hewson y su compañero Kemp, que añadiesen tambien su declaracion á la de Markham. Decia Hewson, que le remordia la conciencia cuando reflexionaba la crueldad é injusticia con que habia tratado á Edmundo, cuya conducta para con él, despues de haber tendido un lazo tan pérfido contra su vida ha-

bia sido tan noble y tan generosa, que le habia traspasado el corazon, y habia despertado en él tales remordimientos, que nada deseaba tanto como hallar una ocasion de alijerar este peso que le abrumaba; pero que el temor de Wenlock y de los efectos de su resentimiento, le habian hecho callar hasta entónces, siempre con la esperanza de que llegaria algun dia en que pudiera ser útil á Edmundo, declarando la verdad.

Dióle Oswald noticia de todo esto al Baron, el cual esperó una ocasion oportuna para hacer uso de todos estos datos.

No pasó mucho tiempo sin que los dos revoltosos vinieran á un total rompimiento: amenazó Markham á Wenlock, diciéndole que haria conocer á su tio la vivora que abrigaba en su seno.

No dejó pasar el Baron estas palabras; insistió en que le dijese cuanto sabia, añadiendo: si dices la verdad, yo seré tu defensor; pero el castigo mas severo te aguarda si echas mano de la impostura. A Wenlock se le formará sumaria, y si salen ciertas todas las acusaciones que han llegado á mis oidos, ya es tiempo de que te arroje de mi casa. Despues con aspecto grave y lleno de dignidad, les mandó se-

guir al salon, y que alli se reuniera toda la familia.

Luego que estuvieron reunidos, les dirigió la palabra, diciéndoles, que se hallaba pronto á examinar detenidamente la cuestion de que se trataba, y á oir cuanto tuvieran que decir los interesados en ella.

Hizo una sucinta relacion de las noticias que tenia, é invitó á los acusadores á sostener lo que habian declarado.

Hewson y Kemp, repitieron lo mismo que habian dicho á Oswald, ofreciéndose á jurar la verdad de sus aserciones. Otros varios criados añadieron algunas circunstancias que habian llegado á saber.

Markham tomó tambien la palabra y habló de todo; hizo una relacion circunstanciada de cuanto habia ocurrido en la noche que estuvieron en la habitacion misteriosa; se acusó á sí mismo de haberse prestado á las viles intrigas de Wenlock; se llamó necio y atolondrado, por haber sido ciego istrumento de su maligno carácter; y concluyó pidiendo perdon á su Tio por habérselo ocultado tanto tiempo.

Dijo el Baron á Wenlock, que contestase á estos cargos; pero él en vez de contestar prorrumpió con el mayor furor en

horribles imprecaciones; juró, amenazó, y por último lo negó todo.

Ratificaronse los testigos en sus declaraciones, y Markham pidió que le permitiesen revelar la causa por la que todos, hasta entónces, habian temido desagradar á Wenlock.

Les ha hecho creer, dijo, que es el elegido para yerno de su Tio, y asi, suponen que es el favorito, y no se atreven á disgustarle.

Me parece, dijo el Baron, que no me será tan difícil hallar un marido para mi hija, que haya de elegir un hombre como él. Una sola vez me indicó semejante idea, y no podrá él decir que vió en mí la menor señal de aprobacion. Hace mucho tiempo, que descubria yo en él alguna cosa que no me agradaba; pero jamás pude creerle de tan villano carácter; no es extraño que con tanta frecuencia se alucinen los príncipes, cuando yo dentro del estrecho circulo de mi propia familia, he sido tan bajamente engañado. ¿Qué te parece Roberto?

Yo, padre mio, me he dejado engañar aún mucho mas que vos; y os aseguro que me avergüenzo de mi propia credulidad.

Basta, hijo mio; una confesion franca, es prelude de la enmienda.

Ahora conoces, que el hombre mas perfecto está sujeto á equivocarse. Los artificios de este malvado, han causado desavenencias entre nosotros, y han hecho huir de esta casa á un jóven excelente, para ir, ¡ Dios sabe á dónde! Pero no gozará por mucho tiempo de su triunfo; sabrá por experiencia lo que es el verse arrojado de la casa de su protector.

Hoy mismo marchará á casa de su madre: yo la escribiré de modo que la haga entender que estoy ofendido; pero sin expresar la clase de ofensas que me ha hecho; asi le dejaré en proporcion de recobrar la buena opinion de su familia, y esto puede ser un estímulo para que en lo sucesivo no haga mas daño. ¡ Dios quiera que se arrepienta y se enmiende!

Tambien Markham merece castigo, pero no en igual grado.— Es cierto, dijo éste, y me someteré al que querais imponerme.

Saldrás de mi casa por algun tiempo; pero él saldrá para siempre.

Te enviaré lejos de aqui, te encargaré de un negocio en el cual podrás hacerme un gran servicio, y adquirir buena opi-

nion. Roberto, ¿tienes que oponer alguna objecion á mi sentencia? — Señor, dijo éste, estoy tan convencido de mi debilidad, y de vuestra bondad y superior penetracion, tengo tanto motivo para desconfiar de mí mismo, que en lo sucesivo me hallareis siempre sumiso en todo á vuestra voluntad.

Mandó el Baron á dos criados que empaquetasen cuanto pertenecia y era de Wenlock, y se preparasen á partir con él al dia siguiente; y encargó á otros que no le perdiesen de vista por temor de que se escapase.

Luego que todo estuvo pronto, se despidió el Baron de su sobrino, y le dió una carta para su madre. Partió Wenlock sin decir palabra, manifestando un resentimiento concentrado, y expresando en su rostro la violenta agitacion de su alma.

Despues que se marchó, todos á una voz empezaron á hablar de él, y se contaban mil anécdotas de que hasta entonces nadie habia tenido noticia.

El Baron y sus hijos estaban absortos de ver que hubiera pasado tanto tiempo sin conocer su pérfido carácter.

Suspiraba el anciano, con amargura, recordando la partida de Edmundo, y

á toda costa hubiera querido saber su paradero.

Roberto entró en explicaciones con su hermano Guillermo, se acusó á sí mismo de su anterior conducta, y se manifestó muy arrepentido.

Guillermo habló de su cariño á Edmundo, justificado por su mérito, y por el que éste le tenia, que era tal, que ni el tiempo ni la distancia podria alterarlo jamás.

Admitió las disculpas de su hermano como una reparacion de sus anteriores faltas, y solo exigió de él, que en lo sucesivo reinase entre los dos un cariño y una confianza sin limites.

Estos últimos acontecimientos restablecieron la paz, la franqueza y armonía en la casa de Lovel. Dejemos empero á sus habitantes disfrutar la tranquilidad, y volvamos al sitio del combate.

Llegó por fin el dia señalado. Acompañado Lord Graham de doce caballeros de su casa, y otros tantos criados, estaba al amacer dispuesto para recibir á los campeones.

El primero que entró en el palenque fué Sir Felipe Harelay, armado de punta en blanco, descubierta solo la cabeza.

Hugh Ruby, su escudero, llevaba la lanza; Juan Barnard, su paje, el casco y las espuelas; y dos criados de librea completaban su acompañamiento. Detras venia Edmundo, el heredero de Lovel, con su amigo Zadisky, seguido cada uno de su criado.

A corta distancia venia Lord Clifford, como juez del combate; detras de él su escudero, dos pajes y dos criados de librea. Su hijo mayor, un sobrino suyo y otro caballero, acompañado cada uno de un criado, cerraba la comitiva, en la que tambien iba un cirujano de gran reputacion, para que cuidase de los heridos.

Saludóles cortesmente el Lord Graham, señaló á cada uno el puesto que habia de ocupar en la liza, y sonó por fin la señal de llamada al otro combatiente.

No se hizo esperar. Inmediatamente se presentó en el campo, acompañado de tres amigos y otros tantos criados, ademas de los que á Lord Lovel seguian.

El Lord Clifford, como juez del combate, ocupaba un asiento mas elevado que los demas. Suplicó á Lord Graham que se le asociase en este encargo; éste condescendió siempre que su eleccion fuese aprobada por ambos combatientes y,

éstos la confirmaron con la mayor cortesania y respeto.

Consultaron entre sí sobre varios puntos de honor y de etiqueta; nombraron Gefe del campo, y otros varios oficiales necesarios al ceremonial establecido para tales casos, y el Lord Graham envió á aquel con un mensaje al retador, diciéndole, que declarase delante de su adversario la causa de su querella.

Adelantóse entónces Sir Felipe, y con tono firme y voz clara dijo:

«Yo Felipe Harclay, desafío á Waltero, conocido comunmente con el titulo de Lord Lovel, y le acuso de hombre bajo, cruel y sanguinario, que valiéndose de los medios mas pérfidos, mató, ó hizo matar á su primo Arturo Lord Lovel, mi amigo mas querido. Mi brazo ha sido elegido de un modo maravilloso para vengar su muerte, y estoy pronto á sostener la verdad de cuanto he dicho, á riesgo de mi propia vida.»

Hizo seña Lord Graham al acusado para que contestase, y adelantándose de entre los suyos, lo hizo en estos términos:

«Yo Waltero, Baron de Lovel, niego el cargo que se me hace, y declaro que es una acusacion falsa, infame y mali-

ciosa, por parte de ese Sir Felipe Harclay, quien sin duda la ha inventado ó fraguado, si no por algun enemigo que le ha sugerido tal idea con siniestras intenciones.

Sea de esto lo que fuere, defenderé mi honor, y castigaré su osadía á riesgo de mi vida, haciéndole conocer públicamente como pérfido calumniador.»

No admite mediacion este negocio? preguntó Lord Graham.— No, contestó Sir Felipe: luego que haya probado este primer cargo, aún me quedan otros que hacerle. Espero en Dios, y en la justicia que me asiste; y desafío á muerte á ese traidor.

Habló en secreto Lord Clifford algunas palabras á Lord Graham, y éste mandó al Gefe del campo que abriese la liza y entregase sus armas á ambos campeones.

Mientras éste les estaba arengando, como era costumbre, Edmundo se acercó al caballero con demostraciones del mayor dolor y ansiedad. Estaba cubierto de su armadura y tenia calada la visera; su divisa era una espina egipcia y una rosa enlazada en ella, y al rededor se leia lo que sigue: «no es este mi verdadero tronco:» pero Sir Felipe le dijo que debia

poner estas palabras: *E fructu arbor cognoscitur.*

Abrazó Sir Felipe al jóven con ternura, diciéndole: Tranquilízate, hijo mio, no tengo por mi parte delito, temor ni duda; estoy tan seguro del éxito, que solo te encargo, que estés preparado para sus consecuencias. Zadisky le abrazó tambien, y procuró consolar á Edmundo, diciéndole cuanto pudiera contribuir á confirmar sus esperanzas.

Ya el Gefe del campo presentaba sus armas á Sir Felipe, y acompañaba esta accion con la fórmula acostumbrada. «Recibid, caballero, vuestra lanza, y Dios proteja al inocente.»—Amen! contestó Sir Felipe, con voz serena é inteligible.

Entregó despues la suya á Lord Lovel, repitiendo la misma fórmula, y éste con tono tranquilo respondió: «Amen.»

Despejaron en seguida el campo, y los dos adversarios dieron principio al combate.

Batiéronse por algun tiempo con igual pericia y valor; pero al fin, Sir Felipe logró desmontar á su contrario.

Los jueces le dijeron que debia apearse ó darle tiempo para volver á montar;

eligió lo primero, y siguieron batiéndose á pie.

Ambos desplegaron en este caso el mayor denuedo; Sir Felipe observaba con serenidad todos los movimientos de su enemigo, y procuraba cansarle con intencion de herirle sin quitarle la vida, á menos que su propia defensa lo exijiese.

Después de atravesarle el brazo izquierdo de una estocada, le preguntó si confesaba el hecho de que le había acusado.

¡Antes morir! Contestó Lord Lovel, lleno de furor.

Entonces el caballero le atravesó con su espada, y cayó diciendo que le había muerto.

Yo espero que no, dijo Sir Felipe, porque tengo muchas cuentas que arreglar con vos en este mundo. Confesad vuestros delitos, y procurad repararlos, como el único medio que os queda para alcanzar el perdón. — Habeis vencido; usad de la victoria con generosidad.

Quitóle Sir Felipe su espada, y la blandió sobre su propia cabeza, pidiendo socorro.

Suplicáronle los jueces que perdonase la vida á su adversario. — Sí, se la perdono, dijo, con la condicion de que ha de

hacer una confesion franca de todos sus delitos.

Pidió Lord Lovel que trajesen un cirujano y un confesor. — Uno y otro vendrán dijo Sir Felipe; pero antes me habeis de contestar á una ó dos preguntas. — ¿Matasteis á vuestro primo, si, ó no? — Mis manos no se mancharon en su sangre, contestó el herido. — Pero, la mandasteis derramar? Contestad pronto, pues hasta tanto no se os dará socorro alguno. — Es verdad, dijo, y el cielo es justo. — Sed pues, testigos todos los presentes, dijo Sir Felipe, de que ha confesado el hecho.

Hizo una seña á Edmundo para que se acercase. Quitaos el casco, le dijo, y volviéndose al herido, mirad pues, á este jóven, es el hijo de vuestro desgraciado primo. — ¡EL ES!! exclamó Lord Lovel, y le acometió un desmayo.

Hizo venir Sir Felipe al cirujano y un clérigo que Lord Graham tenia ya dispuestos; el primero empezó á vendar las heridas, haciéndole al mismo tiempo beber un cordial. Conservadle la vida, si es posible, dijo Sir Felipe, porque es muy interesante.

Tomó entónces á Edmundo por la mano, y presentándole á todos los que allí esta-

ban, dijo: en este jóven, veis al legítimo heredero de la cãsa de Lovel. El Altísimo en sus altos juicios, le ha hecho servir de instrumento para descubrir la muerte de sus padres.

Su padre fué asesinado por órden de ese malvado, que acaba de recibir su merecido; ese mismo obligó á su desgraciada madre, tratándola del modo mas inhumano, á abandonar su propia casa, y andar errante por los campos, hasta que pareció, buscando un asilo para su hijo.

Tengo pruebas convincentes de lo que digo, las cuales estoy pronto á manifestar á cuantos quieran enterarse de estos pormenores.

La Providencia le ha castigado, por mi mano; ha confesado el delito de que le he acusado, y solo le queda que hacer la restitucion de los bienes y titulos que por tanto tiempo ha usurpado.

Edmundo, puesto de rodillas, alzó las manos al cielo, dándole gracias de que su digno amigo y defensor hubiese salido triunfante de la lucha.

Todos los caballeros les rodearon felicitándoles por el éxito de su empresa; mientras los amigos y criados de Lord Lovel, se ocupaban de él.

Os habeis conducido con tanto honor y prudencia, dijo Lord Clifford, tomando la mano de Sir Felipe entre las suyas, que seria osadía querer aconsejaros; no obstante me atreveré á preguntaros: ¿qué pensais hacer del herido?—Aún no he determinado cosa alguna; os agradezco este recuerdo, y desearia saber vuestro parecer.

Lord Graham, fué de opinion de que todos reunidos fuesen á su castillo: allí, dijo, tendreis testigos imparciales de cuanto suceda.

No queria Sir Felipe darle tanta molestia, pero Lord Graham insistió con finura, y Lord Clifford, lo apoyó diciendo, que le parecia muy oportuno tener el preso en aquel lado de la frontera, hasta ver el resultado de sus heridas, y vigilarle hasta que hubiese arreglado todos los asuntos temporales.

Tomada esta resolucion, convidó Lord Graham al herido y á sus amigos á ir á su castillo como el punto mas inmediato, y dónde mejor cuidado podria estar; puesto que seria muy peligroso conducirle á mayor distancia.

Aceptaron agradecidos su ofrecimiento, y formando una especie de camilla para

conducir al herido, se dirigieron todos al castillo de Lord Graham.

Allí le pusieron en el lecho, y el cirujano le hizo la cura encargando le dejasen reposar tranquilamente, pues aún no podía asegurar si las heridas serian peligrosas ó no.

Al cabo de una hora, se quejó el herido de que tenia mucha sed; llamó al cirujano y le preguntó si creia que peligraba su vida. Este le contestó en términos ambiguos. — ¿Dónde está Sir Felipe? preguntó de nuevo. — Aquí, en esta casa. — Y ¿dónde está ese jóven á quien él apellida heredero de Lovel?—Aquí tambien.—Luego estoy rodeado de mis enemigos? Necesito hablar á solas á alguno de mis criados, decidle que venga.

Salió el cirujano y dijo á los caballeros lo que habia ocurrido.—No hablará á persona alguna sinó en mi presencia, dijo Sir Felipe; y con un criado se dirigió al cuarto del herido.

Al ver éste entrar á Sir Felipe se alteró sobremanera. Conque ¿es decir, exclamó, que no se me permite hablar con mis criados? — Si Señor, podeis hablar, pero no á solas.—Segun eso, estoy preso.—No, mas por ahora son necesarias algunas pre-

cauciones. Tranquilizaos, pues; no deseo vuestra muerte.—Siendo así, ¿por qué procurasteis dármela? Nunca os habia ofendido.—Si, en la persona de un amigo muy querido; y yo solamente soy instrumento de la Divina justicia. Procurad reparar el mal que habeis hecho, mientras os dure la vida. ¿Quereis que venga el sacerdote? Tal vez llegará él á convenceros de lo indispensable que os es el restituir para lograr el perdón de vuestras culpas.

Mandó Sir Felipe que viniera el confesor y el cirujano é hizo retirar al criado.

Os dejo entregado al cuidado de estos caballeros, le dijo, y siempre que haya de entrar cualquiera otra persona, la acompañaré yo. Volveré á veros dentro de una hora.

Se salió á buscar á sus amigos, y consultó con ellos acerca de lo que debería hacerse. Todos fueron de opinion de que no debía perderse momento, y determinaron pasar juntos al cuarto del herido al tiempo que Sir Felipe habia dicho.

Asi lo hicieron, y Sir Felipe, acompañado de Lord Clifford y Lord Graham, entró en la habitacion de Lord Lovel.

Se hallaba éste sumamente conmovido; el clérigo estaba á un lado de la cama y

al otro el cirujano: aquel le exhortaba á confesar sus pecados, éste exijia que le dejasen reposar. Se conocia que Lord Lovel experimentaba en aquel momento una horrible lucha en su imaginacion. Temblaba y se veía pintado en su rostro la confusion y el espanto.

Acercóse á su cama Sir Felipe, y con el tono de la verdadera piedad, le exhortó á mirar por la salud de su alma antes que la de su cuerpo.

Preguntó el herido á Sir Felipe, de qué modo habia llegado á saber que él habia tenido parte en la muerte de su primo.

No ha sido solo por medios naturales, le contestó, el descubrimiento de este hecho.

Hay en el castillo de Lovel cierta habitacion, que por espacio de veinte y un años ha estado cerrada, pero que hace poco ha sido abierta y reconocida cuidadosamente. — ¡Es posible! exclamó; luego Geogroy me ha vendido. — No Señor; nadie ha hecho traicion á vuestro secreto; le ha sido revelado de un modo sobrenatural á la persona mas interesada en él, al jóven que habeis visto. — Y ¿cómo puede ser ese jóven el heredero de Lovel? — Siendo el hijo de aquella mujer

desgraciada, á quien bárbaramente lanzasteis de su propia casa, que por huir de las pretensiones del asesino de su esposo, tuvo que abandonarla.

No ignoramos tampoco el fingido funeral que la hicisteis.

Todo se ha descubierto, y no podeis decirnos cosa alguna que no sepamos ya. No obstante, deseamos que lo confirméis con vuestra propia declaracion.

La justicia Divina pesa sobre mí, dijo Lord Lovel; yo no tengo hijos, y se levanta uno del sepulcro para reclamar mi herencia. — Nada, pues, debe retraeros de hacerle justicia y restituirle lo que le pertenece: tranquilizareis vuestra conciencia, y es el único medio que os queda, de reparar en parte el daño que habeis hecho. — Demasiado sabeis ya, dijo el criminal, y voy á deciros lo que aún ignorais.

Recordais, sin duda continuó, que nos vimos una vez en casa de mi Tio? — Bien me acuerdo. — En aquella época, mi corazon se hallaba atormentado por una horrible pasion, la envidia; y de ese origen han nacido todos mis delitos. — Gracias á Dios! exclamó el sacerdote, que ya ha tocado vuestro corazon con una contricion verda-

dera, y se vé en vos el efecto de sus misericordias; cumpliréis con vuestros deberes en esta vida, y vuestro arrepentimiento será premiado con la eterna salvacion.

Dijole Sir Felipe que dejase proseguir al penitente, el cual lo hizo en estos términos.

Tenia mi primo un mérito muy superior al mio, tanto en las dotes personales como en las intelectuales. Sobresalia en todos sus estudios, y sus gracias me eclipsaban totalmente. Detestaba yo su compañía por esta razon, pero lo que puso el colmo á mi aborrecimiento, fué al verle dirigir sus obsequios á una Señorita, en quién yo habia fijado mi afecto. Procuré triunfar de mi rival, pero ella le dió la preferencia; á la verdad lo merecía, mas yo no pude tolerarlo con resignacion. El ódio mas violento se apoderó de mi pecho, y juré vengar la supuesta ofensa tan luego como se me presentase una ocasion.

Sepulté en mi alma este resentimiento, y aparenté tomar parte en su felicidad: hice un mérito en desistir de mis pretensiones; pero no pude resolverme á presenciar su union, y me retiré á casa de mi padre, tramando en secreto planes de venganza.

Murió mi padre aquel año, poco des-

pues le siguió mi tío, y al año fué llamado mi primo para seguir al rey en su expedición de Gales.

Luego que supe que habia salido de su casa, determiné evitar su vuelta, gozando ya de la perspectiva de poseer sus bienes, sus títulos y su esposa.

Puse agentes que iban y venian continuamente á darme noticia de cuanto pasaba en el castillo; y á poco tiempo fui yo con pretexto de visitar á mi prima.

Me avisaban de cuanto ocurría, y uno de mis espías me trajo noticia del resultado de la batalla, mas no pudo decir si mi rival habia muerto ó no. Deseaba yo que hubiera perecido á fin de evitar de este modo el crimen que meditaba.

Anuncié su muerte á su esposa, la cual se afligió sobremanera; y poco despues llegó un propio con la noticia que se hallaba bueno y sano, habiendo conseguido licencia para regresar á su casa inmediatamente.

Despaché sin perder tiempo dos emisarios que impidiesen su llegada. Pero su marcha habia sido tan rápida, que ya le encontraron á una milla del castillo. Se habia adelantado á sus criados y venia solo; le asesinaron, le arrojaron al lado del

camino, y vinieron en seguida á recibir mis órdenes. Era al ponerse el sol; les mandé que volvieran á buscar el cadáver, y le trajeron con sigilo al castillo. Le ataron pies con cabeza; y metido en un baul le enterraron en el cuarto de que habeis hecho mencion.

Horrorizóme la vista del cadáver; senti entónces los aguijones del remordimiento, pero ya era tarde.

Tomé cuantas precauciones pudo sugerirme la prudencia y el temor de ser descubierto; pero nada puede ocultarse al Todopoderoso.

Desde aquella hora fatal no he tenido momento de descanso, atormentado siempre por el temor de que se descubriera mi delito, y de verme públicamente deshonrado; y á pesar de tantas precauciones, hé aquí llegado el momento de la divina venganza.

Terrible es el juicio á que me veo sujeto en esta vida, pero temo aún mas otro que me espera ante un juez inexorable.

Basta, hijo mio, dijo el eclesiástico; habeis hecho una buena obra. Poned vuestra esperanza en Dios, y ya que habeis descargado vuestra conciencia de tan

grave peso, lo demas os será mas fácil.

Despues de un momento de reposo, continuó Lord Lovel, diciendo: Infiero de lo que habeis dicho, Sir Felipe, que la pobre Señora aún existe? — No existe, no; mas antes de morir dió á luz un hijo, á quien el cielo ha hecho servir de instrumento para descubrir y vengar la muerte de sus padres.

¡Bien vengados están! exclamó; no tengo hijos que lloren mi muerte, todos los he perdido á la flor de su edad. Solo una hija me vivió hasta la de doce años, la destinaba para esposa de uno de mis sobrinos, pero hace tres meses que tambien la vi espirar.

Calló diciendo esto, y las lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas.

Hágase la voluntad de Dios! exclamó el sacerdote. Mi penitente lo ha confesado todo: ¿qué mas podeis exigir de él?

Que repare los daños que ha causado; que restituya sus títulos y estados á su legítimo dueño, y disponga de lo que á él le pertenece á favor de sus parientes, dedicando á la penitencia el resto de su vida, y preparándose de este modo para la eterna.

Por ahora, os dejo solo con él, y uniré mis oraciones á las vuestras, para

conseguir de Dios su arrepentimiento y enmienda,

Dicho esto, se salió del cuarto, seguido de los demas caballeros y del cirujano, quedando solo el confesor con el herido.

Preguntó Sir Felipe al cirujano acerca de la situacion del paciente; éste le dijo que por entónces no se veía sintoma alguno alarmante; y que por lo mismo no creía que estuviese en un gran peligro; pero tampoco aseguraba que en lo sucesivo no le hubiese.

Si estuviera mortalmente herido, no podria tener tanto espíritu, ni hablar tan largo rato sin desmayarse; y me parece que pronto se restablecerá, sinó ocurre alguna cosa que retarde su curacion.

Ocultadle, pues, esa esperanza, dijo Sir Felipe, porque deseo que el temor de la muerte obre en él hasta que haya acabado de hacer lo que la razon exige. Que lo sepan solamente estos caballeros, en quienes puedo depositar mi confianza, y estoy seguro de que aprobarán mi idea.

Estamos conformes, dijo Lord Clifford; conozco la causa de esta determinacion, añadió Lord Graham, y yo respondo de la prudencia de mi cirujano.

Señores, dijo éste, nada temais de mí; despues de lo que acabo de oír, mi conciencia misma me compromete en favor de este caballero, y haré cuanto esté de mi parte para llevar á cabo sus intentos. — Os doy las gracias, dijo Sir Felipe, y podeis contar con mi agradecimiento. Supongo que pasareis la noche á su lado? Si hay alguna novedad llamadme inmediatamente, sinó le dejaremos descansar tranquilo, y que cobre fuerzas para lo que tendrá que hacer mañana.

Así se hará; el cuidado de su vida, me servirá de pretesto para no separarme de él, y de este modo oiré todo cuanto diga.

Me hareis en eso un gran favor, y yo me iré á reposar confiado en vuestra prudencia.

Volvió el cirujano al cuarto del herido, Sir Felipe se reunió con sus amigos, y juntos pasaron al comedor á cenar, acompañados de todos los caballeros que habian presenciado el combate.

Fatigados, fisica y moralmente, Sir Felipe y Edmundo se retiraron á su habitacion. Los demas continuaron reunidos hasta muy tarde, haciendo reflexiones sobre los acontecimientos de aquel dia, elogiando el valor y generosidad del ilustre

caballero, y formando votos por el buen resultado de su empresa.

La mayor parte de los amigos de Lord Lovel, avergonzados de su amistad, y de haberse presentado en su favor, se habian marchado luego que le dejaron en parte segura. Los pocos que se quedaron, lo hicieron á impulsos de la curiosidad y del deseo de adquirir mas detalles acerca del crimen que se imputaba, y de justificar tambien su propia conducta y buena opinion.

Consultó, Sir Felipe, á la mañana siguiente con los Barones, acerca del mejor modo de conseguir que Edmundo fuese recibido y reconocido como el legítimo descendiente de Lord Lovel.

Fueron todos de opinion, de que al criminal se le mantuviese en la idea de un próximo peligro, hasta tanto que todo estuviese arreglado definitivamente, y se hubiera decidido cual habia de ser su suerte.

Tomada esta resolucion, entraron en el cuarto del herido, preguntaron al cirujano cómo habia pasado aquel la noche, á lo que éste solo contestó con un lijero movimiento de cabeza.

Manifestó Lord Lovel sus deseos de que

le trasladasen á su propia casa; pero Lord Graham, le dijo, que de ningun modo podria consentir en semejante mudanza, estando su vida en tanto peligro, y apeló á la opinion del cirujano, el cual confirmó la suya: Lord Graham, le dijo, que se tranquilizase y se persuadiera de que nada le faltaria allí para su mejor asistencia.

Propuso Sir Felipe, que se enviase á llamar á Lord Fith-owen, para que presenciase el esmero con que se cuidaba á su cuñado, y tomase parte en las disposiciones que éste debia hacer. A esto se opuso Lord Lovel; estaba sumamente inquieto, y pidió que le dejasen solo con sus criados.

Retiróse Sir Felipe, y los dos Lores procuraron inspirarle resignacion y conformidad, pero él les interrumpió diciendo: fácil es para hombres que se hallan en vuestra situacion el dar muy buenos consejos; pero no es tan fácil que los siga el que está en la mia.

Herido mi cuerpo y mi espiritu, justo será que procure evitar, en cuanto pueda la vergüenza y el castigo. Os doy las gracias por vuestras bondades, y os suplico me dejéis solo con mis criados. — Con ellos

y con el cirujano quedareis, dijo Lord Graham, y él y su amigo se retiraron.

Sir Felipe les salió al encuentro, y les dijo: que su deseo era, que sin perder tiempo, se enviase á buscar á Lord Fith-owen, para que oyera la declaracion de su cuñado, porque temia que despues negára lo que solo el temor de la muerte le habia hecho confesar. Si me lo permitís, dijo, hoy mismo le enviaré á buscar. Aprobaron ambos su determinacion, y Lord Clifford, se ofreció á escribirle; pues se daría mas crédito á la carta de una persona imparcial, y que además la llevaria uno de los principales empleados de su casa, acompañado de los criados de Sir Felipe.

Retiróse, pues, á escribir, y éste dió orden á sus criados que se preparasen para marchar inmediatamente. Pidió Edmundo permiso para escribir al padre Oswald una carta, de la que deberia ser portador Juan Wyatt.

La de Lord Clifford estaba concebida en estos términos:

« Mi respetable amigo Lord Fith-owen: He tomado á mi cargo el penoso deber de participaros el duelo, que entre vuestro cuñado Lord Lovel y Sir Felipe Harclay,

caballero del condado de York, se ha verificado.

El teatro de esta escena ha sido en la jurisdicción de Lord Graham, el cual, en unión conmigo, fué nombrado juez del combate. Se han batido según las leyes del honor, y Sir Felipe ha vencido á su contrario. Después de la victoria ha declarado muy por-estenso la causa de su resentimiento, y que lo que ha hecho ha sido únicamente por vengar la muerte de Arturo Lord Lovel, su amigo más íntimo, á quien el actual Lord Lovel asesinó para apoderarse de sus títulos y estados.

El herido ha confesado este hecho, y Sir Felipe le dejó la vida, quitándole solamente la espada como trofeo de su victoria.

Ambos, el vencedor y el vencido, se hallan en el castillo de Lord Graham, y la vida de Lord Lovel se encuentra en peligro de resultas de sus heridas.

Desea arreglar sus negocios temporales, y reconciliarse con Dios y con los hombres.

Sir Felipe Harclay asegura que existe un heredero de la casa de Lovel, á favor del cual reclama el título y estados;

pero quiere que presenciéis la última disposición de vuestro cuñado, con respecto á los bienes que de derecho le pertenecen, y que deben heredar vuestros hijos.

Tambien desea consultar con vos acerca de varios puntos, en que el honor y la equidad se hallan interesados.

Os suplico, pues, que al recibo de ésta os pongais en camino para el castillo de Lord Graham, donde sereis recibido con el mayor respeto y consideracion.

Aqui sabreis cosas que os causarán tanto asombro como á mí me han causado; juzgareis de ellas con aquella probidad y rectitud que tanto os distinguen, y admirareis los decretos de la Providencia, que por tan raros medios hace triunfar la inocencia, é impone el castigo al culpado.

Os deseo felicidades, asi como á toda vuestra apreciable familia, y quedo vuestro servidor y amigo. Clifford.

Aprobaron todos el contenido de la carta. Sir Felipe entregó la de Edmundo á Juan Wyatt, encargándole la mayor reserva para dársela al padre Oswald, y

que nada hablase de aquel ni de sus pretensiones á los estados de Lovel.

Lord Clifford explicó tambien á sus criados lo que debian hacer. Lord Graham dispuso que fuese un criado suyo con una esquila de convite, y todos juntos se pusieron en camino para el castillo de Lovel.

No se detuvieron mas que lo preciso para tomar algun alimento, y viajaron noche y dia sin descansar hasta llegar al Castillo.

Estaba Lord Fith-owen con sus hijos en la sala baja, y Oswald estaba paseando en una calle de árboles, delante de la casa, cuando vió llegar tres hombres cuyos caballos venian cubiertos de espuma, y los ginetes fatigados como si hubieran hecho un largo viaje.

Llegóse á ellos en el momento que el primero acababa de hablar al portero.

Al verle Juan Wyatt se apeó de su caballo, y le hizo entender que tenia algo que decirle reservadamente.

Retiróse Oswald algunos pasos de allí, y Juan, con suma destreza, le puso una carta en la mano.—¿De dónde venis? le pregunto aquel en voz alta.—Traemos cartas de suma importancia para el Baron

Fith-owen , de parte de Lord Graham y Lord Clifford.

Siguió Oswald á los mensajeros hasta la sala donde un criado anunció su llegada , y el Lord Fith-owen les mandó entrar.

Entregó el criado de Lord Clifford la carta de su amo , y el de Lord Graham la esquila del suyo , y despues se retiraron á esperar la contestacion de S. E.

Mandó éste que les obsequiasen , como era justo , por respeto á los que les enviaban , y luego que quedó solo con sus hijos , abrió las cartas , las leyó sumamente conmovido , se puso la mano sobre el corazon , y exclamó : ¡Ya se han realizado mis temores ! ¡Ya está dado el golpe y ha caido sobre el criminal...!

Un momento despues entró Oswald. Venci á tiempo , dijo el Baron ; leed esa carta para que mis hijos se enteren de su contenido.

Leyó Oswald la carta , y la sorpresa fué general. Guillermo bajó los ojos y guardo un silencio afectado.

¡Es posible ! exclamó Roberto ; puede ser mi Tio reo de semejante traicion ?

Ya lo veis , dijo el Baron , él mismo lo ha confesado. — Si , pero ¿á quién ?

La honradez de Lord Clifford no es dudosa, y yo no puedo menos de creer lo que él afirma.

Apoyó Sir Roberto la cabeza en sus manos, como un hombre abismado en una profunda meditacion, y al fin como si despertara de un pesado sueño, estoy persuadido, dijo de que Edmundo hace papel en todos estos acontecimientos.

¿Recordais que Sir Felipe Harclay le prometió, muchos años hace, su amistad? Desaparece Edmundo, y poco tiempo despues desafia ese hombre á mi tio. Bien sabeis lo que sucedió aqui antes de su partida; él sin duda ha sugerido esa idea á Sir Felipe, y le ha inducido á tal accion.

Esta es la recompensâ que nos dá por los favores que ha recibido de nosotros, á quienes debe cuanto es.

Poco á poco, hijo mio, no hablemos con ligereza de Edmundo; se ve otra mano mas poderosa que la suya en este sucesó. Mis conjeturas eran demasiado fundadas; en aquella fatal estancia supo él las circunstancias de la muerte de Lord Lovel. Tal vez ha recibido la mision de revelárselas á Sir Felipe, el amigo predilecto del difunto. Ya está descu-

bierto el misterio de aquella habitacion, y la hora del castigo ha llegado.

No hay que acriminar á nadie; la Providencia se vale de los instrumentos, tiempo, y lugar que mas le placen para sus fines. Nosotros estamos inocentes; adoremos con respeto sus altos juicios.

Pero, ¿qué es lo que pensais hacer? repuso Roberto.—Marchar con los portadores de estas cartas. Me parece muy conveniente que yo vea á vuestro tío y oiga lo que pueda tener que decirme, mis hijos son sus herederos; por su propio interés debo enterarme de todo cuanto tenga relacion con la distribucion de sus bienes.—Decís bien, dijo Roberto; á todos nos interesa; quisiera, pues, que me permitiérais acompañaros.—Con mucho gusto, dijo el Baron; lo único que tengo que encargarte es, que procures dominar tu carácter, y no hables sin reflexionar tus palabras. Antes de pronunciar tu fallo, entérate de las pruebas que te se presenten, y aconséjate de la razon antes de decidir cosa alguna.

Si vuelves los ojos á lo pasado, hallarás bastantes motivos para desconfiar

de ti mismo. Déjame hacer, y no dudes que pondré á salvo tu honor y el mio.

Os prometo una ciega sumision, padre mio; y diciendo esto se marchó á prepararse para su viaje.

Entónces rompió Guillermo el silencio. Si no teneis inconveniente, dijo, tambien quisiera acompañaros.—Sea en buen hora, dijo el anciano, puesto que asi lo deseas. Conozco el motivo que os guia á tu hermano y á tí, tu sano juicio puede ser en la balanza un buen comtrape-so á la precipitacion de tu hermano.

Hijo mio Waltero, tú serás el protector de tu hermana hasta que nosotros volvamos, y el amo de casa durante mi ausencia.—Que espero no será larga, mi querido Papá, dijo la hermosa Ema, pues no tendré momento de sosiego hasta que volvais.—No nos detendremos mas que lo preciso para ver el desenlace de esta tragedia.

Mandó preguntar el Baron á los mensajeros cuándo pensaban volverse, y Oswald aprovechó este momento para retirarse á su cuarto y leer la carta, cuyo contenido era el siguiente:

«El heredero de Lovel, á su querido y respetado amigo el padre Oswald.»

« Decid á los amigos que tengo en el castillo de Lovel, que existo, y vivo con la esperanza de volver á verlos ahí algun dia. Si pudiérais hacer de modo que viniéseis con los portadores de estas cartas, vuestras declaraciones añadirían mucho peso á las mias: podreis quizás conseguir permiso para acompañar al Baron. Dejo á vuestra sagacidad el cuidado de manejar este asunto.

Juan Wyatt os informará de cuanto ha sucedido aquí, y de que hasta ahora los acontecimientos han sobrepujado á mis esperanzas y casi á mis deseos.

Estoy muy adelantado en el camino que guia á mi objeto; y espero que el Ser Supremo que me ha conducido hasta aquí, no dejará sin concluir la obra comenzada.

Decid á mi amado Guillermo, que vivo, y espero abrazarle antes de mucho. No me olvideis en vuestras oraciones, y creedme siempre vuestro fiel servidor y amigo.

Edmundo.»

Buscó Oswald á los forasteros, llamó aparte á Juan Wyatt, y se informó de cuanto deseaba saber. Aún estaba hablando con él, cuando el Baron le envió á llamar. Fué inmediatamente á donde éste

le esperaba, y previno sus preguntas diciéndole al entrar: he estado hablando con esos hombres, y me han dicho, que han caminado sin descanso noche y día, para entregar cuanto antes las cartas; pero que una noche de reposo es bastante, y mañana estarán prontos á partir con vos.

Bien, dijo el Baron; partiré cuanto antes.

Señor; dijo Oswald, queria yo pedirlos el favor de que me permitierais acompañaros en vuestro viaje. Hé seguido el curso de estos acontecimientos maravillosos, y desearia presenciar su desenlace. Tal vez mi presencia allí pueda ser de alguna utilidad.

No será estraño, contestó el Baron, y si teneis gusto en ello, no hay inconveniente en que vengais. Con esto, se retiraron ambos para dar sus respectivas disposiciones.

Despues tuvo Oswald una conversacion reservada con José: le informó de cuanto sabia, y de su resolucion de acompañar al Baron en su viage al Norte. Voy, dijo, para dar testimonio en favor de la inocencia ofendida: si fuera necesario, os citaria á vos. Asi, pues, estad preparado para el caso de que se os llame,

Pronto estoy, dijo el buen viejo, á emplear los últimos restos de mi vida en obsequio de mi jóven Señor; y para ayudarle á elevarse al puesto que de derecho le corresponde. Pero, decidme; ¿no sospechan aún quien es el heredero legitimo de Lovel?—Nada sospechan todavía; creen si, que Edmundo ha tenido parte en este descubrimiento; mas no se figuran que pueda tener interés en su resultado.

¡Ay Padre mio! ¡Qué largo me va á parecer el tiempo que tardeis en volver! Cada dia me parecerá una semana; pero dejemos esto. Me voy; no quiero impedirlos por mas tiempo el descanso.

Antes de acostarme, dijo Oswald; tengo aún que hacer otra visita.

Buenas noches, amigo José; y se fué de puntillas al cuarto de Guillermo.

Dió dos golpecitos á la puerta, y éste la abrió; preguntando al mismo tiempo: ¿qué novedad hay?—Poca cosa; no es mas que decirnos que Edmundo está bueno, é invariable en la amistad que os profesaba.

Me anunciaba el corazon que habíamos de recibir noticias tuyas; y aún otra cosa me anuncia tambien. — Y, qué es, hijo mio? — Que donde vamos le he-

mos de ver , ó al menos hemõs de saber algo mas acerca de su suerte. — Eso es muy probable; y deseo que esteis preparado para ese lance. Estoy seguro de que no sabremos cosa alguna que le haga desmerecer. — No tengo de eso la menor duda , y me alegraría mucho de verle. Infiero de todo que se halla bajo la proteccion de Sir Felipe.

Asi es ; lo he sabido por el criado de ese caballero , que es uno de los enviados para servir de guia á los demás en su viaje.

Despues de esta conversacion ; se despidieron los dos confidentes , para entregarse al sueño por lo que restaba de noche.

Emprendieron todos su viaje á la mañana siguiente : le hicieron con lentitud , á causa de la quebrantada salud del Baron , y llegaron por fin al castillo , sin sufrir ningun contratiempo.

Fueron recibidos por Lord Graham con toda la consideracion que tenian derecho á esperar tan distinguidos huéspedes.

Lord Lovel se habia restablecido mas de lo que parecia probable en estos dias , y deseaba con impaciencia volver á su casa. La llegada de su cuñado y sobrinos , le causó gran sorpresa , y manifes-

tó claramente lo poco grata que su vista le era en aquel momento.

Cuando Sir Felipe se adelantó á saludar al Baron Fith-owen, éste le contestó con cortesía, pero con una afectada frialdad; y Sir Roberto se salió de la habitacion desconfiando de si mismo.

Sir Felipe se acercó al Baron, y tomándole por la mano, amigo mio, le dijo; mucho me alegro de veros aquí, pero no puedo darme por contento con una fria política, de parte de un hombre como vos.

Aspiro á gozar de vuestra amistad, y no me consideraré completamente satisfecho mientras no la consiga.

Vos sereis juez de mi conducta, y si alguna parte de ella merece vuestra desaprobacion, desde ahora la desapruebo yo tambien.

Estas palabras eran bastante para desanimar al Baron. Su corazon generoso simpatizaba con el de su antagonista; conocia que la situacion de su cuñado le imponia cierta reserva con respecto al hombre que habia puesto en peligro su vida; pero á pesar suyo esta reserva se disipaba por momentos.

Lord Clifford le hizo relacion de cuanto

habia acontecido , haciendo justicia á la delicadeza de Sir Felipe , y llamando su atencion hácia el sentimiento de generosidad que le habia hecho ocultar la causa de su resentimiento contra Lord Lovel , hasta el dia del combate , para no prevenir á los jueces contra él.

Habló largamente de su humanidad para con el vencido , y el deseo de que sus herederos no sufrieran perjuicio alguno ; de su profundo respeto á Lord Fith-owen , y su afan porque viniese , á fin de que dispusiera el herido de sus bienes , en favor de los hijos de aquel.

Encargó Lord Clifford á su hijo , que hablase con Roberto y templase su enojo , explicándole por menor la conducta de Sir Felipe , particularmenté en la parte que mas pudiera irritarle.

Despues de un rato de descanso , propuso Lord Graham á los viajeros que pasasen á ver al herido.

Anunciaron á este su visita , y en seguida se encaminaron á su cuarto.

Lord Fith-owen se acercó á la cama de su cuñado , y le abrazó con el mas vivo interés. Siguióle Roberto , y á éste Guillermo.

Correspondio el paciente á sus abrazos ,

sin articular palabra; y su fisonomía anunciaba la agitación de su alma.

El primero que rompió el silencio fue Lord Fith-owen. Me alegro, dijo, de hallaros mejor de lo que me habia figurado.

Lord Lovel hacia movimientos de la mayor impaciencia; se mordía las uñas; se cubria el rostro con la ropa de la cama, y parecia estar casi fuera de sí.

No debo estar muy agradecido, exclamó por fin, á los que en este estado me proporcionan la vista de mis parientes! Habeis usado con poca generosidad de la ventaja que la suerte os ha concedido, Sir Felipe. Me habeis dejado la vida solo para arrebatarme mi reputacion. Me habeis cubierto de oprobio delante de personas extrañas; y lo que es aún peor, esta suerte ha alcanzado tambien á los que mas amo.

Cuando me hallo en el mayor peligro, me obligais á decir cuánto conviene á vuestros planes; y ahora os aprovechais de lo que entónces dije, para privarme del aprecio de mis amigos; pero os lo aseguro, tendreis que arrepentiros de vuestro modo de proceder, si yo recobro la salud.

Señores, dijo Sir Felipe; no doy im-

portancia alguna á lo que este desgraciado acaba de decir. Todos sois testigos de cuanto aquí ha ocurrido , y de que nada se ha hecho que no fuera indispensable.

Sabeis los motivos que han guiado todas mis acciones , y han dirigido la conducta que he observado con respecto á él.

Pude quitarle la vida y no lo hice ; le exhorté al arrepentimiento de sus culpas, y á restituir lo que injustamente posee.

Yo he sido solamente un instrumento para llevar á cabo los designios de la Providencia. Habia tomado bajo mi protección al heredero de Lovel ; mi único anhelo era que se le hiciese justicia , y el castigo de este hombre era un objeto secundario. Este ha sido mi fin , y nunca, nunca le perderé de vista.

Lord Lovel estaba casi sofocado por la ira , al ver que todos daban señales de aprobacion y respeto á Sir Felipe.

Quisiera saber , dijo por fin , quién es el supuesto heredero que se presenta reclamando mis títulos y estados.

Señores , dijo el caballero ; apelo á vuestro sano juicio en cuanto á las pruebas del nacimiento y familia de mi protegido ; se os harán patentes todas las circunstancias y decidireis de ellas.

Se trata de un jóven, que se le supone hijo de un trabajador : que por un encadenamiento de circunstancias sobrenaturales, descubre no solo quiénes eran sus verdaderos padres, sino que habian muerto violentamente. Descubre tambien los diferentes sitios donde se hallan sus huesos enterrados, uno y otro fuera de lugar sagrado, é invoca sus cenizas para probar la verdad de sus pretensiones. Tiene tambien pruebas vivas que presentar, y que convencerán á los mas incrédulos.

No he querido entrar en estos pormenores hasta la llegada del Baron Fith-owen.

Me ha hecho conocer la nobleza de su corazon, y la rectitud de sus principios, quien por espacio de muchos años ha sido testigo de uno y de otro. Tal es la opinion que tengo formada de la honradez de su carácter, que no dudo en admitirle como uno de los jueces en la causa de su hermano.

Presentaremos nuestras pruebas mi protegido y yo, á cuantos aqui se hallan reunidos : por ellas se verá que el Baron es la persona mas á propósito para calificarlas, por que ha sido testigo de muchos de los hechos que deberemos citar; y de jo en sus manos la decision de este asunto.

Aplaudió Lord Graham , la determinacion de Sir Felipe ; protestó su imparcialidad , é invocó la de Lord Clifford y su hijo , así como la de sus sobrinos que se hallaban presentes.

La proposicion de Sir Felipe, dijo Lord Clifford , es como suya; no puede haber sitio mas á propósito, ni personas mas imparciales que las que aqui estamos; y me atrevo á decir que Lord Lovel no tendrá inconveniente...

Que no tendré inconveniente! exclamó: cómo ¿en ser juzgado como un criminal? en que se me nombren jueces para decidir de mis derechos á mis propios títulos y estados? No , no me someteré á semejante jurisdiccion.

En ese caso, dijo Sir Felipe ¿preferís ser juzgado por las leyes del pais, y que estas os impongan su fallo? Elegid, pues; si rehusais lo uno , estad seguro del otro. No dudo , dijo Lord Clifford , que concedereis tiempo á Lord Lovel para reflexionar sobre lo que acabais de decir ; consultar á sus amigos , y decidir segun sus consejos.

Mucho me sorprende , dijo Lord Fittowen , lo que acabo de oir ; deseo con ansia saber cuanto Sir Felipe tenga que

decir, á favor de su protegido, para calcular lo que mi hermano tiene que esperar ó temer. Entónces diré mi parecer, ú ofreceré mi mediacion segun el caso lo requiera.

Bien decís, dijo Lord Graham; y así, pues, abordemos de una vez la cuestion.

Sir Felipe: podeis presentar á estos Señores vuestro protegido, y entrar desde luego en las pruebas. Hizo Sir Felipe una señal de aprobacion; salióse del cuarto, y volvió á poco acompañado de Edmundo, á quien tuvo que animar con sus palabras antes de entrar en la sala.

Presentósele al Baron, quien con aspecto muy gravé, le dijo: Edmundo Twyford, ¿sois vos el heredero de la casa de Lovel?—Yo soy, Señor, contestó Edmundo, haciéndole una profunda cortesía. Se acreditará esta verdad, mas no por eso dejaré de ser el mas humilde de vuestros criados, y el mas agradecido de cuantos han recibido beneficios de vuestra mano.

Sir Roberto se levantó para salirse del cuarto.

Detente, Roberto, le dijo el Baron; si aqui hubiese algun fraude, tendrias sin duda una satisfaccion en descubrirle; y si todo lo que se nos dice es cierto, es:

pero que no cerrarás los ojos para no ver la luz. Este asunto es de sumo interés para ti: escucha, pues, en silencio, y sea la razón la que decida en esta causa.

Impaciente Roberto, se mordió los labios, y permaneció en pie el lado de una ventana, y Guillermo saludó á Edmundo, en silencio.

Todos tenían fijas en el jóven sus miradas, y él estaba en medio de todos, con los ojos bajos, y ademan modesto y respetuoso, mientras que Sir Felipe relataba todas las circunstancias de su vida; los trámites maravillosos, por los cuales llegó á tener idea de su verdadero origen; las aventuras de la habitacion encantada; el descubrimiento del fatal gabinete, y las pruebas presuntivas de que Lord Lovel estaba allí enterrado.

En esta parte de su narracion, fué interrumpido por Lord Fith-owen.

Dónde está ese gabinete? dijo, pues mis hijos y yo hemos recorrido aquellos aposentos despues de la partida de Edmundo, y no hemos hallado semejante sitio.

Señor, dijo Edmundo, yo os lo explicaré: está la puerta cubierta con la misma tapicería que cubre las paredes de la habitacion, y es muy fácil pasar sin ver-

la; pero tengo aquí un buen testigo, dijo; y presentó la llave.

Si no es ésta la llave de aquella puerta, creedme un impostor, y cuanto digo una falsedad. Pongo mi pretension á esta prueba.

Y con qué objeto os tragisteis esa llave? preguntó el Baron. — Para evitar que alguna otra persona penetrase en aquel recinto. Juré conservarla en mi poder hasta que yo mismo abriese aquella puerta, delante de testigos competentes.

Proseguid, dijo el Baron.

Contó entónces Sir Felipe la conversacion de Edmundo con Margarita Tuwyford, su supuesta madre. — Eso es cierto! exclamó el Baron, sumamente enternecido; extraño descubrimiento! Niño desgraciado!

Las lágrimas de Edmundo atestiguan la verdad de los hechos. Levantó las manos al Cielo, ocultó su rostro, y durante esta parte de su historia se mostró muy conmovido.

Se le oía entre tanto á Lord Lovel, dar gemidos, y parecía sufrir una horrible agonía.

Dirigióse Sir Felipe á Lord Fith-owen, diciendo: otro sugeto se halló presente

á esta conversacion de Edmundo con Margarita, y puede ser testigo de lo que llevo dicho; tal vez recordais quién es.— El padre Oswald, dijo el Baron, me acuerdo que le acompañó á instancias suyas. Que venga aquí inmediatamente.

Luego que éste se presentó, le mandó el Baron que contase todo cuanto pasó en casa de Twyford.

Empezó Oswald su narracion de este modo. Puesto que me veo llamado á declarar cuanto sé acerca de este jóven, diré la verdad, sin que el temor de los unos, ni la parcialidad á favor de los otros, influyan nada en mis palabras; y juro por las reglas de la santa orden á que pertenezco, decir la verdad en cuanto voy á expresar. Hizo una relacion circunstanciada de todo lo que ocurrió en aquella entrevista, y habló de las prendas que se encontraron al niño, y á la madre.

¿Cuándo podremos verlas, exclamó Lord Clifford? — Cuando gustéis, dijo Edmundo, presentándolas; pues las guardo como mi mayor tesoro.

No hay la menor apariencia de fraude ni de engaño, dijo Lord Graham, y si alguno piensa lo contrario que hable.

Permitidme, pues, que diga una pala-

bra , dijo Roberto. Recordais sin duda, padre mio , que la noche que mis primos durmieron en la habitacion del Éste , os indique mis sospechas del Padre Oswald?

Asi es , dijo el Baron. — Pues bien, ahora vemos que sabia muy á fondo , cosa que nos ocultó , todos los secretos de Edmundo , y podeis figuraros cuáles son los motivos que le han impulsado á hacer este viaje.

Observo todo eso , ciertamente ; pero dejadnos oir cuanto Oswald tiene que decirnos. Puedes estar seguro de mi imparcialidad.

Señor , continuó Oswald , no me creia entónces autorizado para revelar cuanto sabia ; pero ahora lo diré todo.

Yo veia algo sobrenatural en las cosas que habian sucedido á este jóven , y aún en haberle hecho dormir en la habitacion misteriosa.

Le supliqué con las mas vivas instancias que me permitiese acompañarle la segunda noche , á lo cual condescendió con mucha repugnancia.

Oimos un gran ruido en el cuarto debajo del que ocupábamos ; bajamos juntos la escalera , y le vi abrir la puerta del fatal gabinete.

Oí unos gemidos que me traspasaron el corazón; me arrodillé é hice oración por los difuntos. Encontré un sello con las armas de Lovel; el cual debe estar en poder de Edmundo, á quien yó se lo entregué. Me encargó el secreto de cuanto habia pasado hasta que llegase el momento de declararlo todo.

Me persuadí que estaba destinado á atestiguar la verdad de estos hechos, y se avivaba en mí la curiosidad cada vez más, hasta averiguarlo todo. Le insinué mi deseo de presenciar la entrevista con su madre, la cual fué sumamente interesante, y vi en ella lo que he relatado con toda la exactitud que mi memoria me permite.

No creo que ninguna persona imparcial reprobará cosa alguna en mi conducta; pero aunque así fuera, jamás me arrepentiría de lo que he hecho. Si de este modo pierdo el favor del rico y del grande, habré ganado el convencimiento de que he cumplido con Dios, y con mi conciencia.

No tengo ningún objeto mundano que conseguir; defendiendo la causa del huérfano perseguido; y creo también que de este modo sirvo á los designios de la divina Providencia.

Decis muy bien padre , dijo Lord Clifford , y vuestro testimonio es de la mayor importancia.

Es muy conveniente , dijo Lord Graham , y el todo de esta historia está tan acordado , que no veo cosa alguna que nos haga dudar de su verdad. Examinémos sin embargo las pruebas.

Puso Edmundo en sus manos el collar y los pendientes : les hizo observar el broche con la cifra de Lovel y sus armas ; les dijo , que la caja en que le hallaron envuelto , estaba en poder de la que le habia criado , y que la presentaría si era necesario.

Suplicó que nombrasen algunas personas de su confianza para que fuesen con él á reconocer si los cuerpos de sus padres estaban ó no enterrados en el sitio que él designase ; y concluyó diciendo , que con gusto ponía la decision de su suerte en sus manos , confiándose enteramente á su honor y rectitud.

Durante esta interesante escena , habia estado el criminal en silencio y cubierto el rostro. Solo se le escapaban algunos sollozos y suspiros que indicaban la angustia de su corazon.

Compadecido Lord Graham , propuso

retirarse de allí; hacerse cargo de todas las pruebas, y volver á concluir la cuestion delante de Lord Lovel, cuando éste se hallára en disposicion de oirlos, pues en aquel momento debia estar ya muy fatigado.

Acercóse Sir Felipe á la cama, y le dijo: ahora os dejo rodeado de vuestros parientes; son hombres de honor, y confio en ellos que cuidarán de vos y de cuanto os interesa.

Saliéronse todos del cuarto dejando al criminal solo con el Baron y sus hijos.

Despues de comer, quiso Sir Felipe tener otra conferencia con los Lo:es y sus principales amigos. En este número estaban comprendidos Oswald, y el confesor de Lord Graham, que era el que lo habia sido de Lord Lovel, y además Edmundo y Zadisky.

Caballeros, dijo Sir Felipe, deseo saber vuestra opinion acerca de las pruebas que hemos presentado, y qué es lo que me aconsejais hacer en este caso.

Estoy encargado de hablar á nombre de los demás, dijo Lord Graham. Es nuestro parecer, que segun ellas, indudablemente este jóven es el hijo de Lovel; pero

seria necesario ratificarlas; era menester darles autenticidad.

El asesinato de Lord Lovel es positivo; lo ha confesado el delincuente, y todas las circunstancias lo confirman. Las pruebas de este crimen, están tan enlazadas con las del nacimiento de este jóven, que no puede publicarse lo uno sin lo otro. Deseamos todos que se haga justicia al ofendido; sin embargo, por respeto al Lord Fith-owen, no quisiéramos exponer al criminal al castigo y á la execracion pública.

Es menester, pues, buscar un medio; y así suplico á Sir Felipe, que á nombre de su protegido, haga las proposiciones que tenga por conveniente; á las que Lord Fith-owen contestará por sí, y á nombre de su hermano; y nosotros haremos el papel de mediadores entre ambos interesados.

Aprobaron todos este discurso, é instaron á Sir Felipe para que hablase.

Si yo hubiera de pedir estricta justicia, dijo, con nada quedaría satisfecho sinó con la muerte del criminal; pero soy cristiano y discípulo de AQUEL que vino al mundo por salvar á los pecadores. Por su amor, continuó (y se san-

tiguó devotamente), desisto de mi venganza y perdono al culpado. Si el cielo le concede tiempo para arrepentirse, no será justo que el hombre se le niegue.

Lo que mas particularmente me ha encargado mi protegido es, que evite todo cuanto pueda resultar en desdoro de la casa de su bienhechor, á quien profesa un afecto filial y una profunda veneracion.

Mis proposiciones son las siguientes. Primera: que el criminal restituya el título y estados de que se ha hecho dueño, por medio de tanta perfidia y crueldad al legitimo heredero, á quien ha de reconocer como tal, delante de testigos fidedignos. — Segunda: que ha de depositar en manos del Baron Filth-owen sus propios bienes y estados que legitíamente le pertenecen, para que los posean sus hijos, que son sus herederos inmediatos. — Tercera: que se retire á un convento, ó salga sinó del reino en el término de tres meses; y en uno ú otro caso, los que posean sus bienes, le suministrarán una pensión moderada para su subsistencia, y para que no carezca de las cosas necesarias á la vida.

Por esta última condicion, le quito los medios de hacer mas daño, y le dejo

en libertad de dedicar sus últimos años a la penitencia.

Estas son las condiciones que le propongo: Le doy veinte y cuatro horas para reflexionar sobre ellas; si se niega á admitirlas, me veré precisado á recurrir á medidas mas fuertes y mas ruidosas; pero la bondad de Lord Fith-owen me hace esperar que, usando de su influencia con su hermano, le decidirá á admitir unas proposiciones nacidas solo del respeto que merece la honradez del primero.

Elogió Lord Graham la humanidad, prudencia y piedad que el caballero manifestaba en las condiciones propuestas, y las apoyó con toda su elocuencia. Lord Clifford habló en los mismos términos, y todos los demas dieron muestras de aprobacion.

Impaciente Sir Roberto Fith-owen, se levantó entónces, y dijo: Yo quisiera hacer entender á estos Señores, que con tanta generosidad disponen de los bienes agenos, que mi padre compró el castillo y estados de Lovel: ¿quién es el que se encarga ahora de resarcirle del dinero que pagó por ellos?

En ese caso yo tambien tengo que hacer otra pregunta, dijo Sir Felipe: ¿Quién

paga á mi protegido las rentas de sus estados, de que tan injustamente ha sido privado por espacio de veinte y un años?

Lord Clifford, que no tiene interés en esta cuestion, puede decidir.

Lord Clifford se sonrió. Me parece, dijo, que la primera pregunta está contestada con la segunda, y que ámbos interesados deben darse por satisfechos, tanto mas cuando el dinero de esta venta forma parte de los bienes que han de heredar los hijos del Baron Fith-owen.

Esta determinacion es justa y generosa á la vez, dijo Lord Graham, y espero que satisfará los deseos de uno y de otro.

Aún me queda otra proposicion que hacer á Lord Fith-owen, dijo Sir Felipe; pero esperaré á que antes haya admitido las que ya están hechas.

De todo daré parte á mi cuñado, dijo aquel, y mañana sabreis su determinacion.

Volvieron al cuarto del herido el Baron y sus hijos; el primero con una piedad angelical, le exhortó al arrepentimiento del mal que habia hecho, y á repararlo en lo posible. Le habló de las proposiciones hechas por Sir Felipe; le llamó la atencion hácia el modo maravilloso

con que se habia descubierto su crimen y el castigo que le habia seguido.

Vuestro arrepentimiento, le dijo, puede ser acepto á los ojos de Dios, y aún podeis conseguir el perdon. Si continuais obstinado, y os negais á hacer justicia al que habeis ofendido, atraereis sobre vos la cólera del Cielo.

No queria confesar el delincuente la verdad de estas observaciones, y sin embargo no podia desconocerla.

Pasó el Baron algunas horas á su lado; envió á buscar al confesor, y ambos pasaron con él la noche, aconsejándole, persuadiéndole y exhortándole á cumplir con su deber, accediendo á las condiciones que se le proponian.

Le era muy sensible abandonar el mundo, y lo era aún mas aparecer en él cubierto de ignominia, siendo objeto de desprecio y de horror.

Al siguiente dia hizo venir Lord Fithowen á todos los Señores que formaban aquella reunion al cuarto de su hermano. En nombre de éste declaró que aceptaba las proposiciones hechas por Sir Felipe: que si el jóven les dirigia, como habia prometido, á los diferentes sitios donde yacian enterrados sus padres, y

si confirmaban su nacimiento los que como tales le habian criado, le reconoceria desde luego como legitimo heredero de la casa de Lovel. Que para asegurarse de todas estas circunstancias, deberian nombrarse personas de confianza que fuesen con él á practicar este reconocimiento; y en caso de que se hiciese evidente la verdad de lo que habia dicho, se le pusiera al momento en posesion del Castillo y demas bienes en el estado en que se encontrasen.

Dejó á disposicion de Lord Clifford y Lord Graham la eleccion de estos comisionados, y á Sir Felipe y Edmundo les dejaba derecho para nombrar cada uno el suyo.

Eligió Lord Graham al hijo mayor de Lord Clifford, y éste al sobrino de aquel. Nombraron tambien al confesor de Lord Graham, y al hijo mayor de Lord Fithowen, pero éste se negó á ir.

Sir Felipe quiso que fuera en su nombre Guillermo Fithowen, y Edmundo nombró al padre Oswald.

Escogieron asi bien los criados que habian de acompañarles, y que debian tambien ser testigos de cuanto ocurriese.

Propuso Lord Clifford al Baron, que

tan luego como partiesen los comisionados, todós los demas reunidos, fuesen con él á su hacienda de Cumberland, á donde Lord Graham deberia igualmente acompañarles, á esperar allí el resultado de estos sucesos.

Vencidas algunas dificultades, determinaron por fin hacerlo asi, y no perder de vista al criminal, hasta que se hubiese arreglado definitivamente este negocio.

Encargó el Baron á su hijo Guillermo el particular esmero en obsequiar á sus huéspedes en el castillo; y antes de que marcháran tuvo Sir Felipe una conferencia con él acerca de la entrega de éste.

Instó en ella, para que en pago de los atrasos quedase el mueblaje y demas utensilios de la quinta; é hizo mencion el Baron, aunque de paso, de los gastos hechos para la educacion del jóven.

Decis bien, le contestó Sir Felipe; no me habia ocurrido, es cierto, que jamás podremos pagaros lo que bajo ese punto de vista os debemos; pero en cambio os aseguro que no conoceis la mitad del cariño que Edmundo os profesa.

Despues que se halle ya en posesion de sus títulos y estados, aún dependerá

de vos su felicidad. — ¿De mí? dijo sorprendido el Barón. — Sí, amigo mío; no puede ser feliz mientras no le honreis con vuestra estimación y amistad; y no es esto solo lo que yo espero de vos en favor suyo. — Por cierto que ha puesto mi cariño á una prueba bien dura: ¿qué puede ya esperar de mí?

Mi querido amigo, no os ofendais. — Una sola cosa me resta proponeros; si me la negais, no me resentiré de vuestra negativa. Conozco que para concederla es necesario tener mucha grandeza de alma, pero no mas que la que vos teneis.

Vamos, pues, explicaos, ¿qué es lo que exijís de mí? — Decid mas bien lo que suplico; pues así es en realidad. Dejad de mirar á Edmundo como el enemigo de vuestra casa, miradle como un hijo, y dadle un derecho á este nombre.

Qué decis, ¿Edmundo mi hijo? — Sí, vuestro hijo; lo es ya en el afecto filial que os tiene; concededle vuestra hija. Guillermo y él han jurado amarse como hermanos, qué os queda ya que hacer? Él merece teneros por padre, y vos mereceis tener un hijo como él. Por este medio lo-grais introducir en vuestra familia el nombre, títulos y estados de Lovel, que vues-

tros descendientes poseerán para siempre.

Vuestra propuesta requiere madura reflexión.

Permitidme no obstante que añada tan solo algunas observaciones. Parece que esta union está indicada por la Providencia, que por medio de tantos peligros ha conducido á este jóven hasta dar vista á su felicidad: consideradle como el resto precioso de una ilustre familia, hijo de mi mas querido amigo; ó miradle sinó como mi hijo único. Permitid que yo como su padre implore vuestro consentimiento para esta union deseada.

Ya el corazon del Baron no podia resistir mas; y volviendo el rostro á otro lado: oh! Sir Felipe Harclay, exclamó, que buen amigo sois! Qué desgracia! que un hombre semejante haya de ser nuestro enemigo!

Señor Baron, dijo Sir Felipe; nosotros no somos, no podemos ser enemigos. Nuestros corazones se han enlazado ya; y estoy seguro de que llegará un dia que seamos amigos los mas queridos.

Procuró el Baron ocultar su enternecimiento; pero Sir Felipe lo leía en su corazon.

Es preciso, dijo áquel, que yo consulte sobre esto á mi hijo mayor. — En ese ca-

so, preveo grandes dificultades que vencer; está preocupado contra Edmundo; la restitucion de estos bienes le parece un agravio hecho á vuestra familia; mas adelante miraria este enlace á diferente luz, y se alegraria de tener tal hermano; pero ahora estoy seguro de que hará todo lo posible para estorbarlo.

Sin embargo, no pierdo la esperanza; la constancia y la virtud vencen grandes inconvenientes. Haré venir al jóven Lovel.

Hizóle venir en efecto y le presentó al Baron, diciéndole al mismo tiempo la pretension que acababa de hacer en su nombre; la contestacion del Baron, y la oposicion que temia encontrar por parte de Roberto.

Echóse Edmundo á los pies del Baron; tomó sus manos entre las suyas, y estrechándolas contra sus lábios: ah! el mejor de los hombres! exclamó: el mejor de los padres! el mas generoso bienhechor! Siempre en mi corazon seré vuestro hijo, ya sea que me honreis con este nombre, ó que tenga la desgracia de no conseguirlo.

No; ninguno de vuestros hijos puede amaros con mayor ternura, ni veneraros con mas profundo respeto.

Decidme le preguntó el Baron: *¿amais*

á mi hija? — La amo con pasion; es la única mujer que he amado; y si tengo la desgracia de no ser correspondido renunciaré para siempre al matrimonio.

Ah! Señor, no rechaceis mi súplica. Este enlace me dará una superioridad, á mis propios ojos, me estimulará á hacerme digno de la situacion á que me vea elevado. Si me rechazais, me creeré un ser abyecto, despreciado de aquellos que poseen mi corazon y vuestra familia es el universo todo á mis ojos. Dadme vuestra hermosa hija; dadme mi hermano Guillermo, y dejadme repartir con ellos los bienes que la Providencia ha puesto en mis manos.

¿De qué me servirán títulos ni bienes, si me veo privado de la compañía de lo que más amo?

Edmundo, dijo Lord Fith-owen; teneis un buen amigo en Sir Felipe, pero teneis otro aún mas apasionado en mi propio corazon, animado segun creo por la Providencia para servir de instrumento á sus designios. Experimento en este instante una multitud de sensaciones diversas, y temo confiar demasiado en mí mismo, cuando se trata de vos.

Contestadme, pues, á lo que voy á pre-

guntaros: ¿estais seguro del consentimiento de mi hija? habeis procurado ganar su corazon? habeis solicitado su favor?

Nunca, Señor, soy incapaz de tal osadía: la he amado desde una humilde distancia, pues en la situacion que me hallaba, hubiera creido violar las leyes de la gratitud y de la hospitalidad, atreviéndome á descubrirle los sentimientos de mi corazon.

No hay duda que en este caso, (y en todos debo añadir) habeis obrado con el mayor pundonor y delicadeza.

Que aproveis mi conducta es mi mas vehemente deseo; es el sello de mi honor y felicidad.

Sr. Baron, dijo Sir Felipe sonriéndose, no estrañareis que me cause celos la preferencia que os dá Edmundo; lo mismo que sucede ahora, me sucedió en otro tiempo.

Arrojóse Edmundo en los brazos de Sir Felipe, derramando copiosas lágrimas, y henchido su corazon de ternura, pedia al Cielo le diese fuerzas para soportar sensaciones tales que no pueden explicarse con palabras.

¡Será eterna mi gratitud! exclamó: ah! mi mejor amigo, enseñadme á imitaros; á

hacer que las acciones suplan la falta de las palabras.

Basta Edmundo; conozco tu corazón, y esto es suficiente.

Habladle Señor Barón; pero habladle con alguna frialdad, si os es posible, para hacerle volver en sí.

Desconfío de mí mismo, en este caso, porque Edmundo me hace conducir como un niño. Solamente le diré, que gane la amistad de mi hijo Roberto, y no dude de la mía. Debo alguna consideración al heredero de mi nombre; él es valiente, honrado y sincero. Los enemigos de Edmundo están lejos de él; tiene á su favor la influencia de Guillermo; que dé el primer paso y sepa yo su resultado.

Besó Edmundo la mano del Barón con los mas vehementes trasportes de alegría y reconocimiento.

No perderé un instante, dijo, corro á obedeceros, y salió presuroso á buscar á su amigo Guillermo.

Contóle cuanto habia ocurrido entre el Barón, Sir Felipe y él; y Guillermo le prometió emplear toda su influencia para el logro de sus deseos. Le dió cuenta de cuanto habia pasado en el castillo despues de su partida; reservando solo lo que te-

nia relacion con su hermana, cuya delicadeza temia ofender, no sabiendo aún enál seria el resultado de la pretension de su amigo.

Consultaron con el j6ven Clifford, el cual habia cobrado mucho afecto á Guillermo, al ver su generosa y constante amistad hácia Edmundo, y á éste por la amabilidad y nobleza de su carácter; y les prometió tomar parte en su empresa, tanto mas cuanto que Roberto manifestaba un particular deseo de cultivar su amistad.

Convenidos ya en ésto, ambos á dos le atacaron, poniendo en juego á la vez todos los resortes de la amistad y la persuasion.

Clifford ponderaba el mérito de Edmundo y las ventajas de este enlace. Guillermo reforzaba sus argumentos, haciendo una recopilacion de los acontecimientos pasados, y observando que cuantas asechanzas se habian empleado contra él, solo habian servido para cubrir de ignominia á sus enemigos, y dar nuevo lustre y brillantez á su conducta.

Nada digo, continuó, de su amable carácter y de la sensibilidad de su corazon. — Los que por tantos años han sido

sus compañeros, no pueden dejar de tener pruebas de uno y de otro.

Todos sabemos lo que le quieres, dijo Roberto, y por consiguiente no puedes ser imparcial.

No, repuso Guillermo; bien persuadido estás de la verdad de mis expresiones; y estoy convencido de que le hubieras amado como yo, á no ser por las sugerencias de sus enemigos; pero si consigue probar la certeza de sus derechos, tú mismo tendrás que convencerte de su veracidad.

Y ¿tu querrias que mi padre le entregase nuestra hermana en esa incertidumbre?—No por cierto; quisiera que se verificara su union solo en el caso que he dicho.

Y, ¿supongamos que ese no llega? Entónces me uniré á ti, y dejaré de apoyar sus intentos.

En hora buena, que haga mi padre lo que guste, pero yo jamás accederé á dar mi hermana á un hombre que, despues de ser origen de mil disgustos en nuestra casa, concluye por arrojarnos de ella.

Siento, hermano mio, que mires sus pretensiones á tan mala luz; mas si te parece que puede ser una impostura, veu

con nosotros y todo lo presenciáis.

No, eso no; si Edmundo ha de ser dueño del castillo, jamás volveré á pisar sus umbrales.

Esto lo ha de decidir el tiempo, que allana los mayores obstáculos, dijo Clifford. La natural bondad de Sir Roberto y su sano juicio, le harán sin duda vencer sus preocupaciones, y entónces juzgará con mas imparcialidad.

Con esto, se despidieron para ir á hacer sus preparativos de viaje.

Hizo relacion Edmundo al Baron de la inflexibilidad de su hijo, delante de Sir Felipe, el cual se atrevió á instar de nuevo acerca de su plan favorito.

Yo debo esperar, contestó éste, á ver ratificadas las pruebas; si éstas resultan tan claras como yo me persuado, no seré insensible á vuestras súplicas. Bastante he dicho por ahora, no volvamos á suscitar esta cuestion hasta la vuelta de los comisionados.

Sir Felipe y Edmundo se manifestaron poseidos del mas vivo reconocimiento por las bondades del Baron, y no fueron escasos en demostraciones de gratitud y cariño.

Edmundo, al despedirse de sus dos

excelentes amigos, cuando haya tomado posesion, dijo, de la herencia de mis antepasados, solo vuestra compañía podrá hacer completa mi felicidad.

Cuenta con la mia, desde luego, dijo Sir Felipe, y tambien con la del Baron, si es que mi amistad puede algo con él. Este guardó silencio, y Edmundo se despidió, asegurándoles que sus mas ardientes votos serian siempre por su felicidad.

Poco despues partió con los comisionados para el castillo de Lovel; y al dia siguiente salió Lord Clifford para su casa con el Baron y su hijo, llevándose consigo, muy á pesar suyo, al ex-Baron.

Obligó tambien al caballero á seguirle, diciendo que su presencia podria aún ser muy necesaria para la terminacion de estos sucesos.

Dieron todos las gracias á Lord Graham por su generosa hospitalidad, suplicándole les acompañase, á lo que por fin accedió, con la condicion de que le dejasen en libertad de ir y venir, segun lo exigiese el desempeño de su destino.

Luego que llegaron á casa de Lord Clifford, éste les presentó á su esposa y sus tres hijas, jóvenes y hermosas en extremo.

Pasaron algunos dias alegremente en

medio de tan escogida sociedad. Solo el criminal huía de ella, y se presentaba cada dia mas taciturno y reservado.

Entre tanto los comisionados continuaban su viaje. Luego que estuvieron á una jornada del castillo, Guillermo y su criado se adelantaron, para llegar antes y tener tiempo de hacer los preparativos necesarios para hospedarlos. Le recibieron sus hermanos con los brazos abiertos, preguntándole con afán el resultado de su viaje al norte. Hizoles una breve reseña de lo que habia acontecido con su tio, y añadió: Sir Felipe Harclay ha presentado un jóven, el cual dice ser hijo del difunto Lord Lovel, y como tal reclama sus títulos y estados. Este sugeto se dirige aqui, acompañado de otros varios, encargados de poner en claro ciertas circunstancias que deben confirmar sus pretensiones.

Asegurados ya de su certeza, tendrá mi padre que ponerle en posesion del castillo y estados, y ajustar con Sir Felipe algunas cuentas, el cual ha encontrado un buen espediente para zanjarlas todas. Es, pues necesario que le sepas, hermana mia, por que te toca muy de cerca.

A mí? Guillermo esplicáte por Dios!  
Sí, á ti. Propone, que en vez de pa-

garle las rentas atrasadas, y otras varias cantidades que tiene derecho á reclamar, entregue su querida Ema, al heredero de Lovel; y de este modo dá por satisfechas todas sus exigencias.

Dios mio! exclamó Ema, palideciendo: y ¿mi padre accede á semejante propuesta? — No manifiesta grande repugnancia; solo Roberto niega su consentimiento, pero yo he prometido al jóven hablarte en su favor.

Es posible? Un desconocido, tal vez un impostor, que viene á lanzarnos de nuestra propia casa!

Tén un poco de paciencia, Ema; verás al jóven. Mírale sin preocupacion, y quizás te gustará tanto como á mi.

Tú me confundes, Guillermo.

Querida Ema; no puedo prolongar por mas tiempo tu afliccion. Recuerda al hombre que mas desearías ver en una situacion tal que pudiera aspirar á tu mano, y figúrate realizados tus deseos.

¡Imposible!! exclamó Ema con vehemencia, imposible!!!

Nada es imposible, hermana mia. Seamos prudentes, y concluiremos por ser felices. Debes ayudarme á obsequiar, como es justo, á los comisionados. Se pre-

para una escena muy solemne; concluida ésta nos esperan horas mas dichosas que las que han pasado.

Lo primero que tenemos que hacer es registrar la habitacion encantada. Tú, hermana mia, te estarás en la tuya, hasta que yo te llame.

Ahora voy á dar mis órdenes á los criados.

Dispuso en efecto, que todos estuviesen prontos, y él mismo y su hermano lo estuvieron tambien para salir á recibir á los huespedes.

El sonido de la bocina anunció por fin su llegada. Una rafaga de viento que se levantó de repente, abrió la puerta principal.

Entraron los viajeros en el patio, y la gran puerta de dos hojas, que daba á la sala, se abrió por sí sola.

En el momento que Edmundo penetró en aquel recinto, todas las de la casa se abrieron sin necesidad de impulso alguno visible. Corrían aturridos los criados á la sala, llevando el terror pintado en sus rostros. Solo á José se le veia tranquilo, en medio del espanto universal.

Estas puertas, decía, se abren para dar entrada á su dueño. ¡Él es, no hay duda!

pronto llegó á oídos de Edmundo esta ocurrencia. Acepto este presagio , dijo; vamos caballeros , sin detenernos á la habitacion , acabemos la obra del destino; yo os serviré de guia ; y se dirigió á ella seguido de todos los que allí se hallaban.

Abrid las ventanas , dijo , no se ha de impedir por mas tiempo la entrada á la luz del dia en este cuarto. Los hechos mas oscuros deben verse ahora con toda claridad.

Bajaron la escalera , y hallaron todas las puertas abiertas , hasta llegar á la del fatal gabinete.

Llamó Edmundo la atencion de Guillermo hácia la puerta que se habia escapado á sus investigaciones , y todos la examinaron de cerca : sacó Edmundo la llave; les hizo observar que las tablas del piso estaban sueltas , y mandó á los criados que sacasen cuanto en aquel cuarto habia.

Enseñó á los comisionados el peto manchado de sangre , y preguntó á José si sabia á quién pertenecía.

A mi difunto amo , contestó el viejo; se la he visto poner muchas veces.

Mandó Edmundo que removiesen la tierra; fueron los criados á buscar azadones y demás útiles necesarios , y entre tanto su-

plicó Edmundo á Oswald, que contase cuanto habia pasado en la noche que ocuparon aquella habitacion. Ya al concluir este su relato, habian vuelto los criados.

Mientras estos sacaban la tierra, los espectadores en profundo silencio, esperaban el resultado de aquella operacion. Despues de algun tiempo, y de mucho trabajo, tropezaron con una cosa dura; era un gran cofre, el cuál con suma dificultad lograron extraer.

Se conocía que habia estado atado con cuerdas; pero estas se habian podrido con la humedad. Abriéronle, y hallaron dentro un esqueleto que, segun parecia, le habian atado pies con cabeza, sin duda para colocarle allí.

Ved, exclamó Edmundo, los huesos de aquel á quién debo el sér. — Es sin duda, dijo el capellan de Lord Graham, el cuerpo de Lord Lovel; pues he oido decir á su primo que de este modo le enterraron.

Sirva de leccion este espectáculo á todos los presentes. Puede el crimen triunfar por algun tiempo, pero llega al fin el dia de la expiacion.

He aquí llegado ese dia, dijo Oswald, de vergüenza y de confusion para el culpado; de triunfo y satisfaccion para el inocente.

Declararon los caballeros, que quedaban completamente probados los asertos de Edmundo. Nada, pues, nos queda que hacer, dijeron.

Quisiera, dijo el Capellan, que se estendiese un acta de este descubrimiento, firmada por todos nosotros; que se depositase una copia legalizada en poder de este caballero, y se enviase el original á Sir Felipe Harclay, y á los demás Barones, para convencerles de la verdad del hecho.

El jóven Clifford suplicó á Edmundo les indicase lo que debian hacer para complacerle.

Lo primero que debe hacerse, contestó, es colocar estos restos inanimados y respetables, en una caja. Espero que podré tambien hallar los huesos de mi madre, para que juntos con éstos, se les dé sepultura en lugar sagrado. ¡Desgraciados padres! descansareis al fin reunidos! Vuestro hijo tributará sus últimos respetos á vuestras cenizas.

Se detuvo derramando algunas lágrimas, y ninguno de los que alli se hallaban pudo negar este tributo debido á sus desgracias.

Recobrando Edmundo su serenidad, continuó: quisiera que, sin perder tiempo, el padre Oswald, y este respetable eclesiásti-

co, acompañados de los caballeros que elijan para este encargo, hagan venir á Andrés y Margarita Twyford, y les examinen acerca de las circunstancias de mi nacimiento, y de la muerte y entierro de mi desgraciada madre.

Todo eso es muy bueno, dijo Guillermo; pero ante todas cosas os suplico vengais á tomar algun refrigerio, que bien lo necesitais despues de vuestro viaje, y de no haber tenido ni un momento de reposo.

Siguiéronle todos al salon, donde fueron obsequiados por Guillermo, que en nombre de su padre hacia los honores de la casa, con gracia y amabilidad.

El corazón de Edmundo estaba profundamente conmovido; y la gravedad y circunspeccion con que se conducía manifestaba la sinceridad de su sentimiento.

Era el suyo un dolor varonil, lleno de dignidad, pero que no le hacia olvidar lo que se debia á si mismo y á sus amigos.

Preguntó al fin á Guillermo por Lady Ema. — Buena está, le contestó este, y tan amiga tuya como siempre. — Edmundo solo respondió con una respetuosa inclinacion de cabeza.

Acabada la comida, enviaron los comisionados á buscar á Andrés y su mujer

Les examinaron separadamente, y los hallaron contestes en cuanto dijeron, que en resúmen era lo mismo que Oswald y Edmundo habian dicho ya.

Declararon los comisionados, que no podia haber conuinacion alguna entre ellos, y que las pruebas eran irrecusables. Les hicieron quedarse allí aquella noche y al dia siguiente les guió Andrés al sitio donde Lady Lovel estaba enterrada, entre dos árboles que él conocía muy bien.

Recogieron los huesos y los trajeron, donde por orden de Edmundo, estaba preparado un magnífico féretro, para depositar en él los restos de las malogradas victimas. Lograron los dos sacerdotes que les permitiesen reconocer el atahud que habia sido enterrado en la Iglesia, y solo hallaron en él tierra y piedras.

Hicieron entónces los comisionados una declaracion solemne de quedar probada hasta la evidencia la legitimidad de las reclamaciones de Edmundo.

Los dos eclesiásticos se encargaron de estender una relacion circunstanciada de estas ocurrencias para enterar de todo á su vuelta á los Barones.

Guillermo aprovechó estos momentos para que Edmundo viese á su hermana.

Querida Ema, la dijo, presentándosele, he aquí el heredero de Lovel, que desea ofrecerte sus respetos. Ambos amantes quedaron perplejos y llenos de confusión; pero al paso que se disipaba la de Edmundo, iba la de Ema en aumento.

Hace mucho tiempo, la dijo que deseo el instante de tributar mis homenajes á la Señora de mis pensamientos; pero deberes muy sagrados me han detenido hasta ahora. Luego que completamente haya llenado éstos, mi único anhelo será dedicar el resto de mi vida á Lady Ema.

Luego vos sois el heredero de Lovel?

Yo soy, Señora; y soy tambien el hombre en favor del cual tuve la osadia de hablaros en otro tiempo.

Es una cosa extraordinaria! — Lo es, no hay duda; á mí tambien me parece increíble.

Pero el tiempo, que con las cosas mas sorprendentes nos familiariza, creo que os hará mirar con menos estrañeza el cambio de mi suerte.

Ambos conóceis á fondo mi corazon, dijo Guillermo, y cuáles son mis deseos; sin embargo, os aconsejo, que os abandoneis á un dulce ensueño hasta tanto que sepamos la determinacion de mi padre.

Disponed de mi como gustéis, dijo Edmundo; mas no exijais que deje de declarar mis sentimientos, sujetándolos siempre á la voluntad de vuestro padre, aún cuando su sentencia me haga morir desesperado.

Desde entónces los dos jóvenes se trataron aún con mayor respeto, y puede decirse que con una afectada frialdad.

Tomaba parte Ema en la Sociedad alguna vez aunque casi siempre preferia estar en su habitacion, lisonjeándose ya con el logro de sus deseos, que la parecia muy probable.

La incertidumbre en que se hallaba Edmundo, acerca de la resolucion del Baron, le daba un cierto aire de ansiedad, que era la espresion que dominaba en su semblante.

Procuraba su amigo Guillermo, por medio de la mayor ternura y de las mas delicadas atenciones, disipar sus recelos y avivar sus esperanzas; mas él aguardaba con impaciencia la vuelta de los comisionados y el fallo de su suerte.

Mientras esto pasaba en el castillo de Lovel, habia recobrado su salud y enerjia natural el ex-Baron, en casa de Lord Clifford; á proporcion se fué haciendo mas taciturno y poco accesible.

Huía de su hermano y su sobrino, y se le veía con frecuencia encerrarse con sus dos criados á conferenciar.

Procuró su sobrino Roberto, por todos los medios imaginables, ganarse su confianza, pero todo fué en vano. Le encontró tan intratable como se habia manifestado con los demás.

Zadisky, expiaba sus movimientos con la sagacidad que en todos tiempos ha distinguido á sus compatriotas: comunicó sus sospechas á Sir Felipe; y á los Barones les dijo, que á su parecer el criminal meditaba su fuga.

Y ¿qué os parece que hagamos para evitarla? le dijeron. —Zadisky, se ofreció á turnar con otra persona de confianza en el cuidado de vigilarle, y no perderle jamás de vista. Dijo tambien que se debian tener caballos y hombres prontos siempre á marchar; sin que supieran á que servicio se les destinaba. Convinieron todos en dejar á cargo de Zadisky, las precauciones que debieran tomarse, y este las tomó en términos, que logró sorprender en su fuga al ex-Baron y sus confidentes, y apoderarse de ellos en los campos inmediatos á la casa.

Les encerraron en distintos cuartos

mientras los Lóres y caballeros consultaban entre sí lo que debería hacerse.

Quiso Sir Felipe que Lord Fith-owen expresase su opinion , pero este se negó á hacerlo , diciendo : Yo nada puedo alegar en favor de este mal hombre , y al mismo tiempo me es imposible proponer medidas de rigor contra un pariente tan inmediato.

Zadisky pidió entónces permiso para hablar. Ninguna confianza , dijo , puede inspirarnos la palabra de un hombre que ha hollado todas las leyes divinas y humanas.

Hace mucho tiempo que yo deseo volver á ver mi pátria , y averiguar la suerte de algunos amigos queridos que he dejado allá ; de consiguiente yo me encargo de conducir este hombre á regiones muy distantes , donde no podrá hacer mas daño : de este modo quedarán sus parientes libres de tan pesada carga , á no ser que prefieran hacerle sufrir aqui el castigo que merece.

Aprobó Lord Clifford esta idea , y Lord Fith-owen , aunque permaneció silencioso , no dió muestras de rechazarla.

Sir Felipe se negó absolutamente á separarse de su amigo ; mas éste le aseguró ,

que razones muy poderosas, le obligaban a volver á la tierra santa: que estas eran tales, que estaba seguro de su aprobacion cuando se las esplicase.

Venid conmigo dijo Sir Felipe al Baron Fith-owen; iremos al cuarto del criminal y tendremos la última conversacion con él. Ésta decidirá de su suerte.

Le hallaron cabizbajo y abatido, y se negó á contestar á cuantas preguntas le hicieron. Despues de las pruebas que tenemos de vuestra falsedad, le dijo por último Sir Felipe, no podemos poner confianza alguna en vos, ni esperar que cumplais las condiciones de nuestro convenio. Asi, pues, por última vez, os haré una proposicion que debéis agradecer á nuestra clemencia y humanidad. Os espatriareis para siempre; ireis en peregrinacion a la tierra santa, acompañado de las personas que nombremos á este efecto; ó bien entrareis inmediatamente en un monasterio, donde estareis encerrado hasta la muerte.

Si rehusais los dos caminos que se os presentan, iré á la corte me echaré á los pies del Monarca; contaré la historia de vuestra vida criminal, y pediré que caiga la cuchilla de la ley sobre vuestra cabeza.

El Rey es demasiado justo para dejar impunes tales atentados, y no hay duda que sufrireis un castigo público. Por mi parte, os aseguro, que si semejante demanda llega á entablarse, la seguiré hasta el último trámite.

Apelo á vuestro respetable hermano, que conoce bien la justicia de mis procedimientos. No me detendré á razonar mas con vos, os hé dicho mi resolucion y esto basta. Dentro de una hora me contestareis; y dentro de dos se pondrá en ejecucion lo que vuestra respuesta me haga determinar.

Dicho esto, se retiraron, y le dejaron solo con sus meditaciones.

Al cabo de una hora, enviaron á Zadyky á saber su decision. Éste le habló de la bondad y generosidad del caballero; y de los Lores; y al mismo tiempo de la firmeza de su carácter, pues nada en este mundo podia hacerles vacilar. Encargóle que reflexionase bien lo que iba á decir, porque era la sentencia que fijaba su suerte irrevocablemente.

Nada respondió por algunos instantes: el rencor y la desesperacion se retrataban en su rostro, y al fin con voz balbuciente dijo: podeis anunciar á mis orgullosos enemigos, que prefiero la proscripcion á una

muerte infame; y á pasar la vida en la soledad.

Decis bien; para el hombre de talento, todos los países son iguales, y yo cuidaré de haceros grato el mio.

¿Luego sois vos la persona escojida para acompañarme? — Asi es; y de esta circunstancia debéis inferir, que los que llamais vuestros enemigos, en realidad no lo son. Quedad con Dios. Voy á preparar lo necesario para nuestra partida.

Llevó Zadisky la contestacion á los Lores, é inmediatamente fué á hacer los preparativos para su viaje.

Eligió dos mozos activos y vigorosos, que no tuvieron inconveniente en acompañarle, y les dió sus instrucciones, encargándoles sobre todo, que no perdiesen de vista á su compañero de viaje, pues si lograba escaparse ellos serian responsables.

Tuve el Baron varias conferencias con su hermano en este corto espacio de tiempo. Procuró hacerle conocer sus crímenes, y la justicia y clemencia con que su vencedor se conducia; pero aquel siguió tan silencioso y reservado como hasta entónces se habia mostrado con los demas.

Sir Felipe exigió que pusiese en manos de Lord Fith-owen todos sus bienes, por medio de una escritura que otorgó en presencia de testigos; y el Baron se obligó á satisfacerle una suma anual y á adelantar dinero para los gastos del viaje.

Le habló en los términos mas afectuosos, é iba ya á darle un abrazo, cuando su hermano le rechazó, diciéndole con aspereza: vos no debéis sentirlo; nada perdeis en el lance, pues toda la ganancia os la llevais. Este suceso para vos ha sido una suerte.

Suplicó Sir Felipe á Zadisky, con la mayor ternura, que volviera á su lado.

Volveré, le contestó ó sinó, seran tales las razones que me detengan, que no podreis menos de convenir en que son justas.

Enviaré un propio para daros parte de mi llegada á Siria, y de todo cuanto crea que pueda interesar tanto á vos como á vuestros amigos.

Acordaos de mí en vuestras oraciones; y conservadme esos sentimientos de amistad y estimacion, que siempre he mirado como la mayor felicidad que he disfrutado en esta vida.

Asegurad de mí invariable y sincero cariño á vuestro hijo adoptivo. Él me reemplazará sin duda, y será el consuelo de vues-

tros últimos años. A Dios, amigo el mas noble y generoso..! A Dios!...

Estos dos excelentes amigos se despidieron con la mayor ternura; haciendo derramar lágrimas á cuantos presenciaron esta interesante despedida.

Partieron los viajeros en direccion de un puerto distante, donde sabian que se hallaba un buque pronto á dar á la vela para Levante, en el cual habian de hacer su larga travesía.

Pocos dias despues llegaron lós comisionados de vuelta del Castillo. Hicieron una relacion circunstanciada del desempeño de su comision, y declararon estar solemnemente satisfechos de la justicia de las reclamaciones de Edmundo. Diéronla tambien por escrito de cuanto habian presenciado; y se atrevieron á terminar su relato, instando de nuevo al Baron acerca del casamiento de Edmundo.

Estaba el anciano dispuesto ya en su favor, y se ocupaba hacia algun tiempo de la colocacion de sus hijos.

Durante su permanencia en casa de Lord Clifford, su hijo Roberto, habia dirigido sus obsequios á la hija mayor de aquel caballero, y habia suplicado al Baron que pidiera para él la mano de la jóven. Aprobaba

este su eleccion, y aprovechó la primera oportunidad para hablar de ello á Lord Clifford, quien con tono festivo le contestó: Os concedo la mano de mi hija, para Sir Roberto, con la condicion de que habeis de dar la de la vuestra, al jóven Lovel.

El Baron le dirijió una mirada desorpre-  
sa. — Amigo mio, continuó Lord Clifford, estoy tan prendado de ese jóven, que si pretendiese la mano de una hija mia, con mucho gusto le admitiria por mi yerno; y si acaso mi amistad me dá algun valimento para con vos, lo emplearé en apoyo de sus deseos.

Poderoso influjo es el vuestro! exclamó el Baron; pero bien sabeis la repugnancia de mi hijo mayor á este enlace; si él dá su consentimiento, yo no negaré el mio.

Consentirá dijo Lord Clifford, sopena de perder la novia. Venza él sus preocupaciones, y yo venceré cuantos obstáculos puedan oponerse á sus deseos. Mas ¿no seria mejor obtener su consentimiento libre y espontáneo? — Haré aún otra tentativa, y sinó lo logro, os autorizo para hacer lo que gustéis.

Luego que todos estuvieron reunidos, hizo Sir Felipe recaer la conversacion sobre este objeto, y suplicó reiteradas veces al

Baron , que pusiese fin á la obra comenzada , accediendo á los deseos de Edmundo , y colmándole de este modo de felicidad . Levantóse el Baron despues de reflexionar un momento , y habló en estos términos : « Las pruebas del noble origen de Edmundo , las que tengo aún mas irrefragables (si es posible ) de las excelentes cualidades de que su alma se halla dotada , y las instancias de tan respetables amigos , me han decidido por fin en su favor ; y asi creo hacer justicia á su mérito , sin perjudicar en nada á mis hijos , á cuya felicidad estoy pronto á sacrificarlo todo. »

« Lord Clifford , me ha hecho el honor de concederme la mano de su hermosa hija , para mi hijo Roberto , bajo ciertas condiciones cuyo cumplimiento tomo á mi cargo , y las cuales haran á mi hijo digno de la felicidad que se le prepara . »

« Mis hijos son los herederos legitimos de mi desgraciado hermano Lovel . En este supuesto , tú hijo mio , tomarás posesion inmediatamente de su casa y estados , obligándote solo á pagar á cada uno de tus hermanos , la suma de mil libras esterlinas . Con esta condicion ; te se asegurará siempre la propiedad de los estados , para tí y para tus descendientes . »

«Yo, en mi nombre, entregaré personalmente el castillo y estados de Lovel á su legítimo dueño, y le entregaré también mi hija en matrimonio. Señalaré á mis dos hijos menores, una pensión proporcionada para que subsistan con decencia, y dispondré de lo restante en mi testamento. De este modo habré arreglado ya todas mis cuentas con este mundo, y no tendré que cuidar mas que de prepararme para el otro.»

Ah! Padre mio! exclamó Roberto; vuestra generosidad me confunde. Solo pensais en los demás, y os olvidais, de vos mismo.

No hay tal cosa, hijo mio; haré componer mi castillo de Gales, y fijaré allí mi residencia. Visitaré á mis hijos, y éstos me visitarán en mi casa; disfrutaré de la felicidad de todos ellos, y de este modo la mia no tendrá limites. Ya mire á lo pasado, ya á lo porvenir, solo tendré motivos de placer, y de dar gracias á Dios por tantos beneficios como me ha dispensado.

Tendré el recuerdo consolador de haber cumplido mis deberes, como ciudadano; como esposo, como padre y como amigo; y cuando el Señor sea servido de llamarme á sí, moriré tranquilo.

Bañadas las mejillas en lágrimas, corrió Roberto á echarse á los pies de su padre. Ah! el mejor de los hombres, y el mejor de los padres! exclamó: Habeis dominado por fin un corazon tan obstinado hasta ahora en oponerse á vuestra voluntad; me habeis hecho conocer en este dia, cuánto debo á vuestra bondad y tolerancia. Perdonadme todo lo pasado, y disponed de mí; pues desde ahora no tendré mas voluntad que la vuestra, ni mas ambicion que la de hacerme digno del nombre de hijo vuestro.

Este es el dia, dijo el Baron, que disfruto la verdadera felicidad de un padre. Levántate, hijo mio; y ocupa el primer lugar en mi paternal cariño.

Se abrazaron con las lágrimas en los ojos, y recibieron con alegria las felicitaciones de sus amigos. Presentó entónces, el Baron, su hijo Roberto á Lord Clifford, y éste le abrazó diciendo: Sereis esposo de mi hija, pues ahora veo que sois digno de ella.

Puso el Baron la mano de su hijo, entre las de Sir Felipe, y le dijo: Ama y respeta á este hombre virtuoso; hazte digno de su amistad y la conseguirás sin duda.

Destellaba la alegría en todos los semblantes, y luego que ésta fué cediendo el campo á la razon, propuso Sir Felipe que empezasen á plantear los planes de felicidad que habian formado. — Que para esto debia empezarse por acompañarle Lord Fith-owen al castillo de Lovel, y fijarse allí con su familia.

Convino en esto el Baron, y ambos invitaron á sus amigos á ir con ellos. Acordaron tambien que un sobrino de Lord Graham, otro de Lord Clifford, dos caballeros amigos de Sir Felipe, y el padre Oswald, seguidos de gran número de criados y dependientes, les acompañasen.

Lord Fith-owen dió sus disposiciones para partir cuanto antes.

Lord Graham y sus amigos, se despidieron de ellos, para volverse á sus casas; mas antes de marcharse, pidió aquel y obtuvo la mano de la hija segunda de Lord Clifford, para su sobrino.

Declaró Sir Roberto su amor á la mayor, que recibió sus homenajes con modestia, pero sin oponer obstáculo alguno á su felicidad; y sus mútuas promesas fueron confirmadas por los padres de ambos jóvenes.

Lord Fith-owen, prometió volver á la

celebracion del casamiento, y dispuso que su hijo fuera sin perder tiempo á tomar posesion de los bienes de su Tio, y arreglar su casa para establecerse en ella; suplicando al jóven Clifford y algunos otros caballeros que le acompañasen.

Deshizose finalmente esta reunion despues de mil protestas de sincera y recíproca amistad, encargándose los caballeros del Norte de fomentar las relaciones amistosas de ambas fronteras.

Sir Felipe Harclay, y el Baron, acompañados de algunos amigos y criados, se pusieron en marcha para el castillo de Lovel, despues de despachar un propio que avisase de su venida.

Se hallaba Edmundo en la mayor ansiedad: era ésta la crisis de su suerte. Preguntó al propio quiénes eran los que venian, y luego que supo que Sir Felipe era uno de ellos, y que Roberto estaba lejos de alli, sus esperanzas prevalecieron sobre sus temores.

Guillermo quiso que se quedára en el castillo para hacer los honores de la casa á los viajeros á su llegada; y él seguido de un criado, les salió al encuentro.

No sabia aquel cómo conducirse con la hermosa Ema. Mil veces le habian ve-

nido á los labios las expresiones de amor mas fino, y otras tantas habia vencido los impulsos de su corazon apasionado. Suspiraban uno y otro con frecuencia; hablaban poco; cavilaban mucho, y esperaban con inquietud ver el fallo de su suerte.

No conocia por esperiencia Guillermo este amoroso afan, pero les compadecia y deseaba que la llegada del Baron, le pusiera término.

En alas de su impaciencia voló á recibir á su padre: luego que alcanzó á verle, metió espuelas al caballo, y al acercarse le dijo con acento cariñoso y alegre. Bien venido seais á vuestra casa! padre mio.

No lo soy, segun veo, contestó éste con severidad.

¿ Por qué decis eso, Señor? — Porque ya no es mia; pertenece á otro dueño; y ese es el que debiera darme la bienvenida. — Edmundo sin duda! — Y, ¿ quién puede ser sinó él?

Ay! Padre mio; es vuestro hijo, vuestro criado. Poned su felicidad en vuestras manos, y está pronto á someterse en todo á vuestra voluntad.

Si, pero no sale á recibirme. — Sus

temores se lo han impedido ; decid una sola palabra, y vendrá al momento.

No; iremos á buscarle nosotros.—¿Es posible, decia Guillermo, sumamente afligido, que Edmundo sea tan desgraciado, que haya incurrido en vuestro enojo?

Sir Felipe, se le acercó entónces, y poniéndole la mano sobre el hombro: generosa impaciencia! exclamó: excelente jóven! Mirad á vuestro rededor, y ved si entre nosotros descubris un solo enemigo de vuestro amigo Edmundo. Dejad á vuestro buen Padre la eleccion del tiempo y modo de aplicar sus intenciones, que no dejará de hacer justicia á sus propios sentimientos.

Sonrióse el Baron, y el semblante de Guillermo se fué despejando: siguieron su camino, y á poco rato llegaron al castillo.

Paseábase Edmundo sumamente agitado por el salon principal de la casa, cuando la bocina anunció la llegada de los viajeros. Era tal su turbacion, que apenas podia sostenerse.

El Baron y Sir Felipe entran en la sala, arrojase Edmundo á sus pies; quiso, pero no puedo articular palabra. Levantáronle y procuraron animarle con sus pa-

labras cariñosas ; pero él , casi sin sentido se dejó caer en los brazos de Sir Felipe.

Condujéronle á un sillón , y poco á poco fué recobrando su serenidad , mas no podia hablar aún.

Dirijia las mas expresivas miradas á sus bienhechores ; se ponía la mano sobre el corazón ; hacía repetidas demostraciones de amor y gratitud , pero no hablaba.

Tranquilízate , hijo mio , le dijo Sir Felipe , estás en los brazos de tus mejores amigos. Recuerda la felicidad que te espera ; goza de los beneficios del Cielo , eleva tu corazón agradecido á tu Criador , y no pienses tanto en lo que debes á las criaturas. Tiempo te queda para darnos pruebas de tu agradecimiento.

En este instante entraron en la sala los demás caballeros , y por todas partes se oían exclamaciones de alegría.

Acercóse el Baron á Edmundo , y tomándole por la mano , vamos , pues , le dijo , haced los honores de vuestra casa. Sois el amo de ella ; nosotros somos vuestros huéspedes , y esperamos que nos obsequieis.

Señor ! dijo Edmundo , con trémula voz. Yo soy todo vuestro , cuanto poseo lo es también. Disponed de mí como queráis.

Abrazóle tiernamente el Baron , y le dijo: mirad á vuestros amigos y saludadles. Estos caballeros vienen á ofreceros su amistad.

Edmundo saludó y abrazó á sus huéspedes , y el padre Oswald recibió tambien su abrazo con señales del mas tierno afecto.

Pedid al Todopoderoso , padre mio, le dijo Edmundo , que me conceda la razon necesaria para gozar de tanta ventura con prudencia y moderacion.

En seguida saludó y dió la mano á todos sus criados , sin olvidarse ni del mas infeliz , ( pues todos en medio del regocijo general habian acudido a presenciar aquella escena ). Abrazó cariñosamente á José , llamándole su querido amigo y diciéndole : ahora ya puedo corresponder á vuestra amistad , y tengo un placer en publicarla.

Enternecido el viejo, con voz balbuciente , exclamó : ya he vivido bastante ! ya he visto al hijo de mi amado amo , reconocido heredero de Lovel !

La sala resonó con eco de sus últimas palabras ; y *viva* el heredero de Lovel, gritaron todos á la vez.

Tomó el Baron á Edmundo por la mano: retirémonos de esta confusion le dijo. Te-

nemos que tratar de asuntos que requieren menos espectadores; y se dirigieron hácia un gabinete seguidos solo de Sir Felipe y de los demás caballeros.

¿Dónde están mis otros dos hijos? dijo el Baron. — Guillermo entró á pocos momentos trayéndolos de la mano.

Arrodilláronse delante de su Padre, mas él los levantó estrechándoles contra su pecho. Guillermo, Edmundo, venid dijo entónces, y recibid, tambien mi bendicion. Acercáronse agarrados de la mano, se arrodillaron, y el Baron les echó á todos su paternal bendicion con la mayor solemnidad.

Vuestra mútua amistad, les dijo, es digna de todo elogio; amaos siempre como hasta aquí, y el Cielo os colme de bendiciones.

Entónces se levantaron los dos amigos y se abrazaron, poseidos de una alegría que el silencio espresaba mejor que las palabras mas elocuentes.

Presentó Edmundo su amigo Guillermo á Sir Felipe. — Ya te entiendo, le dijo: este caballero es el primero que yo conoci de esta familia; tiene un derecho á ocupar el segundo lugar en mi corazon. Ya hablaremos despacio, y le haré conocer cuánto le aprecio por su propio mérito,

y por el cariño que siempre te ha profesado; diciendo esto, abrazó al jóven ofreciéndole su amistad.

Ven aqui; hija mia, dijo el Baron. Acercóse Ema, bañadas sus sonrosadas mejillas en lágrimas, bien asi cual la rosa de Damasco humedecida por el rocío de la mañana.

Tengo que hacerte una pregunta de suma importancia, hija mia; contéstame con tanta sinceridad como si hablaras al sér Supremo. ¿Ves este jóven? es el heredero de Lovel; le has conocido por espacio de muchos años. Consulta, pues, á tu propio corazon, y dime francamente si hallas en él alguna repugnancia á que sea tu esposo. He prometido á estos Señores darle tu mano, en el caso de que esta promesa merezca tu aprobacion. Le creo digno de tí; y ya sea que aceptes sus homenajes ó que los rehuses, nunca dejaré de mirarle como un hijo. ¡No permita Dios que yo obligue á mi hija á dar su mano al hombre que no posea su corazon! Habla sin reparo alguno, y decide con toda libertad en esta cuestion.

Sonrojada la hermosa Ema, y en la mayor confusion, no sabia como expresar sus sentimientos; y su virginal modestia

la impidió hablar por algunos instantes.

Temblaba Edmundo, apoyado en el brazo de Guillermo, esperando su sentencia.

Fijó Ema en él una mirada, y conociendo lo que pasaba en su alma, se apresuró á sacarle de aquel estado, y con una voz dulce y agitada al principio, pero que por momentos fué recobrando su natural firmeza, dijo: La bondad de mi Padre ha prevenido siempre mis deseos. Soy la hija mas feliz, toda vez que puedo complacerle sin violentar mi propia inclinacion. Y ya que me veo precisada á contestar en público, debo hacer justicia a mérito de este caballero, diciendo: «que, si hubiera de escojer un esposo en todo el orbe, mi eleccion recaeria (lo digo con placer), en el mismo que mi Padre ha elegido.»

Edmundo la hizo una profunda cortesía; y el Baron, tomando la mano de su hija, se la presentó.

Incó aquel una rodilla en tierra, tomó la mano de su amada, la besó, y la estrechó contra su corazon.

El Baron, despues de bendecirlos y abrazarlos, se los presentó á Sir Felipe, diciéndole: Recibidlos y adoptadlos por hijos vuestros.

Los recibo como un don del Cielo, contestó éste; son tan míos como si los hubiera dado el sér: todo cuanto poseo les pertenece, y recaerá en su descendencia para siempre.

Nuevas escenas de ternura y alegría se siguieron á ésta, y los corazones de cuantos las presenciaron estaban tan conmovidos, que en mucho tiempo no pudieron recobrar su tranquilidad habitual.

Después de haberse templado algun tanto la violenta agitacion que esta interesante escena les habia causado, dirigió Edmundo la palabra al Baron en estos términos. Desde la cima de la felicidad en que me hallo colocado, debo llamar vuestra atencion hácia un objeto, bien triste por cierto. Los restos de mis Padres se hallan insepultos en esta casa; permitidme, Señor, que les rinda los últimos homenajes, y los demas dias de mi vida los dedicaré á Vos y á cuanto os interesa.

Eso es muy justo; pero ¿por qué no los habeis hecho enterrar ya?—Esperaba que viniérais para que os cercioráseis de la verdad, y no os quedára la menor duda.

Ninguna duda tengo, hijo mio. Ah! El crimen, y el castigo del criminal, las ha disipado todas.

Demos fin á estos penosos actos, y olvidémoslos despues, si es posible, para siempre.

Os suplico, que si no os es demasiado molesto, me sigais vos y estos caballeros á la habitacion del Éste, teatro de las desgracias de mis padres, y donde brilló la aurora de mis mas dulces esperanzas.

Todos le siguieron, en efecto, y dejando solamente á Ema y á su hermano menor encargado de acompañarla; pues no creyó Edmundo la lúgubre escena que iba á representarse á propósito para presenciaria una Señora.

Fueron á la habitacion, hizo ver al Baron el fatal gabinete, el sitio donde hallaron los huesos, y el cofre en que estaban guardados, recapituló cuanto habia pasado antes de la llegada del Baron; les enseñó el féretro en que estaban colocados los restos de las victimas, y suplicó al Baron, que diese las disposiciones necesarias para su entierro.

No, dijo éste; á ti te toca el disponer, y todos cuantos esta mos aqui nos hallamos prontos á seguir tus instrucciones.

Encargó Edmundo al padre Oswald que avisara á los frailes de san Agustin, para que dichos restos se enterrasen en su Iglesia, y en ella tambien se hiciese el correspondiente funeral.

Mandó que se entarimase el gabinete y se compusiera la habitacion; y dadas éstas y algunas otras disposiciones para el mismo objeto, se volvieron á reunir con Ema y su hermano en la otra parte del castillo.

Pocos dias despues se verificó con gran pompa el funeral, el cual presidió Edmundo en persona, como el principal doliente, y Sir Felipe como su segundo: Quiso tambien acompañarle José, como criado de los dos difuntos, y fueron seguidos por numerosa gente de aquel contorno.

El suceso se habia ya hecho público, y todos colmaban de bendiciones á Edmundo por la piedad y respeto con que cumplia con sus últimos deberes hacia sus padres.

Mandó Sir Felipe erigir un monumento á la memoria de sus amigos, en el que hizo grabar la siguiente inscripcion.

«Rogad á Dios por las almas de ARTURO LORD LOVEL y su Esposa MARIA, á quienes en la flor de su juventud cortó el

hilo de la vida, la traicion y crueldad de su mas cercano pariente.

Por disposicion del Altisimo, veinte y un años despues de su muerte, su hijo único, descubrió de qué modo habian perecido, y al mismo tiempo adquirió pruebas de su propio origen. Reunió los restos de sus padres y les dió sepultura en este sitio.

Sirva este ejemplo de la justicia Divina, y de la infalibilidad del castigo, para escarmiento y aviso de la posteridad.

Al domingo siguiente se quitó Edmundo el luto, y se presentó con un traje correspondiente á su situacion.

Recibió las felicitaciones de sus amigos con naturalidad y alegria, y empezó á gozar del venturoso cambio de su suerte.

Pidió á su amada una conferencia, y en ella se le permitió hablar francamente de una pasion que por tanto tiempo habia procurado sofocar dentro de su pecho.

Le escuchó con dulzura, y por último le confesó que habia padecido iguales tormentos en aquella incertidumbre que tanto le habia hecho sufrir.

Se hicieron mútuos juramentos, y ya solo esperaban que el Baron fijase el momento de completar su felicidad.

Todas las nubes que hasta entónces habian oscurecido su porvenir se disiparon, y la dulce tranquilidad tomó posesion de sus corazones.

Guillermo y Edmundo renovaron sus votos de eterna amistad, y se prometieron no separarse jamás, sinó cuando los deberes del uno ó del otro lo exigieran imperiosamente.

Reunió de nuevo el Barón á sus amigos; contó á Edmundo todo cuanto habia pasado con su cuñado, su espatriacion y la peregrinacion de Zadisky. Habló del proyectado enlace de Roberto con la hija de Lord Clifford; su establecimiento en la hacienda de su tio, y la palabra que habia dado de volver á casa de Lord Clifford á tiempo de presenciar la boda. Mas antes de ir, dijo: daré mi hija á Lovel, y de este modo habré cumplido con lo que á él le debo, y con la promesa que hice á Sir Felipe Harclay.

Uno y otro, dijo el caballero, estamos completamente satisfechos, y no dudamos un punto de vuestra exactitud en cumplir lo que una vez prometeis.

Me ofrezco á ser vuestro compañero de viaje cuando os marcheis á casa de Lord Clifford.

Cómo! exclamó Edmundo, y así me veré privado en un momento de la compañía de mis dos Padres? Decidme, pues, vos que habeis cedido generosamente dos casas, ¿dónde pensais residir? — No me cuido de eso; sé que en una y en otra seré bien recibido.

Mi querido Padre, exclamó Edmundo; quedaos aquí, y sed amo de esta casa. Yo me creeré muy feliz obedeciéndooos y siendo vuestro hijo, y al mismo tiempo vuestro mas humilde criado.

No, Edmundo, no; eso no estaria en el orden; esta casa es tuya, eres su único dueño y Señor; y á ti te toca el manifestarte digno de los grandes fines á que la Providencia te ha destinado sin duda.

Y yo, jóven sin esperiencia ¿cómo cumpliré con tantos deberes como pesarán sobre mi sin los juiciosos consejos de mis dos respetables amigos?

¡Oh Sir Felipe! vos tambien quereis dejarme? En algun tiempo me hicisteis esperar... aqui se detuvo enternecido.

Dime francamente, Edmundo, dijo el caballero ¿deseas de todas veras que yo viva á tu lado? — Que si lo deseo! tanto como la vida y la felicidad.

Sea en buen hora, hijo mio; viviré y mo-

riré sin separarme de ti. Abrazarónse con ternura, rebosando el alma de Edmundo de alegría y gratitud.

Mi buen amigo, dijo Sir Felipe al Baron; habeis enajenado dos casas, y os habeis quedado sin ninguna dispuesta para habitarla en el momento. ¿ Quereis disfrutar la mia? Podeis disponer de ella, y la circunstancia de estar no lejos de la de vuestro hijo Roberto; os la hará mas agradable.

Amigo mio, dijo el Baron, estrechándole cariñosamente la mano, os doy las gracias, y acepto vuestro generoso ofrecimiento. Contadme desde luego por vuestro arrendatario, interin se repara mi castillo de Gales. Si yo no le habito por fin servirá al menos de residencia para uno de mis hijos.

Pero, ¿ qué haremos de vuestros veteranos y criados? — No creais que pienso desampararlos; hay otra casa en mi hacienda que hace muchos años está cerrada; la haré componer y amueblar decentemente para acomodar en ella á mis pobres viejos. Dotaré este establecimiento con una suma anual proporcionada á los gastos; nombraré un Administrador que maneje esta renta, que deberá continuar mientras vivan los primeros habitantes del establecimiento; y despues quedará á cargo

de mi hijo el disponer de él lo que guste.

Vuestro hijo, dijo Edmundo, pondrá el mayor cuidado en hacerse digno de tal Padre.

Y estoy bien persuadido de que lo lograrás, dijo Sir Felipe.

Te advierto, que ocuparé aquella habitacion misma que habitó tu padre, mi amigo mas querido. Pisaré sobre sus mismas huellas, y me parecerá que me está viendo representar su papel en la familia de su hijo.

Allí me servirán mis propios criados, y siempre que desees mi compañía, podrás disfrutarla. Participaré de tus pesares y de tus satisfacciones; sostendré tus hijos en mis brazos; su conversacion me entretendrá en los últimos años de mi vida, y cumplirás mi postrer deseo, cerrando mis ojos con tus manos.

¡No quiera Dios exclamó Edmundo, levantando los ojos y las manos al Cielo, que tenga que cumplir con tan triste deber en dilatadísimos años!—El Omnipotente os los conceda muy felices sin separaros jamás, dijo el Baron, pues yo tambien espero venir muy á menudo á tomar parte en vuestra felicidad.

Mas, dejemos ya de derramar lágrimas de dolor; sean todas las que en lo su-

cesivo broten de nuestros ojos de alegría y de placer.

Tenemos que pensar lo primero en casar á nuestro Edmundo; daré todas las disposiciones necesarias para la ceremonia, y serán las últimas que yo dé en esta casa.

Tuvieron despues una conferencia Sir Felipe y el Baron, acerca del modo de tomar Edmundo el nombre y titulo de Lovel.

Estoy decidido, dijo el Caballero, á presentarme al Rey y contarle en pocas palabras la historia de Edmundo: pediré que sea llamado al Parlamento, sin necesidad de expedirle nueva patente, supuesto que no es necesaria, siendo él el legitimo heredero.

Tomará desde luego su nombre, armas, y titulo, y yo me encargo de responder á cualquiera que se atreva á disputarle tal derecho. Dijo tambien que pensaba partir con el Baron, y arreglar todos sus asuntos antes de venir á fijarse en el castillo.

Pocos dias despues se verificó la boda con grande satisfaccion de todos los interesados en aquel acontecimiento. Mandó el Baron que estuviesen abiertas las puertas de la casa, y se diese entrada franca á cuantos quisieran participar de aquel festejo, obsequiando á todos con cuantas

demostraciones de regocijo puede sugerir la alegría y felicidad mas completa.

Edmundo, alegre sin exageracion, y lleno de júbilo, sin faltar á la dignidad natural en él, se le veia recibir las felicitaciones de sus amigos con gratitud, y al mismo tiempo con la sencillez propia de su carácter.

Ocupado hasta entónces con cuidados de mayor importancia, parecia no acordarse de Andres y Margarita, y ya empezaban ellos á creer que los habia olvidado, cuando les mandó venir al castillo, y haciéndolos entrar en el salon los presentó á su Esposa.

Estas son, la dijo, las buenas gentes, á quienes despues de Dios, debo mi actual felicidad. Ellos fueron mis primeros bienhechores; en la infancia, esta buena mujer me crió á sus pechos, y les debí mi sustento en la niñez.

Recibiólos la jóven Ema con cariño, y en particular á Margarita, á quien saludó afectuosamente. Andres, puesto de rodillas, y con la mayor humildad, pidió perdon á Edmundo por el mal trato que le habia dado en su niñez.

Yo os perdono de todo corazon, le dijo éste, y yo mismo os buscaré disculpa.

Era muy natural que me miraseis como un intruso en vuestra familia, que se estaba comiendo el pan que con tanto trabajo ganabais para vuestros hijos; me salvasteis la vida, y despues me mantuvisteis en medio de vuestra pobreza; yo debiera haber ganado mi subsistencia y haber contribuido á la vuestra.

Además, el mal trato que me disteis fué el primer paso para mi engrandecimiento; él fué el que hizo fijar en mí la atencion de esta respetable familia.

Todos los acontecimientos de mi vida desde entónces, han sido otros tantos pasos hácia la situacion venturosa en que me encuentro.

Jamás hombre alguno ha tenido la felicidad de hallar en el mundo tantos bienhechores como yo he encontrado; pero tanto ellos como yo, solo hemos sido instrumentos en las manos de la Providencia para dar cumplimiento á sus designios. Demos gracias á Dios por todo!

Yo participé de vuestra pobreza, y vosotros disfrutareis de mis riquezas.

Os hago cesion de la casa que habitais, y de las tierras que la rodean; os señalo desde luego una pension vitalicia de diez libras anuales: cuidaré de la educacion de

vuestros hijos, y os facilitaré medios de establecerlos de un modo análogo á su clase.

Todo esto debéis mirarlo, no como un beneficio, sinó como el pago de una deuda. Os debo mas de lo que puedo pagaros; y si hay alguna otra cosa que pueda contribuir á vuestra felicidad decidlo, bien seguros, de que nada me pedireis vosotros que yo no esté pronto á concederos.

Cubriase Andres el rostro con las manos, ¡yo no puedo resistir ésto! exclamaba. Qué bárbaro he sido! maltratar á una criatura semejante!—Jamás me perdonaré á mi mismo.

Debeis perdonaros, pues yo os perdono, y aún os estoy agradecido.

Retiróse Andres algunos pasos, pero Margarita se acercó á Edmundo, mirándole con la mayor ternura; al fin, le echó los brazos al cuello, diciendo con voz interrumpida por las lágrimas y los sollozos: Hijo de mi corazón! mi niño, tan hermoso! Gracias á Dios! que me ha dado vida para presenciar estas cosas. Si, gozaré de tu buena suerte y de tus beneficios, pero aún tengo que pedirte otro favor, y es, que me permitas venir algunas veces á ver esa cara de cielo, y

dar gracias á Dios, que me concedió la dicha de alimentarte con mi propia sangre, y de criarte para bien mio y de cuantos te conocen.

Edmundo la abrazó enternecido, y la dijo, que viniera cuando quisiera al castillo, donde siempre sería recibida como su madre.

Cuanto mas frecuentes sean vuestras visitas, la dijo la recién casada, tanto mas agradables nos serán á Edmundo y á mi.

Retiráronse colmando de bendiciones á los novios, y haciendo fervientes votos por su felicidad.

Dió ensanche Margarita á su alegría, contando minuciosamente á cuantos quisieron oirla, todas las circunstancias del nacimiento, infancia y niñez de Edmundo. Muchas fueron las lágrimas que al oír esta relacion se derramaron, y muchas las oraciones que se dirijieron al Todopoderoso en su favor.

José tomaba el hilo de la historia donde Margarita le dejaba. Éste hablaba de la aurora de la juventud y de la virtud, lanzando sus rayos luminosos al través de las densas tinieblas de la maledicencia y la calumnia; y de como cada golpe que le dirigia la envidia y la malignidad, servia solo para romper el velo

que cubria el brillo de su gloria.

Contaba lo sucedido en el cuarto encantado, y todas sus consecuencias; explicaba como entre Oswald y él facilitaron la salida de Edmundo, del castillo, á donde no debia volver sinó para tomar posesion de él, como su legitimo dueño; y concluia su historia tributando alabanzas á Dios por tan feliz descubrimiento, que proporcionaba á la casa de Lovel un digno heredero; á sus criados y dependientes un buen amo, y al género humano un amigo y bienhechor.

Reinaba en toda la casa la mas pura alegría. No era aquella alegría ficticia, en medio de la cual se experimenta una especie de vacío y pesadez, sinó una alegría franca y juiciosa, mezclada con los afectos de gratitud al Sér Supremo, tal como deben experimentarla aquellas criaturas racionales que, gozando con moderacion de las felicidades de esta vida, elevan su mente á otra mas duradera que les está preparada.

Pocos dias despues del casamiento, empezó Lord Fith-owen á disponer su viaje al Norte. Cedió á Edmundo la plata, ropas y mueblaje del castillo, con todos los utensilios pertenecientes á la labranza.

Quería añadir á esto una cantidad de dinero, pero Sir Felipe se opuso diciéndole: No debemos olvidar que teneis otros hijos; no os permitiremos perjudicarles; dad á los que aqui quedan vuestra paternal bendicion y vuestro tierno afecto, y nada les queda ya que desear.

Os lo dije Baron; hace algun tiempo, que vos y yo habiamos de ser algun dia muy buenos amigos; creo que ya llegó ese dia.

Asi es, contestó el Baron; sería imposible ser por mucho tiempo vuestro enemigo. Somos dos hermanos, y como tales nos amaremos hasta la muerte.

Arreglaron todo lo necesario al manejo y servicio de la casa. El Baron dejó á la eleccion de sus criados el amo á quien habian de servir en lo sucesivo: los mas viejos le siguieron todos, (menos José, que cifraba su dicha en acabar sus dias al lado de Edmundo) la mayor parte de los jóvenes, prefirieron quedarse con los recién casados, y se despidieron unos de otros afectuosamente.

Rogó Edmundo á Guillermo que se quedase con él, pero el Baron dijo, que no podia dispensarle de asistir á la boda de su hermano; que despues podria venir á pasar una temporada en el castillo.

Partieron por fin el Baron y Sir Felipe Harclay, con todos los demás caballeros que habian venido en su compañía.

Sir Felipe se dirigió á Lóndres, donde consiguió cuanto deseaba para su querido Edmundo. Desde allí fué al condado de York, y arregló todos sus intereses.

Hizo mudar los pensionistas á su nueva casa, y puso á Lord Fith-owen en posesion de la que le habia ofrecido. Tuvieron una generosa contienda acerca del arrendamiento, pero Sir Felipe venció al fin, diciendo al Baron, que disfrutase de cuanto alli habia sin retribucion alguna, no como una dádiva que os hago, le dijo; sinó como un depósito que os confío para que lo entregueis á uno de vuestros nietos á su debido tiempo.

Durante la ausencia de Sir Felipe, hizo reparar Edmundo la habitacion encantada, y dispuso que se amueblase para alojar en ella á su padre adoptivo.

Colocó al viejo José de jefe de todos los demás criados, prohibiéndole que se ocupase de trabajo alguno; mas el buen viejo nunca quiso abandonar su puesto al lado del aparador, á fin de saciar sus deseos de ver al hijo de su amo, rodeado de tanta pompa y grandeza.

Juan Uyatt, quedó de ayuda de cámara de su Señor, y disfrutó siempre de su confianza.

Guillermo Fith-owen, acompañó á Sir Felipe, cuando volvió de su casa á establecerse en el castillo, y ambos fueron recibidos con los mas sinceros agasajos por los dos esposos.

Edmundo, en brazos del amor y de la amistad, gozó con prudente moderacion de la dicha que por todas partes le rodeaba, poseido su corazon de amor á sus semejantes y gratitud á su criador. Su esposa y él fueron modelos de amor conyugal.

Al año de casados, tuvieron un hijo, cuyo nacimiento renovó la alegría y las felicitaciones de sus amigos; y el Baron vino tambien á disfrutar de este nuevo regocijo.

Pusieron al niño por nombre ARTURO, en memoria de su abuelo, y al año siguiente tuvieron otro, que se llamó FELIPE HARCLAY. A favor de éste hizo cesion el caballero de todos los bienes, y consiguió permiso del Rey para que tomase tambien el nombre y armas de su familia.

Guillermo permaneció soltero; se estableció en el castillo, y en él acabó sus dias, dejando por heredero de cuanto le pertenecía al tercer hijo de Edmundo, á quien ha

bia adoptado, y que se llamaba como él.

Tambien tuvieron una piña y la llamaron EMA, en obsequio á su madre.

Luego que los años desvanecieron las preocupaciones de Sir Roberto, el anciano Baron, le propuso que casase su hijo primogénito con la hija de Lord Lovel. Verificóse esta union, con beneplácito de ambas familias, que concurrieron á la ceremonia.

Entusiasmado el anciano al ver la feliz reunion de sus descendientes, exclamó con toda la energia de la juventud: ¡No temo ya á la muerte! He vivido bastante para estrechar el lazo amoroso que une á todos mis hijos entre si, y los identifica conmigo mismo; ya moriré tranquilo.

No sobrevivió mucho á tan feliz acontecimiento; murió cargado de años y de bendiciones, y jamás se repitió su nombre sinó con las mas profundas muestras de gratitud, amor y veneracion.

¡Cuán dulce es el recuerdo de las almas virtuosas, y qué felices los descendientes de semejantes padres! Pensarán en él, é imitarán sus virtudes, se acordarán de ellos, y se avergonzarán de empañar su nombre.

Muchos años despues de establecerse Sir Felipe en el castillo, recibió noticias

de su amigo Zadisky , por uno de los dos criados que fueron con él á la tierra santa.

Le dijo , que el principal motivo que tuvo para volver á su país , fué el haber sabido que aún existia un hijo suyo en Palestina; al cual habian sucedido mil aventuras antes de encontrarle , pero al fin le halló. Que le convirtió á la verdadera fé , y le hizo abandonar el mundo y retirarse á un monasterio cerca del monte Libano, donde pensaba concluir sus dias

Que Walter , llamado comunmente Lord Lovel , habia entrado al servicio del Emperador Griego Juan Paleologus , y por no sujetarse á una vida solitaria y retirada , habia forjado un cuento , el cual hizo pasar por verdad.

Decia , que su familia le habia tratado con la mayor injusticia y crueldad , obligándole á espatriarse por haber muerto involuntariamente á un pariente suyo. Aceptó un empleo en el ejército del Emperador , y poco despues se habia casado con la hija de uno de los principales Jefes.

Se lamentaba Zadisky de la caida que amenazaba á aquel imperio , y huyó de la tempestad antes de que estallase. Encargó finalmente al mensajero , que dijese á Sir Felipe y á su hijo adoptivo , que pediria

incesantemente á Dios por ellos ; pero que en cambio esperaba le hiciesen igual fineza.

Quedóse el mensajero en casa de Edmundo á instancias de Sir Felipe. Vivió este buen caballero hasta una edad muy avanzada , honrado y bendecido de todos , y murió en los brazos de su amado Edmundo , el cual rindió tambien este último obsequio á su fiel criado José.

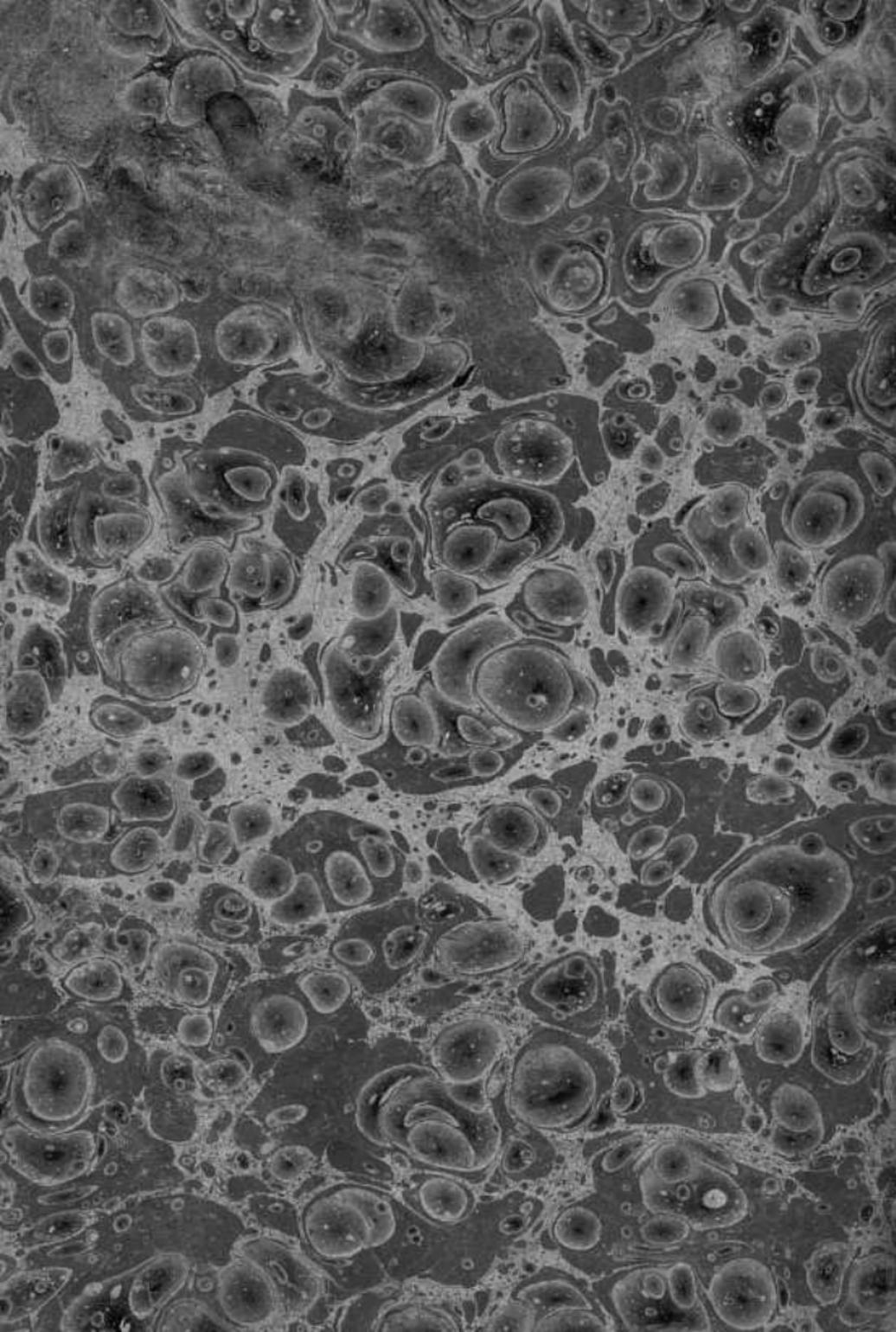
Permaneció el padre Oswald muchos años de Capellan de la casa , y por fin se retiró á acabar su vida en un monasterio.

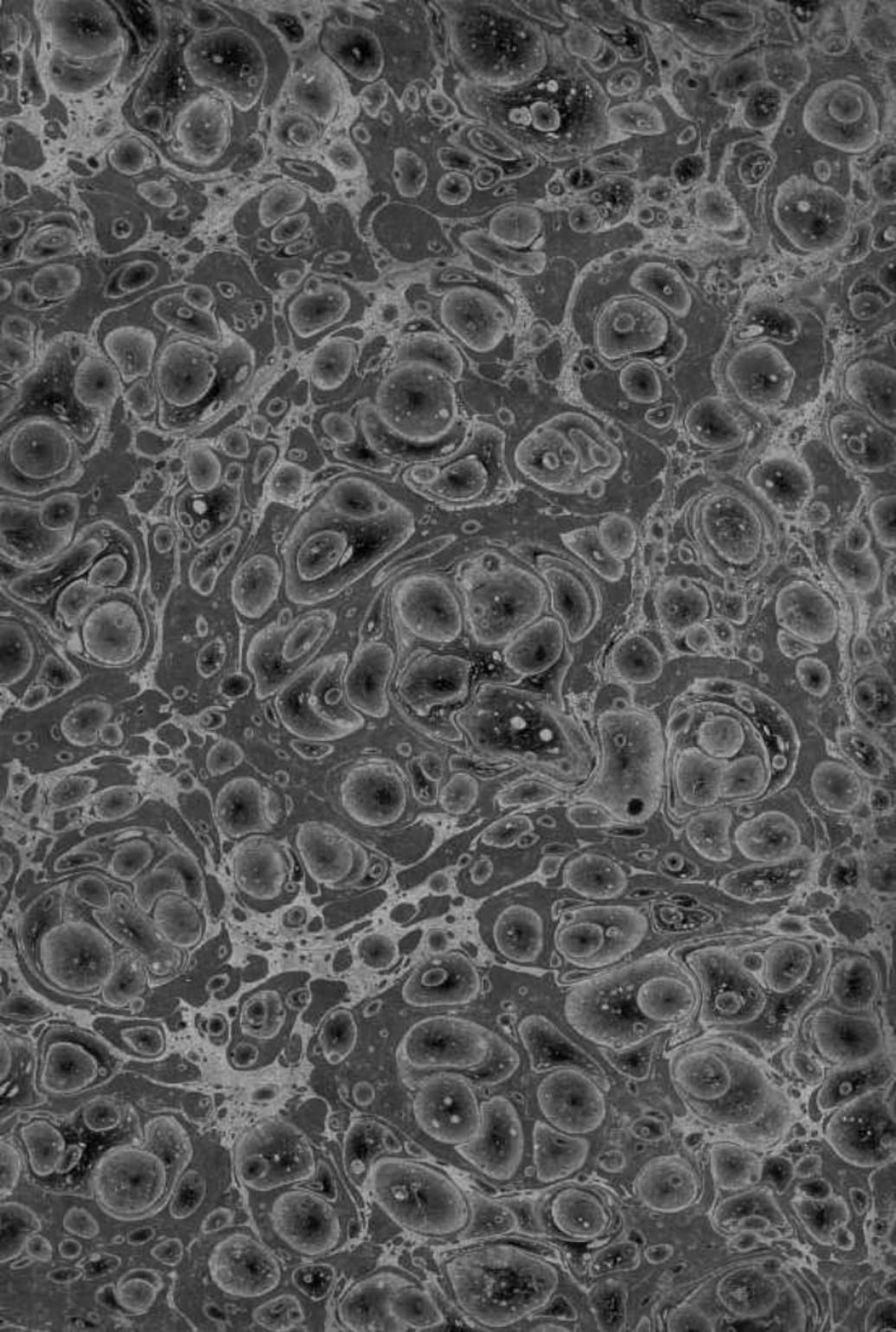
Edmundo Lord Lovel gozó por dilatados años de una tranquilidad y una dicha inalterables ; y tuvo el consuelo de ver en su última hora rodeado su lecho de sus hijos.

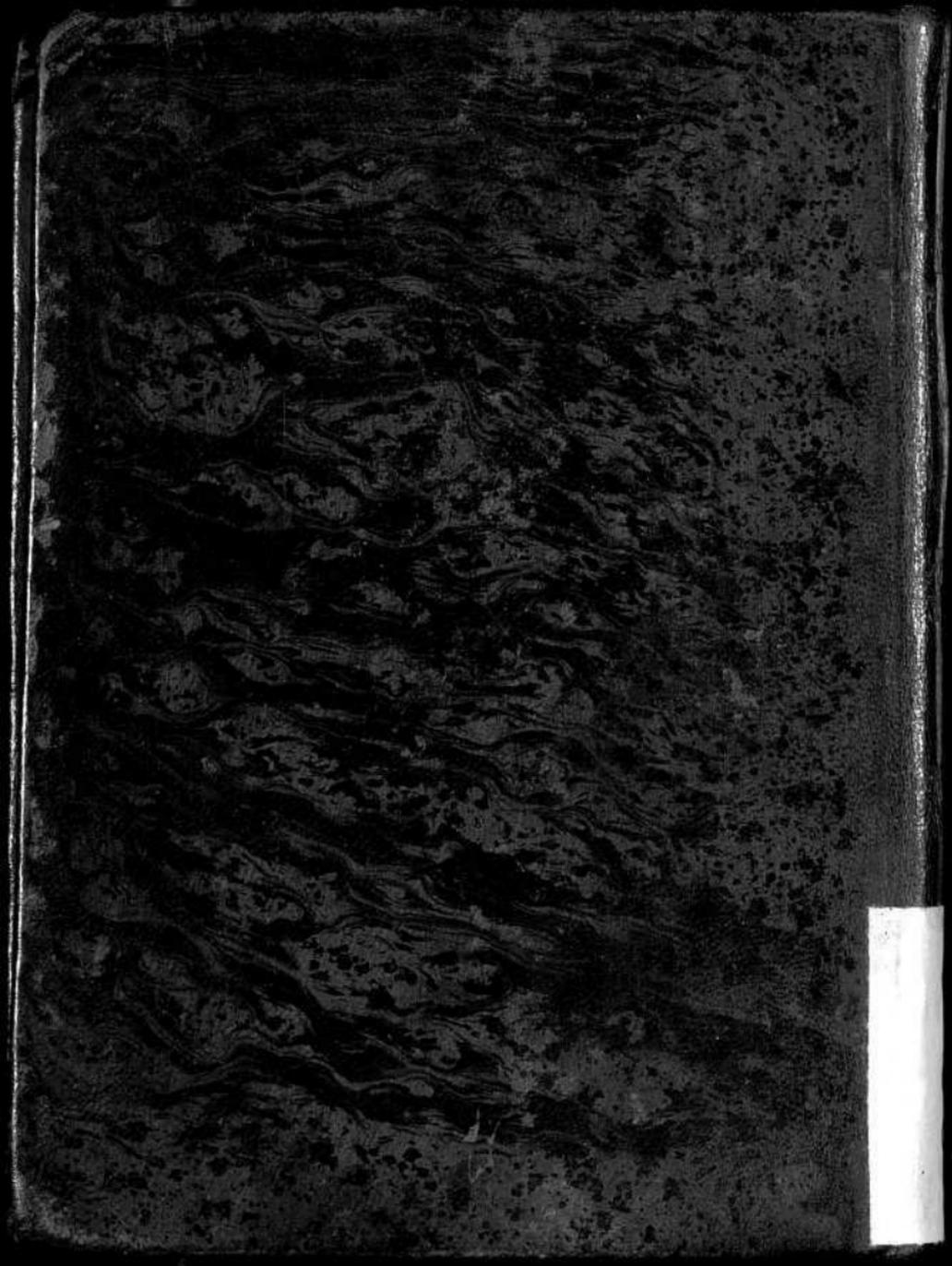
Habia dispuesto Sir Felipe , que se formára una coleccion de todos los papeles que daban alguna luz á la historia de su hijo , y se escribiese con arreglo á estos datos.

La primera parte se redactó bajo su inmediata inspeccion en York , la continuó el padre Oswald en el castillo de Lovel ; y juntos todos estos documentos pueden servir de una fuerte leccion á la posteridad , acerca de la Omnipotencia divina , de la certeza del castigo ; y de que « No hay plazo que no se cumpla , ni deuda que no se pague. » FIN









G 255887

